

CARSON de VENUS



EDGAR RICE BURROUGHS

Lectulandia

Carson de Venus se embarcó en una pequeña nave y fue capturado por piratas; pero, finalmente, llegó a Kooaad, la ciudad de los bosques, que es la capital del reino de Mintep. Gracias a un rasgo de astucia, consiguió libertar a Duare y huir con ella en el único avión que existía en Venus.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Carson de Venus

Ciclo de Venus - 3

ePUB v1.0

RufusFire 07.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Carson of Venus*
Edgar Rice Burroughs, 1939
Traducción: J. Calvo Alfaro, 1961
Diseño/retoque portada: RufusFire

Editor original: RufusFire (v1.0)
Corrección de erratas: arant
ePub base v2.0

PREFACIO

La India es un mundo aparte en formas y costumbres, separada en su ocultismo del mudo y la vida que nos es familiar. Ni siquiera en el lejano Barsoom y en Amtor podrían encontrarse misterios más sorprendentes como los que se esconden en lo recóndito de los cerebros y vidas de aquellas gentes. A veces juzgamos malo aquello que no entendemos; constituye esto un atavismo de ignorancia y superstición de los salvajes pintarrajeados de los tiempos remotos. De las muchas cosas buenas que nos han venido de la India, sólo me interesa citar ahora una: la facultad que transfirió Chand Kabi al hijo de un oficial inglés de transmitir el pensamiento y visión a la mente de otra persona, a distancias tan grandes como las que median entre los planetas. Gracias a tal facultad ha podido Carson Napier transmitir por su mediación el relato de sus aventuras en el planeta Venus.

Cuando despegó de la isla de Guadalupe con su gigantesco torpedo aéreo, hacia Marte, escuché el relato de aquel vuelo trascendental que acabó, por un error de cálculo, en Venus. Seguí sus aventuras que comenzaron en la isla que constituía el reino de Vepaja, donde se enamoró apasionadamente de Duare, la altiva hija del rey. Seguí sus andanzas por mares y tierras, hasta llegar a las hostiles ciudades de Kapdor y Kormor, la Ciudad de los Muertos, a Havatoo, en donde Duare fue condenada a muerte por un extraño error judicial. Me estremecí, excitado, durante su peligrosa escapada en el aeroplano que había construido Carson Napier a ruegos de los gobernantes de Havatoo. Padecí constantemente por la actitud de Duare, que juzgaba el amor de Carson Napier como un insulto a la virginal hija del rey de Vepaja. Le rechazaba constantemente, alegando que era una princesa; pero, por fin, disfruté con él cuando ella se dio cuenta de la verdad, y, aunque no podía olvidarse de que era una princesa, terminó por confesar que ante todo era mujer. Ocurrió esto inmediatamente después de su huida de Havatoo y cuando ambos volaban sobre el Río de los Muertos, hacia un mar desconocido, iniciando así la desesperada búsqueda de Vepaja, donde reinaba Mintep, el padre de Duare.

Transcurrieron los meses y llegué a temer que Napier se había estrellado con su nuevo avión; pero, de pronto, comencé a recibir de nuevo mensajes suyos, que quiero recoger en beneficio de la posteridad, ateniéndome, en todo lo posible, a sus propias palabras.

1. DESASTRE

Todos los que han volado en avión recordarán los sobresaltos del primer vuelo sobre un país conocido, divisando viejos escenarios desde un nuevo punto de vista, que les prestan el aire extraño y misterioso de un mundo nuevo; pero en tales casos siempre cabía el consuelo de saber que el campo de aterrizaje no se hallaba demasiado lejos y que, incluso en el caso de un aterrizaje forzoso, se sabía perfectamente dónde se hallaba y cómo retornar.

Pero en aquella alba en que Duare y yo despegamos de Havatoo seguidos de los zumbidos de los disparos de los rifles amtorianos, volábamos sobre un mundo desconocido y, además, no había campo de aterrizaje ni patria hospitalaria. Creo que fue aquél el momento más feliz y emocionante de mi vida. La mujer a quien amaba acababa de decirme que correspondía a mi cariño; me encontraba de nuevo ante los aparatos de control de un aeroplano; volaba y volaba seguro sobre las infinitas amenazas que pululaban en el territorio amtoriano. Sin duda alguna, tendría que enfrentarme con nuevos peligros, en nuestra desesperada tentativa de buscar a Vepaja; pero, por el momento, nada empañaba nuestra felicidad ni nos sobrecogía el temor. Al menos, en lo que a mí se refería. Con Duare, las cosas serían un poco distintas. Bien podía sentirse sobrecogida por la aprensión del desastre; no es extraño que ocurriera así, pues hasta el propio instante en que alcanzamos el borde de las murallas de Havatoo, no tenía la menor idea de que pudiera existir ningún aparato en el que seres humanos pudieran abandonar el suelo para lanzarse por los aires. Era natural que se sobresaltara, pero era valerosa y quedó satisfecha con mi promesa de que íbamos seguros.

El avión era un dechado de perfecciones, como llegarán a ser algún día en el viejo globo terráqueo, cuando las ciencias progresen allí tanto como en Havatoo. Utilicé en su construcción materiales sintéticos de extraña dureza y poco peso. Los técnicos de Havatoo me aseguraron que podría tener una vida por lo menos de cincuenta años sin fracturas ni reparaciones, salvo las producidas por puro accidente. El motor era silencioso y de una eficacia como nunca pudo soñarse en la Tierra. Dentro del aparato iba el combustible necesario para todos los años en que se había calculado su vida, y ocupaba muy poco espacio, ya que podría llevarse en la palma de la mano. Tal milagro es fácil de explicar, como ya se hizo en otras ocasiones. Nuestros propios hombres de ciencia saben que la energía desprendida por la combustión es sólo una fracción infinitesimal de la que puede producirse con la desintegración total de las sustancias. En el caso del carbón, la proporción es de dieciocho millones a uno. El combustible para mi motor consistían en una sustancia conocida por el nombre de lor, que contiene un elemento llamado yor-san, todavía ignorado en la Tierra, y otro elemento llamado vikro, cuya acción sobre el yor-san produce la total desintegración

del lor.

En lo que al funcionamiento del motor se refería, podíamos subsistir durante cincuenta años; pero nuestro punto débil estribaba en que no disponíamos de alimentos. Lo precipitado de nuestra fuga impidió toda posibilidad de aprovisionar el aparato. No obstante, habíamos conseguido escapar con vida y con lo que poseíamos; ya era bastante y nos sentíamos muy felices. No quería torturarme demasiado pensando en el porvenir, pero realmente teníamos ante nosotros muchos interrogantes y Duare me planteó de pronto una pregunta bastante inocente.

—¿Adónde vamos?

—En busca de Vepaja —repuse—; quiero intentar llevarte a tu patria.

Ella movió la cabeza.

—No; no podemos llegar allí.

—¡Pero si siempre deseaste llegar allí desde que te raptaron los klangan!

—Pero no ahora, Carson. Mi padre, el jong, te mataría. Nos hemos confesado el amor que nos une y ningún hombre puede hablar de amor a la hija del jong de Vepaja antes de cumplir los veinte años; lo sabes perfectamente.

—Desde luego que lo sé —asentí—; me lo has repetido muchas veces.

—Lo hice por tu propia seguridad; pero, no obstante, lo he vuelto a hacer con el mismo propósito —admitió—, pero te confieso que me gustaba oír tu confesión de amor.

—¿Desde la primera vez?

—Desde la primera vez. Te amo hace mucho tiempo, Carson.

—Pues eres maestra en el arte de disimular. Creí que me odiabas, aunque, a veces, tenía mis dudas.

—Precisamente porque te amo, no debes caer nunca en manos de mi padre.

—Pero, ¿dónde podemos ir, Duare? ¿Conoces algún rincón de este mundo en el que podamos estar a salvo? creo que debía correr el riesgo de tratar de convencer a tu padre.

—No lo conseguirás —afirmó—. Existe una ley que, aunque no está escrita, vive en la tradición; determina lo que te dije y es tan antigua como el viejo imperio de Vepaja. Me hablaste de los dioses y diosas de las regiones de tu mundo. En Vepaja, la familia real ocupa una posición similar en la mente y en el corazón de la gente, especialmente cuando se trata de la hija de un jong, es absolutamente sagrada. Mirarla es un delito; hablarla es un crimen castigado con la muerte.

—Es una ley insensata —protesté—. ¿Dónde te encontrarías en estos momentos si me hubiera inspirado en tales trabas? Me parece que tu padre me tendrá que estar agradecido.

—Como padre, sí; pero no como jong.

—Sí, veo que sería antes jong que padre —comenté amargamente.

—Eso mismo: primero es jong, y por eso no podemos volver a Vepaja —dijo resuelta.

¡Qué treta tan irónica me había jugado el destino! Con tantas oportunidades como había tenido para escoger en dos mundos a una mujer por esposa, fui a fijarme en una diosa. De todos modos, haber amado a Duare y saber que ella me amaba, era mejor que la convivencia de por vida con otra mujer.

La decisión de Duare de no volver a Vepaja me había dejado desconcertado. No es que creyese que pudiera encontrar Vepaja con seguridad; pero, al fin y al cabo, constituía mi finalidad. Ahora no tenía plan alguno. Havatoo era la ciudad más grande de las que había conocido, pero la inverosímil decisión de los jueces que habían examinado el caso de Duare, después que la rescaté de la Ciudad de los Muertos, hacía imposible nuestro retorno. Buscar una ciudad hospitalaria en aquel extraño mundo parecía inútil. Venus está llena de contradicciones y paradojas. En medio de escenas de paz y belleza, uno halla las bestias más feroces, entre una población amistosa y culta, existen costumbres bárbaras e insensatas; en una ciudad habitada por hombres y mujeres inteligentemente superdotados y de afables modales, los tribunales ignoran por completo el sentimiento de la piedad. ¿Qué esperanza nos quedaba a Duare y a mí? Por eso determiné volver a Vepaja, para que, el menos ella, pudiera salvarse.

Continuamos nuestro vuelo en dirección Sur, siguiendo el curso del Gerkat kum Rov, el Río de la Muerte, hacia el mar en el que sus aguas habían de verterse, sirviéndome de guía. Volaba bajo, ya que tanto Duare como yo queríamos admirar el territorio que se extendía a nuestros pies majestuosamente. Había bosques, llanuras, colinas y, a lo lejos, montañas; mientras sobre nosotros, como el techo de una colosal tienda de campaña, se extendía la capa inferior de nubes que envuelve por completo al planeta, el cual, junto con la capa superior, atempera el calor del sol y hace posible la vida en Venus. Divisamos, mientras volábamos, rebaños que pacían en las llanuras, pero no vimos ciudades ni hombres. Era un paisaje salvaje el que se extendía bajo nuestros pies; bello, pero letal; típicamente amtoriano.

Seguimos la dirección Sur; yo creía que cuando llegásemos al mar sólo tendríamos que cruzarlo para hallar Vepaja. Como ésta era una isla, y con el pensamiento de qué habría de sentir deseos de volver a ella, había construido el avión con pontones retractables, así como con el ordinario sistema de aterrizaje.

La visión de aquellos rebaños que pacían abajo nos sugirió la idea del alimento, abriendo mi apetito. Le pregunté a Duare si tenía hambre y me contestó que mucho; pero ¿de qué iba a servir decirlo?

—Allá abajo nos espera un banquete —le expliqué, señalando a los rebaños.

—Sí; pero cuando lleguemos al suelo habrán huido —contestó—. Ya verás, cuando se fijen en este armatoste, no quedará ni uno en muchas millas a la redonda,

antes de que bajes, a no ser que mates alguno al caer.

Claro que no dijo millas, sino klookob; el kob es una unidad de distancia, equivalente a dos millas y media terrestres, siendo el prefijo kloo el signo del plural. Asimismo utilizó una voz amtoriana para decir armatoste.

—Haz el favor de no llamar armatoste a mi nave —le rogué.

—¡Pero si no es una nave! —objetó ella—. Una nave va por el agua. ¡Ya se me ha ocurrido un nombre, Carson! Es un anotar.

—¡Magnífica! —asentí—; “Anotar” se llamará.

La denominación era apropiada, ya que “notar” significa nave y “an” quiere decir pájaro. Así, lo llamaríamos nave-pájaro. Me pareció más apropiado que la denominación terrestre, acaso porque fue Duare la que la escogió.

Estábamos en una altura de un millar de pies, pero como el motor era completamente silencioso, ninguno de los animales se dio cuenta del extraño objeto que se cernía sobre ellos. Cuando comencé a descender en espiral, Duare dejó escapar un pequeño grito y me rozó el brazo; no me lo apretó como hubiera hecho otra mujer en caso semejante; se limitó a rozarlo, como el contacto la tranquilizase. Debió ser una experiencia aterradora para una persona que hasta aquella mañana jamás había visto un avión.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—Voy a bajar en busca de comida. No te asustes.

No dijo nada más; pero conservó su mano sobre mi brazo. Estábamos descendiendo rápidamente cuando, de pronto, uno de los animales que pacían levantó la mirada y, al descubrirnos, lanzó un agudo bufido de alarma y comenzó a correr velozmente por la llanura. En seguida se desperdigaron todos. Partí velozmente en su persecución, descendiendo tanto que casi rozaba sus lomos. A la altura que habíamos estado volando le debió parecer a Duare que corríamos a escasa velocidad; pero ahora que nos hallábamos a pocos pies del suelo, quedó sorprendida al comprobar que podíamos competir fácilmente con los más veloces de aquellos animales.

A mí no me parece muy deportivo cazar animales desde un avión, pero en aquellos momentos no hacía yo deporte, lo que buscaba era comida y aquél era el único procedimiento para conseguirla sin poner en peligro nuestras vidas. En consecuencia, y sin escrúpulo alguno, saqué mi pistola y derribé a un rollizo y joven animal, perteneciente a una especie de herbívoros desconocida. La caza nos había llevado hasta un bosquecillo que crecía a lo largo de las orillas de un afluyente del Río de la Muerte. Tuve que parar bruscamente a fin de no incrustarnos contra los árboles. Al volver la mirada hacia Duare, vi que había palidecido, pero se mantenía serena. Cuando salté al suelo, junto a mi víctima, la llanura estaba completamente desierta.

Dejé a Duare en su asiento y me dediqué a descuartizar al animal, con la intención de cortar tanta carne como calculé que podría conservarse fresca hasta que

la utilizáramos y luego ir a buscar un lugar más propicio para acampar temporalmente.

Trabajaba yo cerca del aeroplano y ni Duare ni yo estábamos de cara al bosque que se encontraba a corta distancia, detrás. No vigilábamos aquella parte; ambos estábamos sugestionados por el trabajo de descuartizamiento, cuyas extrañas operaciones debían resultar atractivas.

La primera impresión de peligro me la hizo percibir un grito aterrador de Duare.

—¡Carson!

Al volverme en redondo, divisé a una docena de guerreros que avanzaban hacia mí. Tres de ellos me amenazaban ya con la punta de sus espadas. No vi el modo de defenderme y me abatieron al suelo, castigado por sus espadas, no sin antes mostrarme sorprendido al dirigir una rápida mirada a mis agresores y descubrir que todos eran mujeres.

Debí permanecer tendido allí, inconsciente, más de una hora, y cuando recobré el conocimiento me encontré solo; los guerreros y Duare habían desaparecido.

2. MUJERES GUERREROS

Me sentí en aquellos momentos casi tan desmoralizado como en el más crítico trance de mi vida. Perdí a Duare y la felicidad cuando me hallaba ya en el umbral de la seguridad, y quedé positivamente enervado. Lo que me hizo recobrar el aplomo fue la incertidumbre respecto a la suerte de Duare. Estaba bastante maltrecho. Tanto en la cabeza como en la parte alta del cuerpo tenía diversas heridas, cubiertas de sangre coagulada. No acababa de comprender por qué no me habían matado y llegué a sospechar que mis agresoras me habían dejado por muerto. Las heridas eran serias, pero no mortales. Mi cráneo había quedado intacto, pero me dolía la cabeza de un modo terrible y me sentía débil a causa de la pérdida de sangre. Examiné el avión y pude cerciorarme de que estaba indemne; al mirar por la llanura, adiviné lo que me había salvado la vida. Fue la presencia del avión, ya que a cierta distancia descubrí animales salvajes que me avizoraban enfurecidos. Aquel extraño monstruo parecía guardarme y debía ser lo que les mantenía lejos.

Lo poco que había examinado a mis agresoras me convenció de que no eran auténticos salvajes; tanto su atavío como sus armas revelaban cierto grado de civilización. Deduje de ello que debían vivir en alguna población, y el hecho de ir a pie daba a entender que no se encontraba lejos. Estaba seguro de que debieron salir del bosque por detrás del avión y que aquella era la dirección que debían seguir mis pesquisas para buscar a Duare.

Antes de aterrizar no habíamos visto población alguna, a pesar de que los dos estuvimos ojo avizor para ver si descubríamos la presencia de seres humanos. Hubiera sido estúpido comenzar la búsqueda a pie, bajo la amenaza de aquellos feroces carnívoros, y caso de hallarse el pueblo de las mujeres-guerreros al descubierto podría divisarlo mejor desde el aeroplano.

Me sentía débil y mareado al ocupar mi asiento entre los aparatos de control. Y sólo el móvil que me alentaba era capaz de impulsarme a alzarme en el aire en condiciones semejantes. No obstante, realicé un aceptable despegue y una vez en el aire, mi mente estaba tan preocupada por la realización de mis pesquisas que casi olvidé mis heridas. Volé bajo, sobre el bosque, y tan silenciosamente como un pájaro. Caso de existir un pueblo y de estar en el bosque sería difícil, si no imposible, localizarlo desde el aire; pero a causa de ser el avión absolutamente silencioso, podría localizarse un poblado guiándome por el ruido, si volaba suficientemente bajo.

El bosque no era muy grande y pronto lo recorrí, pero sin registrar ruido alguno ni descubrir signo de vida humana. Más allá del bosque había una cadena de colinas y en una de las gargantas vi un camino muy gastado. Lo seguí y no hallé ninguna población, aunque dominaba el paisaje a muchas millas a la redonda. Las colinas tenían escasos cañones y valles. Era una comarca árida, donde no parecía probable

hallar ninguna población. Decidí abandonar la búsqueda en tal dirección y viré con mi aeroplano hacia la llanura donde había sido capturada Duare, con el propósito de iniciar desde allí mis investigaciones en distintas direcciones.

Aún volaba muy bajo sobre la zona en que acababa de recorrer, cuando atrajo mi atención una figura humana que caminaba de prisa sobre una meseta.

Bajé más aún y comprobé que se trataba de un hombre. Caminaba con celeridad y dirigiendo hacia atrás incesantes miradas. No había descubierto mi avión. Evidentemente estaba muy preocupado por algo que se encontraba a su espalda. De pronto, descubrí lo que era; una de aquellas feroces bestias parecidas al león, un tharban. La fiera le venía siguiendo, pero comprendí que pronto se abalanzaría sobre su víctima y descendí en forma casi vertical. No había tiempo que perder.

Al acometer la fiera, el hombre se volvió para hacerle frente con su fútil lanza, ya que debió comprender que resultaba inútil tratar de huir.

Mientras tanto, había sacado yo la pistola de rayos r y al precipitarme sobre el tharban estuve a punto de estrellarme con el aparato. Creo que fue más suerte que destreza, pero acerté al disparar, y mientras le vi revolverse en el suelo, comencé a trazar circunferencias con el avión alrededor del hombre y terminé por aterrizar a su lado.

Era el primer ser humano que había visto desde la captura de Duare y deseaba interrogarle. Iba solo y armado con armas primitivas; por consiguiente, estaba completamente a mi merced.

No sé por qué no echó a correr, ya que el avión debía, lógicamente, aterrarle. Se limitó a quedarse parado mientras yo avanzaba hacia él en mi aparato, hasta detenerme a su lado. Podría muy bien ocurrir que estuviese paralizado por el terror. Era un hombrecito de aspecto insignificante, con un taparrabos tan voluminoso que parecía casi una faldilla.

Llevaba en el cuello varios collares de piedra de diversos colores y sus brazos y piernas aparecían adornados con brazaletes de índole parecida. La larga y negra cabellera iba peinada en dos moños que le caían sobre las sienes y se adornaba la cabeza con pequeñas plumas, ofreciendo el aspecto de un conjunto de flechas sobre el blanco de los disparos. Llevaba espada, lanza y cuchillo de caza.

Cuando descendí del avión y avancé hacia él, se echó atrás y alargó el brazo armado de la lanza, en actitud amenazadora.

—¿Quién eres? —me preguntó—. No quiero matarte, pero si te acercas más tendré que hacerlo. ¿Qué buscas aquí?

—No pretendo hacerte daño —le tranquilicé—. Sólo deseo hablarte.

Nos expresábamos en el lenguaje universal de Amtor.

—¿Y de qué quieres hablar conmigo? Pero primero quiero que me digas por qué mataste al tharban que estaba a punto de devorarme.

—Precisamente para que no te matase y te devorase.

Movió él la cabeza, con un gesto de duda.

—Es extraño. No me conoces; no somos amigos; por tanto, ¿por qué me has salvado la vida?

—Porque los dos somos seres humanos —le dije.

—Es una razón —admitió—. Si todos los hombres pensarán lo mismo, nos trataríamos mejor de lo que nos tratamos ahora. Pero a pesar de todo, muchos de nosotros tendrían miedo. ¿Qué es eso en que vas montado? Ahora me doy cuenta de que no es un ser vivo. ¿Cómo no se cae al suelo y te mata?

No disponía ni del tiempo ni del deseo de explicarle los elementos científicos de un avión y me limité a explicarle que se mantenía en el aire porque yo lo deseaba así.

—¡Debes ser un hombre extraordinario! —dijo con admiración—. ¿Cómo te llamas?

—Carson. ¿Y tú?

—Lula —repuso, añadiendo—: Carson es un nombre extraño para un hombre. Suena más a nombre de mujer.

—¿Más que Lula? —le pregunté, conteniendo una sonrisa.

—¡Oh, ya lo creo! Lula es un nombre muy masculino y a mí me parece muy dulce. ¿No crees?

—Desde luego —le aseguré—. ¿Dónde vives, Lula?

Señaló hacia la dirección de donde había venido yo, después de renunciar a encontrar un pueblo por aquella parte.

—Vivo en el pueblo de Houtomai, en el Cañón Angosto.

—¿Qué distancia hay hasta allí?

—Cosa de dos kloobod —calculó.

¡Dos kloobod! Debían ser unas cinco millas de nuestro sistema lineal y había yo estado vagando por aquellos contornos, una y otra vez, sin descubrir signo alguno de un pueblo.

—Hace poco me encontré con un pequeño grupo de mujeres-guerreros armadas de espadas y lanzas —le dije—. ¿Sabes dónde viven?

—Puede que vivan en Houtomai —repuso—; o en algún otro pueblo. ¡Oh, nosotros, los Samary, tenemos muchos pueblos y somos muy poderosos! ¿Era una de aquellas mujeres muy corpulenta y alta, con una gran cicatriz en la mejilla izquierda?

—Realmente no tuve mucho tiempo para observarlas con detenimiento —le dije.

—Bueno, lo comprendo. Si te hubieras acercado demasiado a ellas te habrían matado. Pero acaso fuera ella, Bund podría acompañarlas y de ser así te aseguraría que procedían de Houtomai. Verás, Bund es mi esposa. Es muy fornida, y, realmente, tiene derecho a ser la jefa.

Realmente dijo jong que quiere decir rey; pero me parece mejor la denominación

de la “jefe” para una tribu salvaje, y dado el breve trato que había tenido con las damas de los Samary, creo más oportuno llamarlas así.

—¿Te importaría llevarme a Houtomai? —le pregunté.

—¡Oh, eso sí que no! —exclamó—. Te matarían y, después de haberme salvado la vida, no quiero exponerte a tal peligro.

—¿Y por qué me iban a matar? —inquirí—. Yo no les hice nada malo.

—Eso poco importa para las mujeres de los Samary —me aseguró—. No les gustan los hombres y matan a todo hombre extraño que hallan en esta comarca. A nosotros también nos matarían si no tuvieran miedo de que se extinguiera la raza. Ocasionalmente matan a algunos de nosotros cuando se irritan demasiado. Ayer mismo, Bund intentó matarme; pero pude escapar corriendo y he permanecido escondido desde entonces. Supongo que se le habrá pasado el enfado y pienso volver.

—¿Y si capturan a una mujer extranjera? —le pregunté—. ¿Qué harían con ella?

—La convertirían en esclava y la obligarían a trabajar.

—¿Y la tratarían bien?

—A nadie tratan bien excepto a ellas mismas. Parece como si sólo ellas tuvieran derecho a vivir —añadió con resentimiento.

—Pero no la matarían ¿verdad? —persistí—. ¿Crees que podrían matarla?

Se encogió de hombros.

—Acaso sí. Tienen muy mal carácter y cuando los esclavos cometen alguna falta, los maltratan; a veces hasta matarlos.

—¿Te gusta mucho Bund? —le interrogué.

—¿Que si me gusta Bund? ¿A qué hombre le va a gustar una mujer? La odio: las odio a todas. Pero ¿qué puedo hacer? Tengo que vivir y si me fuera a otro país, me matarían. Si me quedo aquí y procuro complacer a Bund, se me alimenta y me protegen, y tengo donde dormir. Claro que también los hombres tenemos nuestros esparcimientos de vez en cuando. Podemos hacer tertulia, charlar mientras confeccionamos sandalias, y, a veces, jugamos; desde luego, todo ello cuando las mujeres están fuera, de caza o merodeando. Al fin y al cabo, esto es mejor que la muerte.

—Me ocurre algo, Lula, y no sé si rogarte que me ayudes. Ya comprenderás que los hombres debemos ayudarnos.

—¿Qué pretendes de mí?

—Que me conduzcas a Houtomai.

Me miró receloso y pareció dudar.

—No olvides que te salvé la vida —le recordé.

—Eso es cierto —repuso—. Te debo algo... Tengo contigo una deuda de gratitud. Pero, ¿para qué deseas ir al pueblo?

—Quiero averiguar si mi esposa está allí. Unas mujeres-guerreros la raptaron esta

mañana.

—¿Y por qué quieres recobrarla? A mí me gustaría que alguien se llevara a Bund.

—Acaso no me comprendas, Lula —le dije—; pero quiero recobrarla. ¿Me ayudarás?

—Lo más cerca que te podría llevar sería a la desembocadura del pueblo. Nos matarían a los dos, y en cuanto a ti, te matarán tan pronto te presentes en el pueblo. Si tuvieras el pelo negro, acaso podrías pasar inadvertido; pero con ese extraño pelo amarillo te descubrirán en el acto. Si tu cabello fuese negro podrías deslizarte al anochecer y meterte en una de las cuevas destinadas a los hombres, pasando inadvertido durante bastante tiempo; aunque alguna mujer te viera sería igual, porque sólo se preocupan de sus hombres.

—¿Pero los hombres me rechazarían?

—No, a ellos les divierte engañar a las mujeres. A todos nos haría mucha gracia. ¡Qué lástima que no tengas el cabello negro!

A mí también me hubiera gustado en aquellos momentos tener el cabello negro, para poder penetrar en el pueblo. De pronto se me ocurrió una idea.

—Lula, ¿viste alguna vez un anotar? —le pregunté señalando al avión.

Negó con la cabeza.

—No, nunca.

—¿Te gustaría verlo de cerca?

Contestó afirmativamente y yo me encaramé en mi asiento, invitándole a seguirme. Así que estuvo sentado a mi lado, le ajusté las correas de seguridad explicándole para qué eran.

—¿Te gustaría pasear un poco en mi aparato? —le pregunté.

—¿Por el aire? ¡Claro que no!

—Entonces, sólo un paseíto.

—Eso sí.

—Muy bien —le prometí— sólo un paseíto.

Maniobré hasta ponernos en dirección al viento. Luego arrancamos.

—¡No muy aprisa! —gritó haciendo ademán de saltar fuera, pero sin conseguir desatarse las correas.

Estaba tan atareado en esta última operación que no levantó la mirada durante breves segundos. Y cuando lo hizo, ya nos encontramos a cien pies de altura y ascendíamos rápidamente. Miró a su alrededor, lanzó un grito y cerró los ojos.

—¡Me has engañado! —gritó—. Me dijiste que sólo íbamos a dar un paseíto.

—Y eso estamos haciendo —repuse—. Yo no te prometí que no iríamos por el aire.

Era una treta burda, hay que admitirlo así, pero estaba en juego algo más importante que mi propia vida y sabía, además, que aquel infeliz no corría peligro.

—No tienes por qué asustarte —le tranquilicé—. Vas muy seguro. Abre los ojos y mira. Te acostumbrarás en seguida, y luego te gustará.

Lo hizo así y aunque al principio dejó escapar algunas exclamaciones, terminó por mostrar interés y no hacía más que mover la cabeza de un lado para otro, a fin de descubrir paisajes conocidos.

—Estás aquí más seguro de lo que pudieras estarlo en suelo firme —le dije—. Ni las mujeres, ni los tharbans pueden cogerte.

—Veo que tienes razón —admitió.

—Además, debes estar muy orgulloso, Lula.

—¿Por qué?

—Que yo sepa, eres la tercera persona que ha volado en Amtor, excepto los klangan, y a esos lo les tengo por seres humanos.

—No lo son; son pájaros que saben hablar. ¿Adónde me llevas?

—Ahora voy a decírtelo. Pienso descender —repuse, a la vez que comenzaba a trazar circunferencias sobre la planicie en que maté al animal para comer, antes de que capturasen a Duare. Unas cuantas bestias roían los restos de la res, pero se asustaron y echaron a correr al acercarse el avión para aterrizar. Salté al suelo, corté algunos trozos de la carne que quedaba y me acomodé de nuevo en el aeroplano. Lula ya era una entusiasta aeronauta y a no ser por el cinturón que le sujetaba se hubiera precipitado al espacio, en uno de sus ambiciosos intentos de verlo todo en cualquier dirección. De pronto se dio cuenta de que no avanzábamos hacia Houtomai.

—¡Eh! —gritó—. ¡Te equivocas de dirección! Houtomai está por allí. ¿Dónde vas?

—Voy a cambiar el color de mi cabello.

Me miró aterrado. Creo que comenzó a recelar que iba por los aires en compañía de un lunático. Se quedó en actitud expectante y observándome con el rabillo del ojo. Volví hacia el Río de la Muerte, donde recordaba haber visto una isla llana y baja, y haciendo funcionar los pontones para el agua, descendí sobre ésta y me metí en una pequeña ensenada. Luego de maniobrar un poco conseguí atar el avión a un árbol utilizando una cuerda, rogando después a Lula que saltara al suelo y encendiera fuego. Podía haberlo hecho yo mismo, pero aquellos hombres primitivos sabían ejecutarlo con una celeridad que a mí me resultaba imposible. Arranqué de un arbusto unas cuantas hojas que parecían de cera, y cuando el fuego estuvo bien encendido, cogí la mayor parte de la grasa y la deposité sobre las hojas lentamente y con cuidado. Me llevó la operación más tiempo del que había pensado; pero al fin disponía del suficiente unguento. Mezclé un poco de hollín con el líquido obtenido y me froté con todo ello el pelo, mientras Lula me contemplaba atónito. De vez en cuando utilizaba la tranquila superficie de la pequeña ensenada a modo de espejo, y cuando hube completado mi transformación me lavé la cara y las manos, utilizando la

ceniza como lejía para quitarme la grase. Ahora no sólo parecía, sino que me sentía otro hombre. Me asombró el hecho de que en medio de todas aquellas incidencias casi me había olvidado de mis heridas.

—Lula, ahora sube al anotar y vamos a ver si damos con Houtomai —le dije.

El despegue del río resultó bastante excitante para el amtoriano, ya que tuvo que ser largo, debido a la corriente que nos arrastraba por todas partes; pero al fin nos hallamos en el aire y en dirección a Houtomai. Tuvimos algunas dificultades en localizar el Cañón Angosto, ya que desde aquel punto visual el terreno tomaba un nuevo aspecto a los ojos de Lula; mas al fin lanzó una pequeña exclamación y señaló abajo. Miré hacia allí y vi un estrecho cañón con acantilados pero no descubrí pueblo alguno.

—¿Dónde está el pueblo? —pregunté.

—Allí mismo —repuso, aunque yo aún no veía nada—. No puedes ver muy bien las cuevas desde aquí.

Entonces comprendí. Houtomai era un pueblo cuyos habitantes vivían en cuevas. No era extraño que hubiese recorrido aquellos contornos sin localizarlo. Comencé a describir circunferencias en el aire para estudiar el terreno. Estaba a punto de anochecer y tenía ya mi plan. Confiaba en que Lula me acompañase al Cañón y me mostrase la cueva en que habitaba. Solo, no podía haberla hallado nunca y temía que, de permitirle descender prematuramente del avión, podría ocurrírsele escapar a su casa en seguida, y aparte de los posteriores disgustos que ello me ocasionaría, perdería su ayuda y cooperación. Creía haber hallado un lugar relativamente seguro para dejar el avión y cuando comenzó a anochecer aterricé, acercándolo a una arboleda y atándolo lo mejor que pude, aunque me desagradaba extraordinariamente tener que abandonar objeto tan precioso en aquel salvaje país. No es que temiese que pudieran ocasionarle desperfectos los animales, porque estaba seguro de que tendrían demasiado miedo de acercarse, pero ignoraba cuál sería la reacción de cualquier ser humano ignorante, si lo encontraba. De todos modos, no cabía otra alternativa. Poco después que se hizo de noche Lula y yo llegamos al cañón. No fue una excursión muy agradable; por todas partes resonaban rugidos de fieras, y Lula parecía querer escabullírseme, como si comenzase a arrepentirse de su precipitada promesa de ayudarme y presintiera lo que pudiera ocurrirle si se descubría que había llevado al pueblo a un extraño. Tuve que estar tranquilizándole constantemente con la promesa de que le protegería y de que me hallaba dispuesto a jurar y perjurar, por todo lo más sagrado de Amtor, que nunca le había visto, en el caso de que las mujeres me sometieran a un interrogatorio.

Llegamos sin incidentes al pie de las rocas en que estaban las cuevas de los houtomayanos. En el suelo ardían dos hogueras; una mayor, y otra más pequeña. Alrededor de la mayor se agrupaban algunas mujeres; las unas, tendidas; las otras, en

cuclillas; y algunas, de pie. Gritaban y reían, mientras cortaban en pedazos un animal que habían asado en la hoguera. Alrededor de la hoguera más pequeña congregábanse unos cuantos hombrecillos; estaban muy callados y cuando hablaban lo hacían en voz baja. De vez en cuando alguno soltaba una risita y entonces todos dirigían temerosas miradas hacia las mujeres; pero éstos no les prestaba más atención que si hubieran sido un rebaño de corderos.

Lula me condujo a aquel grupo de hombres.

—No digas nada y procura no atraer la atención —me avisó.

Me quedé rezagado detrás de los que se agrupaban alrededor de la hoguera, procurando mantener oculta la cara en las sombras. Oí cómo daban a Lula la bienvenida y comprendí por sus ademanes que a todos les unía la camaradería de la desgracia. Escudriñé a mi alrededor para ver si descubría a Duare, pero no la vi.

—¿Cómo está el humor de Bund? —oí que preguntaba Lula.

—Peor que nunca —replicó uno de ellos.

—¿Fueron bien hoy los merodeos y la caza? ¿Oíste hablar de ello a las mujeres? —continuó Lula.

—Volvieron satisfechas —le contestaron—. Ahora tenemos carne abundante y Bund trajo a una esclava que capturó. Con ella estaba un hombre al que mataron, y vieron una cosa de lo más extraño que cabe imaginar. Según lo que decían, hasta las propias mujeres se asustaron un poco, y, por lo visto, pusieron pies en polvorosa.

—¡Oh, ya sé de qué se trata! —dijo Lula—; era un anotar.

—¿Y cómo sabes lo que era? —preguntó un hombre.

—Pues..., pues..., todo ha sido una broma mía —se disculpó Lula con voz temblorosa.

Sonreí al comprender que la vanidad de Lula había estado a punto de traicionarle; además, sonreí también tranquilizado al comprobar que había descubierto el pueblo que buscaba y que Duare se encontraba allí. Pero, ¿dónde? Me hubiera gustado interrogar a aquellos individuos; pero si Lula no confiaba en ellos, ¿cómo iba yo a hacerlo? Hubiera querido gritar el nombre de Duare para hacerle saber que me encontraba allí, ansioso de ayudarla. Debía crearme muerto, y conociendo como conocía a Duare, sabía que sería capaz de quitarse la vida en un impulso de desesperación. Tenía que buscar el medio de comunicarme con ella. Me acerqué a Lula y cuando estuve lo suficientemente próximo, le susurré:

—Vamos; quiero hablarte.

—Lárgate de mi lado; yo no te conozco —balbuceó Lula.

—Sabes que estás mintiendo, y si no vienes contaré a todos dónde has estado toda la tarde y que me trajiste aquí.

—¡Oh, no puedes hacer eso! —repuso Lula, temblando.

—Entonces, sígueme.

—Bueno —asintió Lula, levantándose y alejándose de la hoguera hacia la oscuridad. Señalé a la otra hoguera.

—¿Ésa es Bund? —le pregunté.

—Sí; esa bestia que está de espaldas —contestó Lula.

—¿Se encontrará la nueva esclava en la cueva de Bund?

—Probablemente.

—¿Sola?

—No; Bund habrá hecho custodiarla por otra esclava de su confianza para que no se escape.

—¿Dónde está la cueva de Bund?

—Allá arriba, en la tercera terraza.

—Llévame allí —le ordené.

—¿Estás loco, o crees que lo estoy yo?

—Se te permite andar por allí, ¿no es cierto?

—Sí; pero no debo acercarme a la cueva de Bund sin que ella me llame.

—No tienes necesidad de llegar; sólo acércate conmigo lo suficiente para mostrarme la cueva.

Dudó un instante, rascándose la cabeza.

—Bueno —dijo por fin—; después de todo, así me desharé de tu persona; pero no olvides que me prometiste no decir que fui yo quien te trajo al pueblo.

Le seguí y trepamos por una maltrecha escala, llegando a la primera, y luego, a la segunda terraza; pero cuando estábamos a punto de remontar la tercera, se asomaron arriba dos mujeres, y Lula fue presa del pánico.

—¡Vamos! —murmuró nervioso, cogiéndome del brazo.

Me condujo por un sendero angosto que corría enfrente de las cuevas, llegando hasta el extremo, donde se paró tembloroso.

—¡Escapamos de milagro! —murmuró—. A pesar de tu cabello negro, tienes poco aspecto de samariano; eres tan alto y fuerte como una mujer, y ese objeto que pende de tu cinturón... Mejor será que lo tires. Aquí nadie lo usa. Te digo que debes tirarlo.

Se refería a mi pistola; la única arma que había traído, además del excelente cuchillo de caza. La ocurrencia era digna de la candidez de Lula. Era verdad que su posesión delataría mi impostura; pero el no tenerla implicaba mi seguro vencimiento. No obstante, me las arreglé para ocultar el arma bajo la pequeña piel que pendía de mi cintura.

Mientras aguardábamos a que las mujeres se apartaran, contemplé la escena que se ofrecía abajo y fijé particularmente la atención en el grupo de mujeres congregadas alrededor de la hoguera. Eran arquetipos de su género; anchas de espaldas, amplio tórax y miembros de gladiador. Hablaban con voz ronca y reían ruidosamente,

profiriendo groserías, burlas y chanzas. El fuego arrojaba su luz de plano sobre sus cuerpos casi desnudos y sus masculinos rostros. No dejaban de ser hermosas con su corta cabellera y su tez bronceada; pero aunque poseían, hasta cierto límite, el tipo de mujer, no ostentaban signo alguno de feminidad. En realidad no daban la impresión de mujeres, y con esto queda dicho todo. Mientras las estaba observando, dos de ellas se pusieron a discutir y a insultarse groseramente; luego comenzaron a pelear, y, ciertamente, no lo hacían como mujeres. Ni se estiraban del pelo, ni se arañaba. Peleaban como dos gladiadores.

¡Qué diferente era el otro grupo congregado alrededor de la hoguera pequeña! Contemplaban la pelea furtivamente, con timidez de ratones, a distancia. En comparación con el de las mujeres, su cuerpo era pequeño y frágil, blanda su voz y suaves sus movimientos.

Ni Lula ni yo aguardamos a ver quién salía triunfante del torneo. Las dos mujeres que habían interrumpido nuestra marcha se alejaron a una terraza inferior, permitiéndonos trepar al próximo nivel, en el que se encontraba la cueva de Bund. Cuando nos hallamos en el caminillo del tercer piso, Lula me dijo que la cueva de Bund era la tercera a la izquierda. Una vez cumplida su misión, se dispuso a marcharse.

—¿Dónde están las cuevas de los hombres? —le pregunté, antes de que se alejase.

—En la terraza de más arriba.

—¿Y la tuya?

—La última de la izquierda —repuso—. Ahora me voy allí. ¡Ojalá no te vuelva a ver nunca!

Hablaba con voz quebrada y temblaba como una hoja. Me parecía imposible que un hombre hubiera podido llegar a tan lamentable estado de temor a causa de una mujer.

Y, no obstante, le había visto enfrentarse con el tharban en actitud realmente valerosa. Marché pensativo hacia la cueva de Bund, la mujer-guerrero de Houtomai.

3. LAS CUEVAS DE HOUTOMAI

El senderillo que corría ante las cuevas escarpadas en que vivían los habitantes de Houtomai era bastante angosto e incómodo; pero las moradas cumplían su misión, y como sus inquilinos no estaban acostumbrados a otra cosa, debían sentirse satisfechos. Las cuevas eran de construcción sencilla, pero práctica. Habían clavado en orificios, practicados en las rocas, rectos troncos de árbol que sobresalían unos dos pies. Tales troncos aparecían trabados con otros, sujetos con tiras de cuero.

El caminillo resultaba manifiestamente angosto, si se miraba hacia el fondo del precipicio, y no había balaustradas. Luchar en sitio parecido debía ser embarazoso de veras. Mientras tales pensamientos pasaban por mi mente, me fui acercando a la entrada de la tercera cueva de la izquierda. Reinaba el silencio, y el interior estaba oscuro como boca de lobo.

—¿Quién hay ahí dentro? —llamé.

Pronto fluyó una adormecida voz de mujer:

—¿Quién es?

—Bund dice que bajen a la nueva esclava —contesté.

Oí moverse algo dentro de la cueva, y casi en el acto se presentó en la entrada una mujer con el pelo revuelto. Había demasiada oscuridad para observar sus facciones, y lo único que me preocupaba en aquellos momentos era que estuviese lo bastante somnolienta para que el timbre de mi voz no despertara sus sospechas, ya que me parecía que no sonaba como el de los hombres que había oído hablar allí. Aunque no me hacía gracia parecerme a ellos, procuré cambiar el timbre, imitando el de Lula.

—¿Para qué la necesita Bund? —inquirió.

—¿Y yo qué sé?

—Es extraño —objetó—; Bund me ordenó que no debía dejarla salir de la cueva bajo ningún concepto. ¡Ah, aquí llega Bund!

Miré hacia abajo. La lucha había terminado y las mujeres ascendían hacia las cuevas. La posición en que me encontraba en aquel angosto pasadizo era de lo más incómodo para defenderme y comprendí que en tales circunstancias no podía hacer nada por Duare; en consecuencia, me escabullí con la mayor presteza y naturalidad que pude.

—Me parece que Bund debió cambiar de pensamiento —dije a la mujer mientras volvía la espalda para dirigirme a la escalerilla que conducía al piso superior.

Por fortuna la mujer estaba aún medio dormida, y sin duda en aquellos momentos no pensaba en otra cosa que en reanudar su sueño. Murmuró algo sobre lo extraño que le parecía todo aquello, pero, antes de que pudiera hacer más comentarios, me marché.

No me costó mucho tiempo trepar hacia el pasadizo de arriba, correspondiente a

las cuevas de los hombres, y una vez allí, me dirigí a la última de la izquierda. Reinaba en ella una oscuridad completa y el olor que exhalaba era prueba de que estaba mal aireada desde hacía muchas generaciones.

—¡Lula! —susurré. Oí un gruñido.

—¿Otra vez tú? —me preguntó con voz compungida.

—Tu viejo amigo Carson, en persona —repliqué—. Parece que no te alegra verme.

—¡Claro que no! Esperaba no volverte a ver jamás y que te hubieran matado a estas horas. ¿Cómo es que no te mataron? Por lo visto te quedaste poco allí. ¿A qué has venido?

—Me entraron ganas de ver a mi amigo Lula —repuse.

—¿Y te irás en seguida?

—Esta noche, no; acaso mañana.

Volvió a gemir.

—¡Que no te vean salir mañana de aquí! —me rogó—. ¡Oh! ¿Por qué te diría dónde estaba mi cueva?

—Sí; cometiste una estupidez, Lula; pero no te preocupes. Si me ayudas, no te ocasionaré ningún disgusto.

—¡Ayudarte! ¡Ayudarte a arrancar a tu mujer de las manos de Bund! ¡Pero si van a matarme!

—Bueno, no nos consternemos más hasta mañana. Los dos necesitamos dormir. Pero no me traiciones, Lula. Como lo hagas, le contaré a Bund todo lo ocurrido. Dime: ¿estás solo en esta cueva?

—No; la ocupan conmigo dos hombres más. Pronto llegarán. Cuando se presenten, no vuelvas a dirigirme la palabra.

Callamos los dos y no tardamos en escuchar murmullo de pasos fuera; e instantes después, entraron los dos individuos. Venían engolfados en una conversación que continuaron una vez dentro.

—Me pegó, y por eso he callado; pero poco antes de subir, oí cómo hablaban de ello las mujeres. Casi todas habían entrado ya en sus cuevas. Ocurrió poco antes de que bajáramos de la cueva a encender el fuego para la cena, al anochecer. Había salido de la cueva para bajar cuando lo vi.

—¿Y por qué te pegó tu mujer?

—Me dijo que mentía y que no le gustaban los mentirosos, y que si decía mentiras semejantes, me iba a encontrar con lo que no me esperaba; pero luego otras dos mujeres afirmaron que era verdad.

—¿Y qué dijo entonces tu mujer?

—Que me iba a dar una paliza de todos modos.

—¿Y a qué se parecía aquello?

—A un gran pájaro; sólo que no movía las alas. Voló sobre el mismo Cañón Angosto y las mujeres que lo vieron aseguraban que era lo mismo que estaba en el suelo, cuando capturaron a la nueva esclava y mataron al hombre del pelo amarillo.

—Debe ser el anotar del que hablaba Lula.

—¡Pero si dijo que hablaba en broma!

—¿Cómo iba a hablar en broma sobre una cosa que no había visto nunca? Todo esto es muy extraño, ¿eh, Lula? —Nadie contestó—. ¿Eh, Lula? —volvió a llamarle.

—Estoy durmiendo —repuso Lula.

—Pues mejor será que despiertes. Queremos saber algo de ese anotar —insistió el otro.

—Yo no sé nada; no lo vi ni subí a ese anotar nunca.

—¿Quién te ha dicho que hayas subido? ¿Cómo iba a poder volar un hombre por el aire?

—¡Vaya que puede! —exclamó Lula—. Dos hombres pueden ir dentro; acaso cuatro, y vuela hacia donde se quiere.

—Creí que no sabías nada sobre el asunto.

—Quiero dormir —advirtió Lula.

—Nos vas a contar lo que sepas del anotar, o se lo digo a Bund.

—¡Oh, Vyla! ¡No harás eso! —gimió Lula.

—Sí que lo haré —insistió Vyla—. Lo mejor que puedes hacer es contárnoslo todo.

—Si te lo cuento, ¿me prometes no decir nada?

—Te lo prometo.

—¿Y tú, Ellie? ¿Me lo prometes también?

—No te iba a delatar, Lula; debías saber que soy incapaz de eso —le aseguró Ellie.

—¡Vamos, cuéntanoslo, Lula! —le animó Vyla.

—Pues sí que lo he visto, y he volado en él... He subido hacia el horizonte.

—Estás mintiendo, Lula —le amonestó Vyla.

—Te aseguro que no —insistió Lula—; y si no me crees, que te lo explique Carson.

—¿Y quién es Carson? —preguntó Vyla.

—Es el que hace volar el anotar —explicó Lula.

—¿Y cómo se lo vamos a preguntar? Me parece que sigues mintiendo, Lula. Te estás acostumbrando a mentir.

—No miento, y si no me crees, puedes preguntárselo a Carson. Está aquí mismo, en la cueva.

—¿Qué? —preguntaron los dos a una.

—Lula no miente —intervine yo—. Aquí estoy para aseguraros que Lula voló en

el anotar, y si a vosotros os gustase volar, os llevaré mañana, si me ayudáis a salir de aquí sin que me descubran las mujeres.

Reinó un período de silencio; luego Ellie habló algo atemorizado.

—¿Qué diría la Jad si lo supiera? —preguntó. Jad era “jefe”.

—Le prometiste no decir nada a la Jad —le recordó Lula.

—No tiene necesidad de saberlo, a no ser que alguno de vosotros se lo digáis —tercié—; y como lo haréis diré que los tres lo sabíais y os habíais confabulado conmigo para matarla.

—¡No puedes hacer eso! —gritó Ellie.

—Sí que lo haré; pero si me ayudáis, no tiene necesidad de saberlo y podréis dar un paseo en el anotar.

—Me daría miedo —dijo Ellie.

—No tienes por qué tener miedo —intervino Lula con tono alentador—. Yo no lo tuve. Desde arriba se ve el mundo de golpe y nadie puede cogerle a uno. ¡Entonces sí que no temía a los tharbans, ni siquiera a Bund!

—Me gustaría subir —dijo Vyla—; si Lula no tiene miedo, nadie puede tenerlo.

—Si tú subes, yo también —prometió Ellie.

—Pues subiré —afirmó Vyla.

Seguimos hablando un poco más y, por último, antes de dormirnos les formulé algunas preguntas referentes a las costumbres de las mujeres, y me informé de que la caza y merodeo era lo primero que hacían por las mañanas; dejaban en el pueblo una pequeña guardia de guerreros para protegerlo. Me enteré asimismo de que las esclavas trabajaban todas las mañanas, y mientras los grupos de caza se dedicaban a su faena, ellas recogían leña para el fuego y traían agua a las cuevas utilizando cántaros de barro. También ayudaban a los hombres en el trabajo de confeccionar sandalias, faldillas, ornamentos y loza.

A la mañana siguiente me quedé en la casa hasta que se hubieron marchado de caza las partidas de merodeo; entonces descendí por la escalerilla hasta el suelo firme. Ya sabía a qué atenderme respecto a las mujeres y confiaba en no suscitar sospechas entre ellas, ya que los hombres tenían allí tan escasa importancia que apenas eran capaces las mujeres de identificar a otro hombre que no fuese el suyo; pero no estaba tan seguro respecto a ellos.

Media docena de mujeres-guerreros paseaban por en medio del cañón, mientras los hombres y las esclavas se dedicaban a sus ocupaciones. Observé que algunos de ellos me miraban, al llegar yo abajo y dirigirme a un grupo de esclavas que estaban trabajando; pero no se me acercaron.

Procuré apartarme de los hombres dentro de lo posible, aproximándome en cambio a las mujeres. Busqué a Duare; mi corazón latía de angustia al no descubrir rastro de ella, y pensé que hubiera sido preferible acudir a la cueva en su busca.

Algunas de las esclavas me miraban intrigadas.

—¿Quién eres? —me preguntó una de ellas.

—Deberías saberlo —repuse, y me alejé dejándola boquiabierta.

De pronto aparecieron unas cuantas esclavas con brazadas de leña y entre ellas descubrí a Duare. Mi corazón dio un salto al verla. Aguardé el instante crucial en que había de pasar delante y presentí cuál iba a ser la expresión de sus ojos al reconocermé. Poco a poco se fue acercando; y cuanto más cerca estaba mayor era mi angustia. Cuando se hallaba a un par de pasos, me miró de frente; luego siguió su camino sin dar muestra alguna de haberme reconocido. Mi primera reacción fue de asombro, luego de indignación y me volví hacia ella, murmurando:

—¡Duare!

Se paró y se me quedó mirando.

—¡Carson! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

Me había olvidado del color negro de mi cabello y las terribles heridas de mi rostro, una de las cuales me cruzaba de la sien a la mejilla. Era natural que no me hubiese reconocido.

—¡Oh, pero no te mataron! ¡No te mataron, no te mataron! ¡Creí que te habían asesinado! Dime...

—Ahora no, querida —repuse—. Primero tenemos que marcharnos de aquí...

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo podremos huir si todos nos vigilan?

—Sencillamente, echando a correr. Creo que no se nos presentará mejor ocasión.

Miré a mi alrededor. Las mujeres de guardia aún no se habían dado cuenta. Eran los seres superiores que miraban con desprecio a las esclavas y a los hombres.

Yo marché, acompañado de mis forzados seguidores, a un lugar por el que tenían que pasar las esclavas. Cuando lo hicieron, me sentí tranquilizado al comprobar que Duare iba también entre ellas. Al cruzar junto a mí, la rodeamos entre los tres, ocultándola en lo posible de las miradas de las mujeres-guerreros, y, en seguida, les ordené marchar en dirección a la desembocadura del Cañón Angosto. No sé que hubiera dado en aquellos momentos por poseer un espejo, pues sentía vehementes deseos de enterarme de lo que pasaba detrás; pero no me atrevía a volver la cabeza por miedo a despertar sospechas de que lo que estábamos haciendo era algo anormal. Era una cuestión de vida o muerte y todas las precauciones resultaban pocas. Jamás me parecieron tan largos los minutos, pero finalmente alcanzamos la boca del cañón, y entonces fue cuando comenzaron a gritarnos las mujeres con voz ronca.

—¡Eh, vosotros! ¿Adónde vais? ¡Volved en seguida!

Entonces, los tres hombrecillos se pararon en seco y comprendí que era ya imposible mantener en secreto nuestro propósito. Cogí fuertemente de la mano a Duare y seguimos la marcha. Ahora ya podía volver la cabeza. Lula, Vyla y Ellie tornaron en dirección a sus amas, y tres mujeres avanzaban por el cañón en

persecución nuestra. Cuando se dieron cuenta de que dos de los llamados no atendían a su requerimiento y seguían andando, comenzaron a gritar de nuevo, y al ver que no les hacíamos caso, volvieron a llamarnos a gritos. En seguida iniciaron una carrera veloz. Estaba seguro de que podríamos mantener la distancia. No obstante, teníamos que alcanzar el avión con el tiempo para desatarlo antes de que nos alcanzasen.

Cuando salimos de la desembocadura del Cañón Angosto y entramos en el más ancho del que era continuación, llegamos al terreno más llano que se extendía en la misma dirección que deseábamos seguir. En el paisaje aparecían, de vez en cuando, grupos espléndidos de árboles y pronto divisamos el anotar, que representaba la salvación para nosotros. Pero en aquel preciso momento, e interceptando nuestro paso, aparecieron tres tharbans, a un par de centenares de yarda.

4. TIERRAS NUEVAS

La presencia de aquellas tres grandes fieras que nos interceptaron el paso era lo más descorazonador que cabía esperar. Claro que tenía mi pistola, pero sus rayos mortíferos, al igual que nuestras balas, no aniquilan a veces instantáneamente, y aunque consiguiera matarlos, la tardanza que ello implicaría permitiría que nos alcanzasen las mujeres. Ya oíamos sus gritos y temí que sus voces pudieran atraer hacia allí algunos de los grupos de cazadoras. Me hallaba positivamente en un aprieto.

Por fortuna, aún no habían salido del Cañón Angosto. De pronto, surgió en mi mente el recurso para escapar de ellos y de los tharbans. Ante nosotros apareció un grupo de árboles de denso follaje, que constituía un escondite ideal. Ayudé a Duare a subir a una rama baja y me encaramé tras ella. Una vez arriba nos dedicamos a esperar. Podíamos atisbar a través de las ramas, pero era dudoso que nadie pudiera descubrirnos.

Los tres tharbans habían presenciado nuestra escapatoria y se dirigieron hacia el árbol, pero cuando las mujeres-guerreros se hicieron ostensibles por el Cañón Angosto, las fieras ya no nos prestaron atención a nosotros, sino a las mujeres. Primero vi cómo éstas nos buscaban por todas partes, y cuando los tharbans avanzaron hacia ellas retrocedieron por el Cañón Angosto, seguidas de las tres bestias, y así que todos hubieron desaparecido, Duare y yo saltamos al suelo y nos dirigimos hacia el avión.

Oímos los rugidos de los tharbans y los gritos de las mujeres cada vez más débiles, mientras corríamos veloces hacia el anotar. Lo que momentos antes semejaba casi una catástrofe se había convertido en nuestra salvación, ya que ahora no teníamos que temer que nos persiguieran los del pueblo. Mi única obsesión era el aeroplano, y grande fue mi alivio al divisarlo y comprobar que estaba indemne. Cinco minutos más tarde nos encontrábamos en el aire y la aventura de Houtomai pertenecía al pasado. No obstante, ¡cuán cerca nos habíamos hallado de lo que para mí significaba la muerte y para Duare la esclavitud! Si las mujeres-guerreros se hubieran detenido un momento para cerciorarse de que estaba muerto, las cosas hubieran tomado un rumbo totalmente distinto. Siempre creí que el temor que les produjo el anotar, tan extraño ante sus ojos, fue lo que les hizo huir prestamente. Duare me contó que hablaban mucho, entre ellas, del aparato cuando volvieron al pueblo, y que parecían muy inquietas, recelando que fuese alguna bestia feroz que pudiera perseguirlas.

No nos faltaron los temas de conversación mientras maniobraba en el aire tratando de localizar alguna pieza de caza, pues hacía dos días que no había probado bocado y Duare apenas comió durante el período de su esclavitud en manos de Bund.

Duare no apartaba de mí su mirada y me tocaba para asegurarse de que vivía realmente; tan segura había estado de que me mataron aquellas mujeres.

—No hubiera sobrevivido mucho, Carson, si no vuelves —me dijo—. Muerto tú, no me hubiera interesado la vida, y menos aún en la esclavitud. Sólo esperaba una ocasión para matarme.

Localicé a un rebaño de animales que parecían antílopes y sacrificué a uno de ellos de manera parecida al día anterior, pero en esta ocasión Duare mantuvo la vigilancia mientras yo descuartizaba a la víctima. Luego nos dirigimos a la isla en la que acampamos Lula y yo para convertirme en hombre moreno. En esta nueva visita, después de condimentar y comer de la res que había cazado, hice con mi cabello la operación contraria. De nuevo nos sentimos felices y contentos. Nuestras recientes zozobras parecían ya muy remotas; tal es la presteza con que el espíritu humano olvida los desconsuelos.

A Duare le preocupaban mucho mis heridas e insistía en lavármelas. El único peligro era la infección, ya que no disponíamos de medio alguno para desinfectarlas. Claro que existía menos peligro que en la Tierra, donde el exceso de población y los medios de transporte, cada día mayores, han incrementado el número de bacterias malignas. Asimismo, el suero de la longevidad que me inoculara Danus, poco después de mi llegada a Amtor, me proporcionaba considerable inmunidad. Yo no estaba muy preocupado; pero Duare no hacía más que pensar en ello. Como se había entregado por entero al cariño que fluía en ella de un modo natural, me hacía objeto de su devoción y solicitud, como la expresión más pura del amor.

Ambos nos sentíamos agotados por todo lo que habíamos sufrido y decidimos permanecer en la isla, por lo menos hasta el día siguiente. Estaba yo seguro de que allí no había seres humanos ni fieras peligrosas, y por primera vez desde hacía muchos meses podíamos reposar sin inquietudes. Fueron aquellas veinticuatro horas las más perfectas que había pasado.

Al día siguiente partimos de la pequeña isla con verdadero sentimiento y nos dirigimos hacia el Sur, a lo largo del valle del Río de la Muerte, en dirección al océano al que sabíamos que había de desembocar. ¿Pero cómo sería aquel océano? ¿Qué existiría más allá? ¿A dónde dirigirnos en aquel vasto mundo?

—Acaso encontremos alguna otra islita —sugirió Duare—, y podamos quedarnos a vivir felices para siempre.

No me atreví a decirle que nuestra situación podía ser desesperada al cabo de unos meses. Me hallaba en un callejón sin salida. Era imposible volver a Vepaja; sabía perfectamente que ahora preferiría ella morir a separarse de mi lado y, por otra parte, estaba seguro de que Mintep, su padre, me mandaría ajusticiar tan pronto cayera en sus manos. Mi primer impulso, al desear llevar a Duare a Vepaja, fue mi sincera creencia de que, fuera cual fuese mi suerte, se sentiría ella mucho más feliz y

a salvo que no vagando en aquel mundo hostil y sin patria. Pero ahora pensaba de distinta manera, pues sabía que los dos preferiríamos la muerte a vernos separados para siempre.

—Ya haremos una cosa u otra —le dije—; y si hallamos un lugar en Amtor en el que podamos encontrar paz y seguridad, nos instalaremos en él.

—Aún tenemos por delante cincuenta años antes de que el anotar se destruya —objetó ella riendo.

No tardamos mucho en ver aparecer una gran extensión de agua frente a nosotros, cosa que me confirmó presto que, al fin, habíamos llegado al mar.

—Volemos sobre él y vayamos en busca de nuestra isla —me alentó Duare.

—Primero debemos proveernos de agua y alimentos —sugerí.

Había acondicionado los restos de la carne entre las grasientas hojas que recogí en la islita, seguro de que se conservaría varios días; pero, naturalmente, no íbamos a comer la carne cruda y como no podíamos condimentarla mientras volábamos, no había otro recurso que aterrizar y asarla. También deseaba recoger alguna fruta, nueces y ciertos tubérculos que crecen casi por todas partes en Amtor y que eran muy agradables y nutritivos, incluso comiéndolos en su estado natural.

Divisé una planicie que se extendía detrás del Río de la Muerte. Estaba bordeada de bosque a un lado y veíase cruzada por un riachuelo que procedía de las montañas e iba a desembocar en el río mayor. Aterricé cerca del bosque, con la esperanza de encontrar las frutas y nueces que buscaba. No me vi defraudado en mis esperanzas. Hice acopio de tales frutos, encendí fuego, trasporté unas brasas al avión y acerqué éste al riachuelo. Allí estábamos en una situación despejada y podíamos dominar visualmente el país que nos rodeaba en todas las direcciones, sin correr el peligro de vernos sorprendidos por hombres o fieras. Animé al fuego y cociné la carne mientras Duare vigilaba. Asimismo llené de agua el tanque que llevaba el aeroplano. Ahora disponíamos de alimentos y agua suficiente para varios días, y dominados por la inquietud exploradora, partimos hacia el mar, cruzando sobre el gran delta del Río de la muerte, que podía rivalizar con el Amazonas.

Duare se interesó mucho, desde el principio, en el funcionamiento del avión. Le expliqué la finalidad y modo operativo de las distintas piezas de control, aunque hasta entonces ella no lo había hecho funcionar sola. Ahora, la dejé probar, ya que comprendía que debía conocer su funcionamiento, ante la eventualidad de tener que mantenernos en el aire largos períodos, en un viaje transoceánico. Yo tendría que dormir y ello sería imposible mientras volábamos, a menos que Duare supiera guiar el avión. Manejar un aeroplano, en pleno vuelo, en condiciones atmosféricas normales, no es mucho más difícil que andar por tierra firme. Sólo requiere unos minutos para dotarse de la suficiente confianza en sí mismo, y en el caso de Duare, todo quedaría reducido a inspirarle tal confianza en el avión. Estaba convencido de

que la práctica la enseñaría e hice volar alto el aparato, a fin de que tuviera tiempo para echar yo una mano, caso de cualquier eventualidad.

Volamos toda la noche, manteniéndose Duare en el control un tercio de la jornada, y cuando amaneció, divisé tierra firme. Hacía Este y Oeste las copas de los árboles y el follaje se extendían ante nuestros ojos alzándose a miles de pies para perderse en la capa de nubes que flota constantemente sobre Amtor como un refuerzo de la defensa de la otra capa superior contra el intenso calor del Sol que, de otra manera, hubiera abrasado la superficie del planeta.

—El aspecto de esta comarca me resulta familiar —dije a Duare, cuando despertó.

—¿Qué quieres decir?

—Me parece que es Vepaja. Iremos bordeando la costa, y si no me equivoco, descubriremos el puerto natural donde el Sofal y el Sovong estaban anclados el día en que te raptaron, y a Kamlot y a mí nos apresaron los klangan. Estoy seguro de que lo reconocería si lo viera.

Duare no dijo nada. Guardó silencio un rato, mientras íbamos bordeando la costa. De pronto, divisé el puerto.

—¡Ahí está! —dije—. Esto es Vepaja, Duare.

—¡Vepaja! —murmuró.

—Ya hemos llegado, Duare. ¿Quieres quedarte?

Ella movió la cabeza.

—Sin ti, no —repuso.

Me incliné hacia ella y la besé.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—¡Oh, sigamos al marcha al azar! Cualquier dirección será lo mismo.

El avión seguía ahora una ruta ligeramente desviada hacia el Oeste y me limité a continuar tal ruta. El mundo que teníamos delante nos era desconocido; pero continuando tal rumbo, nos apartaríamos de las regiones antárticas y nos adentraríamos en la zona templada del Norte. En la dirección opuesta estaba la sede del thorismo, donde sólo podía esperarnos el cautiverio y la muerte.

Al acabar el día, únicamente se ofrecía a nuestros ojos el monótono océano sin límites. El avión funcionaba admirablemente y no podía ocurrir de otro modo, puesto que en su construcción se habían utilizado los técnicos mejores de que podía disponer Havatoo. Los planos eran míos, ya que los aeroplanos eran totalmente desconocidos en Havatoo, hasta que yo llegué; pero los materiales, el motor y el combustible, eran totalmente amtorianos. En cuanto a los primeros, difícilmente podría alcanzar en la Tierra una duración semejante; el motor constituía una maravilla en su sencilla solidez, fuerza y durabilidad, combinados con extraordinaria ligereza; y en cuanto al combustible, ya lo describí. En sus líneas externas, el avión era, poco más o menos,

parecido a los que yo conocía o había manejado en la Tierra. Tenía espacio para cuatro personas, dos delante y otras dos en un compartimento trasero. El aparato podía ser manipulado desde cualquiera de los cuatro puestos. Como dije en otra ocasión, se trataba de un aparato anfíbio.

Combatí la monotonía de la jornada instruyendo a Duare en las operaciones de aterrizaje y despegue aprovechando la suave brisa del oeste. Teníamos que prestar gran atención a causa de los fuertes golpes de aire, algunos de los cuales podrían destrozar el avión fácilmente, constituyendo su aparición un verdadero peligro.

Cuando llegó la noche, el vasto escenario quedó matizado por la suave y misteriosa penumbra nocturna con que la naturaleza ha dotado a aquel planeta sin luna. El mar parecía extenderse al infinito, con su eterno oleaje, y resplandeciendo débilmente. Ni tierra ni barcos, ni seres vivientes en la pavorosa serenidad de la perspectiva; sólo nuestro aparato silencioso, y nosotros dos, átomos infinitesimales, errábamos por el espacio infinito. Duare se me acercó un poco más. El sentimiento de compañía constituía un consuelo en aquella inmensa soledad.

Durante la noche se levantó viento del Sur y, al amanecer, descubrí cúmulos de nubes que rodaban sobre nosotros. La atmósfera había refrescado. Resultaba evidente que estábamos poniéndonos en contacto en el extremo de una tormenta del polo Sur. No me agradaba el aspecto de la niebla. Disponía de instrumentos para conducir el avión a ciegas, pero ¿de qué iban a servirnos en un mundo cuya topografía ignorábamos? No me sentí inclinado a esperar que cambiase el ambiente y se despejase la niebla que cubría la superficie del mar. En consecuencia, determiné modificar nuestro rumbo y volar hacia el norte de la niebla. Fue entonces cuando Duare señaló hacia delante.

—¿Es eso tierra firme? —preguntó.

—Realmente, tiene todo el aspecto de serlo —le dije, mirando fijamente.

—Acaso sea nuestra isla soñada —sugirió ella, riendo.

—Vamos a cerciorarnos antes de que la niebla lo cubra. Siempre podremos defendernos de la niebla si se hace demasiado espesa.

—La idea de pisar el suelo otra vez no me disgusta —observó Duare.

—Sí —asentí—, ya hemos visto demasiada agua.

Al acercarnos a la costa, divisamos algunos montes a lo lejos, y hacia el noroeste algo que parecía uno de aquellos gigantescos bosques de los que cubren el territorio de Vepaja.

—¡Oh, ahí veo una ciudad! —exclamó Duare.

—Efectivamente, es un puerto. Se trata de una ciudad grande. ¿Qué gente vivirá en ella?

Duare hizo un gesto de duda.

—Cualquiera sabe. Al noroeste de Vepaja hay una población que se llama Anlap.

La he visto en el mapa. Se encuentra entre Trabol y Strabol. Los mapas lo señalan como una isla muy grande, pero nadie sabe exactamente cómo es. Strabol no ha sido bien explorado.

Recelaba yo que ningún país de Venus había sido explorado por completo, cosa que no me extrañaba. La mayor parte de las personas con quienes había hablado creían que el planeta era una especie de bandeja flotante en un mar ígneo. Presumían que su circunferencia mayor estaba en lo que yo juzgaba al Polo Sur y en sus mapas el Ecuador. No aparecía ni como una simple nota. Ni siquiera soñaban en la existencia de otro hemisferio. Con mapas basados en tales errores, era lógico que todo quedase trastornado; por eso sus cartas geográficas resultaban inútiles y los navegantes no osaban alejarse de las aguas conocidas y raras veces perdían de vista la costa.

Al acercarnos a la población me di cuenta de que estaba amurallada y sólidamente fortificada. Posteriores observaciones pusieron en evidencia que veíase atacada en aquellos momentos por poderosas fuerzas. El zumbido de los cañones amtorianos llegaba a nuestros oídos débilmente. Divisamos a los defensores de la muralla y más allá de éstas vimos al enemigo. Largas columnas de hombres acordonaban la ciudad, llevando escudos que eran de un metal relativamente inmune contra los rayos-T y cuyo empleo debía dar a los ataques más movilidad de lo corriente en las operaciones bélicas terrestres, con el empleo de balas. En realidad era como si cada soldado llevara su propia trinchera. Las tropas podían ser transportadas a cualquier parte del campo de batalla en plena actividad de disparos y con un mínimo de bajas.

Al cruzar sobre la ciudad cesaron los disparos casi por completo. Vimos miles de rostros que se alzaban para mirarnos y me imaginé cuál sería el asombro que habría suscitado el avión en la mente de aquellos miles de soldados y población civil, ninguno de los cuales podía explicarse la índole de aquella especie de pájaro gigantesco que se cernía silencioso sobre ellos. Como todas las partes del aeroplano, fuese madera, metal u otra materia, habían sido revestidas de una sustancia protectora contra tales rayos-T, me sentía muy seguro y volaba a corta distancia de las fuerzas contendientes, comenzando a trazar círculos en el aire y a descender sobre las murallas de la ciudad. Entonces, me asomé al exterior e hice un signo con la mano. Surgió de todas las bocas un gran griterío y luego guardaron silencio. Poco después, comenzaron a parar contra nosotros.

El avión estaba acorazado contra los rayos mortíferos, pero Duare y yo no, y, en consecuencia, me apresuré a elevarme y dirigir el aparato hacia el interior del país para explorarlo. Volamos sobre las líneas combatientes y su bélico campamento; divisamos una carretera ancha que corría hacia el suroeste y por la que discurrían fuerzas dirigiéndose al lugar en que había acampado el cuerpo de ejército; veíanse largas hileras de vagones transportados por grandes animales parecidos a elefantes;

hombres cabalgando en extrañas bestias y enormes cañones de rayos-T, constituyendo el característico equipo militar de un poderoso ejército.

Viramos hacia el norte. Quería obtener alguna información sobre aquel país y el carácter de sus habitantes. Por lo que ya había visto, parecía una población de inclinaciones bélicas; pero en alguna parte debía existir alguna ciudad pacífica y hospitalaria en la que los extranjeros fueran tratados con consideración. Intentaba hallar alguna persona aislada a la que poder interrogar, sin correr riesgo ni Duare ni yo. Intentar un aterrizaje hubiera sido temerario, especialmente después de haber disparado contra nosotros.

La actitud de los defensores de la ciudad había sido más amistosa, pero no podía arriesgarme a aterrizar sin saber algo más sobre tales sujetos. Aparte de que no hubiera sido muy cuerdo tomar tierra en una ciudad asediada por fuerzas poderosas y que podía ser asaltada en cualquier momento; lo que Duare y yo necesitábamos era tranquilidad y no guerra.

Recorrí buen espacio de territorio sin divisar ser humano; pero, al fin, localicé a un individuo que salía de un cañón montañoso a algunas millas de distancia hacia el norte del campamento militar ya mencionado. Al descender nuestro avión sobre él, levantó la cabeza. No echó a correr, se detuvo y le vi sacar la pistola.

—¡No dispaes! —le grité—. ¡Somos amigos!

—¿Qué queréis? —repuso también a gritos.

Descendí aún más, trazando circunferencias, y aterricé a un par de centenares de yardas de donde se hallaba.

—Deseo hacerte algunas preguntas.

Se acercó a nuestro aparato con manifiesta audacia, pero conservando el arma preparada ante cualquier eventualidad. Salté de mi asiento y salí a su encuentro, levantando la mano derecha para asegurarle que no iba armado. Levantó él la izquierda... No quería arriesgarse demasiado, pero aquel gesto era demostrativo de amistosa actitud o, al menos, de carencia de hostilidad.

Sus labios esbozaban una ligera sonrisa al verme descender del avión.

—De modo que eres un verdadero ser humano —me dijo—. Al principio creí que formabas parte integral de ese objeto, sea lo que sea. ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres de mí?

—Somos extranjeros —repuse—. No sabemos siquiera ni en qué país nos encontramos y quiero informarme de cuál es la actitud de los nativos respecto a los extranjeros y si existe alguna ciudad en la que pueda ser recibido hospitalariamente.

—Esto es Anlap —afirmó el desconocido— y nos hallamos en el reino de Korva.

—¿Qué ciudad es ésa que se halla hacia el mar? Había allí una gran batalla.

—¿Viste la batalla? —inquirió—. ¿Cómo se desarrolla? ¿Cayó la ciudad?

Parecía mostrar ansiedad por nuestra réplica.

—La ciudad no se ha rendido —le dije—, y sus defensores parecen muy animados. Dejó escapar un suspiro y su ceño se aclaró de pronto.

—¿Y cómo voy a estar seguro de que no sois espías zanis? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Comprendo tus dudas; pero te aseguro que no lo somos. Ni siquiera sé qué es zani.

—Me parece que no lo eres —rectificó presto—. Pero no adivino de dónde puedes ser con ese pelo amarillo. Desde luego, no eres de nuestra raza.

—Bueno, ¿y qué hay de las preguntas que quiero formularte? —objeté, sonriendo. Me devolvió la sonrisa.

—Tienes razón. Deseas conocer la disposición de los habitantes de Korva respecto a los extranjeros y el nombre de la ciudad que se encuentra cerca del mar. Pues te contestaré. Antes de que los zanis se apoderaran del gobierno hubieras sido tratado bien en cualquier ciudad de Korva; pero ahora han cambiado las cosas. Sanara, la ciudad por la que me preguntas, te recibiría cordialmente. Aún no ha caído bajo la dominación de los zanis. Ahora están tratando de dominarla, y si capitula, habrá caído el último reducto de la libertad en Korva.

—¿Eres de Sanara? —le pregunté.

—Sí, ahora lo soy. Siempre he vivido en Amlot, la capital, antes de que los zanis tomaran el poder. Luego no pude volver allá, porque he peleado contra ellos.

—Hace muy poco volé sobre un gran campamento, situado al sur de la ciudad —le dije—. ¿Eran las fuerzas zanis?

—Sí. Hubiera dado cualquier cosa por poderlas ver. ¿Cuántos hombres calculas que habría?

—No sé exactamente; pero es una gran concentración y procedentes del sur van llegando más soldados y armamentos.

—De Amlot —explicó—. ¡Oh, si pudiera verlo!

—Sí que puedes —le dije.

—¿Cómo?

Le señalé el avión y pareció echarse un poco atrás, pero fue sólo un instante.

—Perfectamente —replicó—. No tendrás que arrepentirte de tu amabilidad. ¿Puedes decirme cómo te llamas? Yo me llamo Taman.

—Y yo, Carson.

Me miró con curiosidad.

—¿De qué país procedes? Nunca vi a un amtoriano con el pelo amarillo.

—Es una historia un poco larga de contar —repuse—. Bástete saber que no soy amtoriano; vengo de otro mundo.

Caminamos hacia el avión, y, mientras tanto, se guardó la pistola. Cuando llegamos al aparato, vio a Duare por primera vez y observé en él cierto gesto de

sorpresa que disimuló admirablemente. Sin duda alguna era un hombre de refinada educación. Les presenté y le dije cómo podía acomodarse en el asiento de atrás y ajustarse el cinturón salvavidas.

Desde luego, no pude ver su rostro en el momento de despegar; pero más tarde me confesó que llegó a creer que había llegado su última hora. Le conduje en seguida al campamento zani y sobre la ancha carretera que comunicaba con Amlot.

—¡Esto es maravilloso! —exclamaba una y otra vez—. ¡Lo puedo ver todo! ¡Puedo incluso contar los batallones y los cañones y los carros de combate!

—Pues cuando te canses de ver, avísamelo —le advertí.

—Me parece que ya he visto bastante —replicó—. ¡Pobre Sanara! ¿Cómo va a poder resistir a tales hordas? ¡Y pensar que no puedo volver para revelar lo que acabo de ver! A estas horas, la ciudad debe de estar rodeada de fuerzas. Salí de allí hace cosa de un ax.

El ax es equivalente a veinte días amtorianos o un poco más de veintidós días y once horas de la Tierra.

—La ciudad está cercada por completo —le dije—. Dudo que pudieras infiltrarte entre las líneas enemigas durante la noche.

—¿Podrías tú...? —preguntó, luego de titubear.

—Si podría, ¿qué? —repuse, aunque adivinaba la naturaleza de su pregunta.

—Pero no —rectificó—; sería pedir demasiado a un extranjero. Arriesgarías tu vida y la de tu compañera.

—¿Existe algún espacio lo bastante ancho para poder aterrizar dentro de las murallas de Sanara? —inquirí.

Se echó a reír.

—Veo que me has adivinado —dijo—. ¿Cuánto espacio necesitarías?

Se lo expliqué.

—Sí —dijo—; cerca del centro de la ciudad hay un gran espacio donde tienen efecto nuestras carreras. Allí podrías bajar fácilmente.

—Un par de preguntas más —sugerí.

—Dime. Pregúntame lo que quieras.

—¿Tienes la suficiente influencia con las autoridades militares para garantizar nuestra seguridad personal? Estoy pensando sobre todo en mi esposa en estos momentos.

—Te doy la palabra de un hombre de alta alcurnia de que bajo mi protección no tendréis nada que temer —me aseguró.

—¿Y que se nos permitirá salir de la ciudad cuando queramos y que no tocará nadie nuestro avión ni tratará de retenernos?

—Otra vez te doy mi palabra, garantizando todo lo que me acabas de pedir —me dijo— pero me parece que te exijo demasiado, teniendo en cuenta tu condición de

extranjero.

—¿Qué opinas tú, Duare? —le pregunté, volviéndome hacia ella.

—Me parece que me va a gustar Sanara —repuso.

Cambié el rumbo del avión y nos dirigimos al puerto de Korva.

5. SANARA

Taman se mostró agradecido, pero no hasta el extremo de hacerse empalagoso. Comprendí desde el primer momento que iba a ser un excelente camarada, y estaba asimismo seguro de que Duare tenía de él la misma impresión. Raras veces se mezclaba ella en las conversaciones sostenidas con desconocidos. Los viejos atavismos de la hija de un jong no podían olvidarse fácilmente. No obstante, hablé con Taman durante el trayecto hacia Sanara, formulándole muchas preguntas. Cuando cruzamos por encima de las líneas zanis comenzaron a disparar contra nosotros, pero volábamos demasiado alto para que sus disparos pudieran ser eficaces, incluso con un avión que no estuviera acorazado. Taman y yo habíamos estudiado la manera de aterrizar. Yo temía que los defensores de la ciudad se aterrassen ante la presencia del aparato que intentaba descender, especialmente procediendo, como procedíamos, de territorio enemigo. Concebí un plan que a él le pareció viable. Escribió unas líneas en un trozo de papel, que atamos a una de las grandes nueces que llevábamos entre nuestras provisiones. Realmente, lo que terminó por hacer fue escribir una serie de notas que atamos a diferentes nueces. En cada una de las notas decía que iba en el anotar que veían volar, y rogaba al comandante de las fuerzas que despejaran el campo de las carreras para que pudiésemos bajar. Caso de que leyeran las notas y se nos permitiera aterrizar, deberían enviar al mencionado campo soldados con banderas desplegadas que debían agitar en el aire cuando nos viesan acercarnos. Esto cumplía dos finalidades: darnos a entender que no dispararían contra nosotros e indicarnos la dirección del viento en el campo.

Arrojé las notas sobre la ciudad con breves intervalos y luego levanté el vuelo para ponerme a salvo, en espera del resultado de nuestro plan. Divisaba el campo de aterrizaje. Había demasiada gente para aterrizar con seguridad. De todos modos, lo único que podíamos hacer era aguardar las señales. Mientras lo hacíamos, Taman nos señaló distintos lugares interesantes de la ciudad: parques, edificios públicos, cuarteles y el palacio del Gobernador. Me dijo que el sobrino del jong vivía allí ahora y gobernaba como jong y que su tío estaba prisionero de los zanis, en Amlot. Corría el rumor de que el jong había sido ajusticiado. Los defensores de Sanara temían a los zanis, pero también al sobrino del jong, porque no confiaban en él y no le deseaban como gobernador permanente.

Volamos sobre la ciudad cosa de una hora, antes de que obtuviéramos alguna indicación de que habían recibido nuestras notas; luego, observé cómo fuerzas militares hacían salir del campo a la gente. Aquello era de buen augurio. Después, una docena de soldados provistos de banderas se dirigieron a uno de los extremos del campo y comenzaron a acotarlos. Entonces inicié yo nuestro descenso en forma de cerrada espiral, ya que no quería aproximarme demasiado a las murallas por miedo de

que me alcanzasen los disparos de los zanis.

Al mirar hacia abajo, divisé a la gente que acudía a los alrededores del campo, procedentes de todas las direcciones. Debía de haberse extendido como un reguero de pólvora la noticia de nuestro aterrizaje. Acudía la gente en compacta masa, bloqueando las calles, y confié que hubieran enviado fuerzas suficientes para evitar que se precipitasen en el campo y destrozasen nuestro avión. Mostrábame yo tan receloso, que volví a elevarme y dije a Taman que escribiese otra nota pidiendo más fuerzas para que custodiasen debidamente el avión. Lo hizo así y volví a descender, arrojando la nota al campo, que cayó cerca de un grupo que, según me dijo Taman, estaba constituido por oficiales. Cinco minutos más tarde, vimos a un batallón completo que entraba en el campo y se apostaban en su periferia.

Resultaba extraño que aquellos soldados no dieran muestras de terror, permanecieron inmóviles, casi sin respirar, hasta que el avión se detuvo. Entonces, comenzaron a gritar dándonos la bienvenida. Resultaba agradable comprobar que, al fin, se nos recibía cordialmente en alguna parte, ya que nuestras anteriores experiencias nos habían evidenciado que los extranjeros eran raras veces bien acogidos en una ciudad de Amtor. Desde que pisé el suelo de Vepaja, me había dado cuenta de esto, ya que aunque se me dio acogida, fui, de hecho, convertido en prisionero del jong durante cierto período de tiempo.

Así que se hubo apeado Taman del avión, ayudé a Duare a hacer lo mismo, y cuando saltó ella y pudieron verla todos, cesaron los gritos de entusiasmo y siguió un momento de profundo silencio. Luego se iniciaron de nuevo las ovaciones, que en este último caso fueron en honor de Duare. Comprendí que no se habían podido imaginar que un tercer pasajero del avión pudiera ser una mujer, hasta que la vieron. Al darse cuenta de su sexo y dada su indiscutible belleza, su entusiasmo creció. Desde aquel momento me compenetré con la gente de Sanara.

Varios oficiales se aproximaron al avión y comenzaron los saludos y presentaciones de rigor. Evidencí en seguida la deferencia con que trataban a Taman y me congratulé de mi buena suerte al haberme captado el agradecimiento de un personaje. Más tarde pude cerciorarme de que no me había equivocado.

Mientras había estado operando para aterrizar, me di cuenta de la presencia de unos grandes animales, semejantes a los que transportaban los carros de asalto de las fuerzas zanis, los cuales estaban apartados a un lado del campo, detrás de la gente. Algunas de tales bestias entraban en aquellos momentos en el campo y se acercaron al avión, haciéndolo hasta el límite que pudieron conseguir sus conductores, ya que dieron evidentes muestras de temor en presencia de aquel extraño aparato. Por primera vez podía observar plenamente a un gantor. Este animal es más corpulento que el elefante de África, y sus patas son muy semejantes a las de tal animal, pero sólo en esto se parecen. Poseen una cabeza similar a la del toro, armada de un solo

cuerno, de un pie de largo, que le sale del centro de la frente. Su hocico es grande y sus poderosas mandíbulas están armadas de grandes dientes. Su lomo es, por la parte de atrás, breve y de color tostado, con lunares blancos; mientras le cubría la parte delantera y el cuello una espesa melena oscura; el rabo era como el del toro, y las pezuñas eran de tres dedos callosos.

El conductor de cada animal se sentaba sobre las melenas de la espalda y detrás del largo y ancho lomo del animal descansaba un cubilete, capaz de acomodar a una docena de personas. Tal era, en líneas generales, la descripción que cabía hacerse del primero de aquellos animales que veía de cerca. Más tarde, pude observar que existían diversas formas de cubiletes y el que nos transportaba a Duare, Taman y a mí, desplazándonos del campo, era muy ornamentado y propio para cuatro personas. Cada gantor llevaba adosada una escalerilla, y así que el conductor de cada animal lo hubo aproximado cuanto pudo al avión, saltó al suelo y apoyó la escalerilla al dorso del animal. Por tales escalerillas subieron los pasajeros, encaramándose en los cubiletes. Observé interesado todas aquellas maniobras, preguntándome cómo iba a volver a su puesto del conductor.

Pronto quedó satisfecha mi curiosidad. Cada conductor colocó la escalerilla en su lugar, y luego se puso frente al animal dando una orden de mando. El animal bajó en el acto la cabeza hasta rozar casi el suelo con el hocico, con el cuerno casi en posición horizontal, a unos tres pies del suelo. El conductor se encaramó en el cuerno y dio otra orden; el gantor levantó la cabeza y el conductor trepó hasta situarse en su puesto sobre el lomo.

Los cubiletes de los otros gantores estaban llenos de oficiales y soldados que constituían nuestra escolta, yendo unos delante y otros detrás, y saliendo del campo para avanzar por la ancha avenida. Al pasar, las gentes levantaban las manos en gesto de saludo con el brazo extendido, formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados y con palmas cruzadas. Observé que aquello sólo lo hacían cuando pasaban delante de nuestro gantor y pronto me informé de que era un saludo dedicado a Taman, el cual correspondía inclinando la cabeza a derecha e izquierda. Comprendí que era un hombre prominente.

La gente de la calle iba ataviada con la sencilla vestimenta peculiar de Amtor, cuyo clima suele ser caluroso y salobre, y aparte de esta vestidura, usaban dagas y espadas; las mujeres lo primero, y los hombres ambas cosas. Los soldados ostentaban, además, pistolas, metidas en fundas ajustadas a su cintura. Eran gentes limpias, atractivas y de rostro agradable. Los edificios que daban a la avenida eran estucados, pero no pude colegir el material de que estaban contruidos. Sus líneas arquitectónicas eran sencillas, pero atrayentes, y a pesar de la sencillez de su trazado, los arquitectos habían conseguido tal diversidad de contrastes que resultaban gratos a la vista.

Seguimos la marcha y entramos en otra avenida de edificios mayores y más bellos, pero con la misma concepción sencilla. Al acercarnos a un edificio algo más amplio, Taman dijo que era el palacio del Gobernador, en el que vivía el sobrino del jong, que regía los destinos de la ciudad en ausencia de su tío.

Nos detuvimos frente a otra amplia mansión, situada exactamente frente al palacio del Gobernador.

A la puerta había soldados de guardia. La puerta era enorme y situada en el centro. Saludaron a Taman y la abrieron de par en par. Nuestra escolta se había situado previamente detrás y nuestro conductor hizo entrar en enorme animal por la puerta, avanzando por un amplio corredor, hasta arribar a un espacioso patio en el que había flores, árboles y surtidores. Aquel era el palacio de Taman.

Hombres armados salieron del anterior de la mansión, a los que, naturalmente, no conocía, pero que resultaron ser oficiales, servidumbre y esclavos del palacio, todos los cuales dieron la bienvenida a Taman con extremada deferencia, pero con manifiesta sinceridad afectiva.

—Informad a la janjong que he llegado con huéspedes —ordenó Taman a uno de los oficiales.

Janjong quiere decir literalmente hija del jong, o sea, princesa. Es el título oficial que se da a la hija del jong durante la vida de éste, pero también se sigue empleando por cortesía luego que el jong fallece.

El tanjong, hijo del jong, es príncipe.

El propio Taman nos acompañó a nuestras habitaciones, comprendiendo que deseábamos lavarnos antes de ser presentados a la janjong. Algunas esclavas se encargaron de atender a Duare, y un esclavo me indicó dónde estaba el cuarto de baño, trayéndome servicio para mi aseo.

Nuestras habitaciones eran tres con dos baños, y estaban bellamente decoradas y amuebladas. A Duare debió parecerle un paraíso, ya que desde que fue raptada del palacio de su padre, hacía cosa de un año, no había conocido confort ni refinamiento.

Cuando estuvimos listos, se presentó un oficial y nos condujo a un saloncito del mismo piso, pero situado en el lado opuesto del palacio. Allí nos esperaba Taman. Me explicó cómo íbamos a ser presentados a la janjong, y cuando le comuniqué el título que ostentaba Duare, comprobé que se complacía de veras, a la vez que se mostró sorprendido. En cuanto a mí, le dije que me presentara como Carson de Venus. Desde luego, la palabra Venus no tenía ninguna significación, pues el planeta es allí conocido con el nombre de Amtor. En seguida fuimos conducidos a presencia de la janjong. Las fórmulas de presentación son en Amtor sencillas y concretas, sin circunloquios de ninguna clase. La mujer ante cuya presencia se nos llevó era bellísima, y, al llegar nosotros, se levantó sonriendo.

—Os presento a mi esposa Jahara, janjong de Korva —anunció Taman, y

volviéndose a Duare, añadió—. Te presento a Duare, janjong de Vepaja, esposa de Carson de Venus —y tornándose a mí—: Éste es Carson de Venus.

Todo fue sencillo, y claro está que Taman no dijo la palabra “esposa”, puesto que en ninguno de los países que he conocido existe fórmula alguna de casamiento. Simplemente, las parejas acuerdan vivir juntas, y por lo general son tan fieles el uno al otro como los verdaderos casados de la Tierra se presupone que han de ser. Si así lo deciden, pueden separarse y volver a escoger pareja; pero esto ocurre raras veces. Desde que se descubrió el suero de la longevidad, hay matrimonios que han vivido juntos durante mil años en perfecta armonía. La palabra que empleó Taman, en vez de esposa, fue “ooljaganja”, que quiere decir mujer de amor, la cual me agradó mucho. Durante el transcurso de nuestra visita a Taman y Jahara supimos muchas cosas sobre ellos y Korva. A continuación de una guerra desastrosa, en la que se agotaron los recursos de la nación, surgió un extraño culto, concebido y dirigido por cierto soldado raso que se llamaba Mephis. Usurpó todas las fuerzas del gobierno del país, se apoderó de Amlot, la capital, y subyugó a las principales ciudades de Korva, con la excepción de Sanara, en la que se cobijaron muchos de los nobles bajo la protección de los leales. Mephis hizo prisionero al padre de Jahara, que se llamaba Kord, rey hereditario de Korva, porque no se humilló a las exigencias de los zanis que pretendían hacerle gobernar como un muñeco de guiñol dominado por Mephis. Recientemente habían llegado a Sanara rumores de que Kord había sido asesinado, que Mephis iba a ofrecer la jerarquía de jong a algún miembro de la familia real y que asimismo se dijo que él mismo se revestiría de tal dignidad; pero nadie sabía nada concretamente.

Pudimos igualmente inferir, aunque no se nos informó claramente de ello, que Muso, el sobrino del jong, que ocupaba provisionalmente su puesto, estaba muy lejos de ser popular. Lo que no supimos hasta mucho tiempo después fue que Taman, que era de sangre real, tenía derecho al trono, después de Muso, y que éste mostrábase muy celoso de la popularidad de que Taman gozaba entre sus conciudadanos. Cuando recogimos a Taman detrás de las líneas enemigas, volvía de una misión peligrosísima que le había confiado Muso, posiblemente con la esperanza de que no volviese nunca.

Se nos sirvieron alimentos en la habitación de Jahara, y mientras comíamos, anunciaron a un oficial del jong. Traía un cortés aviso de Muso, expresando que nos recibiría en seguida si Taman y Jahara nos llevaban a palacio y nos presentaban. Desde luego, se trataba de una orden.

Encontramos a Muso y a su consorte Illana en la sala de audiencias, rodeados de una buena representación de su Corte. Estaban sentados en tronos fastuosos. Se adivinaba que Muso estaba tomando en serio su título de jong. Tan grande creía ser en rango que no se dignó sonreír, aunque se mostró cortés. Cuando perdió su prosopopeya fue al fijar la mirada en Duare. Comprendí que su belleza le había

impresionado, pero ya estaba acostumbrado yo a que despertase admiración.

Nos retuvo en la sala de audiencias el tiempo preciso para cubrir las fórmulas de la Corte. Luego nos condujo a un salón más pequeño.

—Vi el extraño objeto en que volabas sobre la ciudad —dijo—. ¿Cómo se llama? ¿Qué es lo que lo mantiene en el aire?

Le dije que Duare lo había bautizado con el nombre de anotar, y le expliqué brevemente los principios de la aviación.

—¿Y es realmente útil? —preguntó.

—En el mundo de donde procedo se han establecido líneas aéreas para el transporte de pasajeros, correo y servicios expresos entre las principales ciudades del mundo; las naciones civilizadas poseen grandes flotas aéreas para fines militares.

—Pero, ¿cómo puede emplearse el anotar para fines militares?

—En primer lugar para reconocimiento —le expliqué—. A Taman le conduje por encima del campo enemigo y sobre sus líneas de comunicación. Se puede emplear también el anotar para destruir bases de aprovisionamiento, para desmantelar baterías e incluso para ataques directos contra tropas enemigas.

—¿Y cómo podría emplearse tu anotar contra los zanis? —inquirió.

—Bombardeando sus líneas, su campo militar y los depósitos y trenes, conseguiríamos abatir su moral. Claro que con un solo avión no podemos hacer mucho.

—Yo no estoy tan seguro de eso —intervino Taman—. El efecto psicológico que puede producir en ellos ésta máquina de destrucción acaso sea mucho más eficaz de lo que supones.

—Estoy de acuerdo con Taman —asintió Muso.

—Me alegrará poder ser útil de algún modo al jong de Korva —le dije.

—¿Querrías entrar en mi ejército? —me preguntó—. Desde luego, ello significaría el que previamente jurases fidelidad al jong de Korva.

—¿Por qué no? —repuse—. No tengo patria en Amtor; y en Sanara, tanto el pueblo como su gobernante nos han dispensado una excelente y hospitalaria acogida.

En consecuencia, presté el juramento de fidelidad a Korva y se me confirió el rango de capitán del ejército del jong. Al fin tenía una patria; pero también un amo; esto último no me hacía tanta gracia, ya que, aunque poca cosa soy, me siento un contumaz individualista.

6. UN ESPÍA

Las semanas siguientes estuvieron llenas de interés y excitación. Los técnicos de Sanara fabricaron bombas de rayos R y T, así como bombas incendiarias, y casi todos los días hacía yo incursiones al campo enemigo, ocasionando allí y en las líneas de comunicación grandes destrozos. ¡Pero un solo avión no podía ganar una guerra! En ciertas ocasiones conseguía desmoralizar su frente hasta tal extremo que los de Sanara pudieron practicar salidas en las que hicieron prisioneros. Por éstos supimos que los repetidos bombardeos habían producido indiscutibles efectos en la moral enemiga, y que el jefe Mephis había ofrecido una enorme recompensa por la destrucción del avión o mi captura, muerto o vivo.

Durante tales semanas fuimos huéspedes de Taman y Jahara, y frecuentemente nos invitaba Muso, el jong interino, y su esposa Illana. Ésta última era mujer de alta alcurnia, pero no de gran belleza. Muso se preocupaba muy poco de ella, y, cuando lo hacía, la trataba con brusquedad casi ofensiva. Por lo general, ella era de carácter dulce y confiado. Muso mostrábase mucho más atento con Duare que con su propia esposa; pero ello podía muy bien ser la natural reacción con una huésped.

El asedio de Sanara era cosa larga, ya que la ciudad poseía enormes reservas de alimentos sintéticos y el suministro de agua quedaba asegurado con pozos artesianos. Los sitiadores no podían penetrar en la ciudad y los sitiados no podían salir. Había transcurrido un mes de esta manera, desde mi llegada a Sanara, cuando me mandó llamar Muso. Paseaba nervioso en una pequeña sala de audiencia; al llevarse me a su presencia daba muestras de desasosiego y supuse que sería a causa de la inutilidad de nuestros esfuerzos para que se levantara el sitio, ya que de esto fue de lo que primero me habló. Luego, concretó su deseo.

—Tengo que encargarte de una misión, capitán —me dijo—. Deseo enviar un mensaje a uno de mis agentes secretos de Amlot. Puedes cruzar fácilmente las líneas enemigas con tu anotar y alcanzar las cercanías de Amlot, sin correr el menor peligro de verte apresado. Te revelaré un lugar en el que te pondrás en contacto con personas que se encargarán de hacerle entrar en la ciudad. El resto corre de tu cuenta. Debe ser una expedición secreta; nadie, excepto nosotros dos, ha de estar informado, ni siquiera Taman o tu esposa. Saldrás a primeras horas de la mañana, tal y como si iniciases una operación de bombardeo, y no volverás... hasta que hayas cumplido tu misión. Después, ya no será preciso conservar el secreto. Si triunfas te haré noble; probablemente serás un Ongvoo, y cuando acabe la guerra y se instaure la paz, te concederé tierras y un palacio.

El título de Ongvoo significa literalmente una exaltación hereditaria a las ramas colaterales de la real familia y, ocasionalmente, es premio concedido a miembros de la nobleza por altos servicios al jong. A mí me pareció que la misión que se me

confiaba no era merecedora de tan alta recompensa; pero no pensé demasiado en ello. ¡Ojalá hubiera sido más cauto! Se acercó Muso a una mesa y tomó dos objetos de piel, muy parecidos a sobres, que estaban en un cajón.

—Aquí dentro van los mensajes que has de llevar —me aclaró—. Taman me dijo que, como tú procedes de otro mundo, probablemente no sabes leer el lenguaje amtoriano; así es que debes escribir con tus propios signos los nombres de las personas a quién debes entregarlo y el lugar donde hallarlos —me explicó, entregándome una pluma y uno de los sobres de piel.

—Esto lo entregarás a Lodas, en su granja, que se halla a cinco klookobs al noroeste de Amlot. Te proporcionaré un plano en el que está marcado el lugar.

Lodas se encargará de que entres en Amlot. Una vez dentro, entregarás este otro mensaje a un individuo llamado Spehon, del que recibirás posteriores instrucciones.

Sacó de otro cajón de la mesa un mapa y lo extendió sobre la mesa.

—Aquí encontrarás un pequeño altozano acabado en meseta que te será fácil localizar desde el aire —me explicó, haciendo una señal en el mapa, un poco al noroeste de Amlot—. Se levanta el altozano entre dos ríos que confluyen un poco al Suroeste. Entre estos dos ríos se halla la granja de Lodas. No debes revelar a Lodas la finalidad de tu misión, ni el nombre de la persona con quien debes entrevistarte en Amlot.

—Pero, ¿cómo hallar a Spehon? —le pregunté.

—A eso voy. Pasa por zani y ocupa un cargo prominente en el consejo de Mephis. Tiene la oficina en el palacio que anteriormente ocupaba mi tío Kord, el jong de Korva. No tropezarás con dificultades para encontrarle. Ahora debemos recordar que, con ese cabello amarillo, no estarás muy seguro en Amlot; despertarás sospechas en seguida. Con pelo negro estarás bastante a salvo, si no hablas demasiado, ya que por el hecho de no ser miembro del partido zani no despertarás sospechas por cuanto no todos los ciudadanos de Amlot son miembros del partido a pesar de que se mantengan leales a Mephis.

—Y, ¿cómo van a saber ellos que no soy miembro del partido? —inquirí.

—Los zanis se distinguen por la forma peculiar de cortarse el cabello —me explicó—. Se afeitan la cabeza, excepto una franja de unas dos pulgadas de ancho que les va de la frente a la parte baja de la nuca. Supongo que habrás entendido bien las instrucciones.

Le dije que sí.

—Entonces, aquí tienes los sobres y el mapa; y aquí te entrego también una botella de tinte para teñirte el color del cabello, así que salgas de Sanara.

—Veo qué has pensado en todo —le dije.

—Suelo hacerlo —repuso sonriendo—. ¿Quieres preguntarme algo antes de partir?

—Sí —repliqué—. Desearía que me permitieses advertir a mi esposa que voy a estar ausente algún tiempo. No quiero ocasionarle innecesarias inquietudes.

—Eso es imposible —repuso haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Nadie puede saberlo. Por todas partes hay espías. Si viera yo que se alarma demasiado, te prometo tranquilizarla. Deberás partir mañana a primera hora, y te deseo buena suerte.

Tales palabras parecían punto final a nuestra entrevista; así es que me despedí y me marché. Antes de traspasar la puerta volvió a hablarme.

—¿De veras que no sabes leer el amtoriano? —me preguntó.

Su pregunta me pareció un poco extraña y noté cierta ansiedad en su tono. Acaso fue esta impresión la que me hizo contestar como lo hice.

—Si es preciso conocer la escritura amtoriana, acaso fuera preferible que encargases a otro de tal misión. Podría trasladarle hasta la granja de Lodas y volverle a traer aquí una vez consumada su misión.

—¡Oh, no! —se apresuró a contestar—. No será necesario que leas el amtoriano.

Y con tal réplica se despidió de mí. Claro que, como había estudiado el idioma de Amtor en el palacio del jong de Vepaja, bajo la dirección de Danus, podía leer dicho lenguaje tan bien como el propio Muso.

Durante aquella noche me sentí igual que si estuviera traicionando a Duare, pero había jurado fidelidad a Muso y, mientras estuviera a sus órdenes, debía obedecerle. A la mañana siguiente me despedí de Duare, dándole un beso, y de pronto percibí el presentimiento de que me separaba de ella para siempre. La estreché entre mis brazos, temiendo separarme de ella. Debió adivinar Duare algo anormal, ya que me miró con expresión interrogante.

—Te ocurre algo —me dijo—. ¿De qué se trata?

—Sólo que esta mañana me cuesta más trabajo que nunca separarme de ti—. Y la volví a besar, marchándome.

Siguiendo un plan premeditado, a fin de engañar al enemigo sobre mi verdadero rumbo, me lancé sobre el océano, en dirección al Este, torciendo hacia el Norte así que estuve fuera del alcance de su visibilidad; luego viré al Noroeste de su campo, y, por último, torné a volar sobre el mar, al oeste de Amlot. Avancé paralelamente a la costa y me adentré en el territorio, sin que me fuera difícil localizar el altozano que constituía el primer hito de mi viaje. Durante éste me había tenido el cabello de negro, quitándome la insignia de mi rango militar, prendida en el estrecho cinturón que sujetaba aquella especie de pantaloncillos cortos, única vestimenta con que me cubría. Ahora podía pasar por cualquier vulgar ciudadano de Amlot, salvo si se fijaban en el color de mis ojos.

Fácilmente localicé la granja de Lodas, entre los dos ríos, y maniobré en descenso circular para buscar un terreno apropiado para el aterrizaje. Según lo hacía, buen

número de trabajadores del campo abandonaron los instrumentos de labranza y corrieron hacia sus hogares, de los cuales salieron otras personas para observar al avión. Evidentemente se mostraban muy excitados, y cuando terminé el aterrizaje, varios hombres se acercaron cautelosos, provistos de armas y en actitud alerta. Salté de mi asiento y avancé a su encuentro llevando las manos alzadas sobre la cabeza para asegurarles que mis intenciones eran pacíficas. Cuando estuvimos a distancia suficiente para dejarnos oír, les grité:

—¿Quién es Lodas?

Todos volvieron la cabeza hacia un individuo corpulento que parecía el patrón.

—Yo soy Lodas —repuso—. ¿Quién eres tú y qué quieres de mí?

—Te traigo un mensaje —le dije sacando el envoltorio de cuero.

Se me acercó más en actitud indecisa y tomó el encargo. Los otros permanecieron en actitud expectante mientras Lodas leía el contenido.

—Muy bien —dijo por fin—; acompáñame a casa.

—Primero quisiera atar el anotar en lugar seguro —observé—. ¿Dónde te parece que puede estar resguardado del viento y que lo vigilen con cuidado?

Observó el avión con expresión de duda; luego movió la cabeza al responder:

—No tengo un recinto lo suficientemente grande para meterlo, pero puedes colocarlo entre esos dos edificios de allí. Estará bien protegido del viento.

Miré hacia donde me indicaba y vi dos grandes edificios, probablemente graneros. Comprendí que nada mejor se me podía ofrecer. En consecuencia, transporté el avión a tal lugar y con la ayuda de Lodas y de sus hombres lo atamos sólidamente.

Una vez asegurado el avión, los labriegos volvieron a su faena y Lodas me condujo a su casa, acompañándonos dos mujeres que habían salido durante aquel rato de excitación. La casa era un edificio largo y estrecho, construido de Este a Oeste, y poseía una baranda en toda su largura de la parte Sur, mientras por el Norte carecía de ventanas, o sea, la parte de donde procedían a veces los vientos candentes y las oleadas cálidas de las zonas ecuatoriales.

Lodas me hizo entrar en una amplia sala central, que era una combinación de habitación de estar, comedor y cocina; además de la chimenea, disponía de un lugar más pequeño, destinando el primero a las exigencias de los meses fríos, cuando los vientos procedían del Antártico.

Lodas despidió a las mujeres, advirtiéndoles que deseaba hablar a solas conmigo. Parecía nervioso y amedrentado.

Cuando estuvimos a solas me invitó a sentarme en un banco situado en un ángulo de la estancia, y se acomodó a mi lado, susurrándome al oído:

—Éste es mal asunto. Por todas partes hay espías. Acaso algunos de los trabajadores que están bajo mis órdenes me los ha enviado Mephis. Hay espías que

vigilan a todo el mundo, y espías de espías. Ya han llegado rumores a Amlot de cierta cosa que vuela arrojando la muerte y el fuego sobre las fuerzas de Mephis. En seguida comprenderán mis trabajadores que se trata del extraño objeto en que has llegado. Sentirán sospechas; hablarán y, si entre ellos hay algún espía, avisará a Mephis y ello significará el final de todo. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué te dice el mensaje? —le pregunté.

—Que te introduzca en Amlot; esto es todo.

—¿Y piensas hacerlo?

—Cualquier cosa haría yo por mi jong —repuso con sencillez—; pero probablemente me costará la vida.

—Acaso podamos desarrollar nuestro plan —le sugerí—. Si hay aquí algún espía o tus hombres hablan demasiado, será tan malo para ti como para mí. ¿Existe algún sitio donde poder ocultar mi anotar?

—Si Mephis se entera, no estará seguro aquí —dijo Lodas, y me di cuenta de que era sincero—. El único sitio que se me ocurre es una isla que hay cerca de la costa, por la parte Sur —añadió, luego de pensar un momento.

—¿Qué clase de isla es? ¿Hay alguna zona plana?

—¡Oh, sí! Toda la isla es muy plana y está cubierta de hierba. No vive nadie allí, y es raro que la visiten.

—¿A qué distancia se encuentra?

—Muy cerca; se puede ir en pocos minutos.

—¿Tienes un bote?

—Sí, una vez al año vamos allí a recoger fresas, que crecen en aquella zona. Las mujeres hacen con ellas dulces en conserva que duran toda la temporada.

—¡Magnífico! —exclamé—. Ahora ya tengo un plan que te libraré de toda sospecha. Escucha.

Le estuve explicando durante diez minutos los detalles de mi plan. De vez en cuando, Lodas se daba unos golpecitos en la rodilla y se ponía a reír. Parecía muy contento. Lodas era un sujeto corpulento, sencillo y de buen carácter; uno no tenía más remedio que estimarle y confiar en él. No me hubiera gustado ocasionarle disgustos por mi culpa; pero, no obstante, sabía yo que de los malos trances que surgieran había de participar yo también.

Decidimos llevar a la práctica mi ardid inmediatamente, y salimos de la casa. Al pasar junto a las mujeres, Lodas me habló con tono airado:

—¡Sal de la granja! —gritó—; no quiero tratos contigo.

Nos acercamos prestamente al avión y cortamos las cuerdas. Luego lo trasladé hacia el campo donde había aterrizado, maniobrando desde mi asiento. Lodas seguía a pié, y cuando llegamos a una distancia desde la que pudieran oírnos algunos de los hombres, volvió a gritarme con voz estentórea:

—¡Sal de la granja! ¡No quiero tratos contigo, y que no te vuelva a ver por aquí!

Los trabajadores del campo contemplaron la escena con los ojos dilatados por el asombro, el cual creció cuando me vieron partir por los aires.

Hice entonces como en Sanara. Volé en dirección opuesta de la que me proponía seguir, y cuando nadie podía verme, cambié de rumbo y me dirigí hacia el océano. Encontré la isla que me había descrito Loda y aterricé en ella con facilidad. Divisé un lugar en el que crecían abundantes y altos arbustos; conduje hacia allí el avión, y comencé en seguida a atarlo fuertemente. Trabajé hasta que anocheció y lo sujeté con tales garantías de seguridad que no cabía que huracán alguno pudiera arrancarlo.

Me había traído de Sanara algunas provisiones y, luego de cenar, me encaramé en el anotar y me acomodé para pasar la noche en él. La impresión de soledad era allí grande; únicamente se escuchaba el ulular del viento entre los arbustos y los chasquidos sordos del mar desconocido. Pero me dormí y soñé con Duare. Sabía que a tales horas estaría ya preocupada por mí y sentía remordimiento por haberla tratado así, confiando en que Muso le comunicaría pronto que había tenido que ir a cumplir una misión. Todo lo más, pensaba estar de vuelta al cabo de dos días.

Me desperté temprano, crucé la isla hacia la costa, y media hora más tarde divisé a un enorme gantor que avanzaba, arrastrando un gran carro. Cuando se hubo acercado lo suficiente, comprobé que era Loda el que cabalgaba a lomos del animal, y le hice una seña con la mano, saludándole, a lo que me correspondió. Loda dejó el animal en un lugar abrigado, cerca de la costa; saltó al suelo y se metió en una cuevecilla, de la que salió a poco, arrastrando un pequeño bote que llevó al agua, llegando presto a la isla. No tardé en hallarme en el bote, a su lado, y comenzó a remar hacia el continente.

—¿Cómo resultó nuestro plan? —le interrogué.

—¡Oh, magníficamente! —me dijo con una mueca de burla—. No les dije lo que pretendías de mí, pero sí que pretendías algo malo, y que pensaba dirigirme a Amlot para informar a las autoridades. Quedaron satisfechos; así es que, caso de haber un espía entre ellos, no creo que nos pueda molestar. Tuviste una gran idea al concebir tal plan.

De nuevo llegamos a la costa; escondimos el bote en un pequeño recodo y nos encaramamos en el carro que arrastraba el gantor, una especie de cajón provisto de cuatro ruedas y que iba cargado de heno y verdura. Loda apartó parte del heno y me dijo que me tumbase en el hueco, volviendo a colocar el heno encima de mí.

La distancia que mediaba hasta Amlot era de unas diez millas, y de todos los viajes incómodos que realicé en mi vida, éste colmó todas las incomodidades. El heno era blando y podía yacer sobre él confortablemente; pero se me metía por los oídos, narices y boca y me molestaba en todo el cuerpo, sintiéndome casi sofocado bajo la pajiza pila. Los movimientos del carro no podían ser más anormales. Saltaba,

se balanceaba y daba tumbos al avanzar por aquella carretera que debió inaugurarse cuando se inventó el suero de la longevidad. El gantor marchaba mucho más de prisa de lo que pude imaginarme; sus pasos eran largos y ondulantes, y debía alcanzar las seis millas por ahora, lo que viene a ser la velocidad de un caballo al trote. Finalmente, llegamos a Amlot. Lo adiviné cuando nos paramos, y oí que unas voces de hombres interrogaban a Lodas.

Finalmente, escuché decir a uno:

—¡Ah, ya me acuerdo de esa granja! A menudo trae provisiones a la ciudad. Puedes seguir.

Nos permitieron continuar la marcha, y por el ruido de las ruedas colegí que caminábamos sobre pavimento. ¡Me hallaba dentro de los recintos de Amlot! Confié en que el resto de mi misión quedara cumplida con la misma facilidad con que había realizado la primera parte. No había por qué desconfiar de que así fuera. De ir todo bien, me hallaría de vuelta, al lado de Duare, al día siguiente.

Debimos adentrarnos bastante en la ciudad, antes de pararnos de nuevo. Siguió un breve intervalo durante el cual escuché voces, pero sin que pudiera entender lo que decían. Luego, escuché el chirriar de los goznes de una puerta pesada e inmediatamente reanudamos la marcha, para detenernos poco después. Tornaron a chirriar goznes y entonces oí la voz de Lodas que me invitaba a salir. No necesitaba que me reiterase la invitación. Aparté el heno y me incorporé. Nos hallábamos en el patio de una casa de un solo piso. Junto a Lodas había un hombre que me observaba, sin parecer muy complacido por mi presencia.

—Éste es mi hermano Horjan —dijo Lodas, añadiendo—: Éste es..., oye, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—¿No lo dice el mensaje que te di? —le pregunté sorprendido.

—No, no lo dice.

Pensé que acaso no conviniera dar mi verdadero nombre.

—De donde vengo, me podría llamar Homo Sapiens —le dije—. Llámame Homo—. Y tal fue mi nombre.

—¡Éste es un asunto peligroso! —observó Horjan—. Si nos descubren los guardias zanis, nos meterán en la cárcel y se nos torturará hasta darnos muerte. No me hace gracia, la verdad.

—Pero lo nacemos por él jong —terció Lodas, como si ello constituyera razón suficiente para el sacrificio.

—¿Y qué hace el jong por nosotros? —preguntó Horjan.

—¡Es nuestro jong! —insistió Lodas con sencillez—. Horjan, me avergüenzo de ti.

—Bueno; accederé. Le ocultaré esta noche; pero mañana deberá entendérselas solo con su negocio. Sígueme al interior de la casa para que te esconda. No me gusta

esto. ¡Vaya, que no me gusta! Tengo miedo. Los guardias zanis hacen atrocidades con las personas de quienes sospechan.

Y, en consecuencia, entré en la casa de Horjan como indeseado huésped. Comprendía perfectamente la zozobra de ambos hermanos, pero no podía hacer nada para evitarlo. Estaba obedeciendo las órdenes de Muso.

7. ZERKA

Horjan me proporcionó un cuartito cerca del patio y me advirtió que me quedara allí sin que nadie me viera; luego él y Lodas se marcharon. No tardó mucho en volver Lodas para comunicarme que se iba al mercado a llevar su mercancía y que después volvería a la granja. Venía para despedirse y desearme buena suerte. Era un sujeto simpático y leal.

Las horas transcurrieron lentas en aquel angosto recinto. Al anochecer, me trajo Horjan alimentos y agua. Trató de sonsacarme la razón que me indujo a venir a Amlot, pero yo evadí todas sus preguntas. No hacía más que insistir en que le gustaría deshacerse de mí; pero terminó por marcharse. Así que hube cenado, traté de dormir; pero el sueño no quería venir. Había comenzado a adormecerme, cuando oí voces que procedían de la estancia contigua. Las paredes eran tan delgadas que pude escuchar lo que hablaban. Reconocí la voz de Horjan y se oía también la de otro individuo.

—Te aseguro que es muy peligroso —afirmaba Horian—. Ahí tengo a ese hombre del que no sé nada. Si se averigua que está escondido aquí, se me acusará, aunque no sepa a quién oculto.

—Eres tonto permitiendo que se quede aquí —dijo el otro.

—¿Y qué voy a hacer con él? —preguntó Horjan.

—Entregarlo a la guardia zani.

—Pero siempre se me podrá acusar de haberle ocultado —gimió Horjan.

—No; puedes decir que no sabes cómo se te metió en casa, porque estabas ausente, y cuando volviste lo encontraste escondido en uno de tus cuartos. Por esto no te harán nada, y acaso te concedan una recompensa.

—¿Lo crees de veras? —inquirió Horjan.

—¡Claro que sí! Un vecino mío delató a otro y le premiaron.

—¿De veras? Merece pensarlo. Acaso sea hombre peligroso, y hasta cabe que haya venido para asesinar a Mephis.

—Puedes afirmar que ése es el móvil —le alentó el otro.

—Acaso me conceda una gran recompensa, ¿no crees?

—Sí; probablemente muy grande.

Siguió un breve intervalo de silencio; luego oí que se movía un asiento.

—¿Adónde vas? —preguntó el visitante de Horjan.

—Voy a revelarles todo a los zanis —afirmó Horjan.

—Ya te acompañaré yo —le dijo el otro—. No olvides que la idea fue mía y tengo derecho a la mitad de la recompensa; casi a los dos tercios.

—Pero soy yo quien tengo en mi casa al prisionero —protestó Horjan—, y yo quien va a delatarle a la guardia zani. Tú te quedas aquí.

—¡Eso sí que no! Si les cuento todo lo que sé, os arrestarán a los dos, y a mí me

darán una gran recompensa.

—¡Oh, tú no harás eso! —gritó Horjan.

—¡Claro que lo haré si intentas robarme la recompensa!

—Yo no te robo nada. Te daré la décima parte.

El otro se echó a reír.

—La décima parte es una nimiedad. Soy yo el que cederé el diez por ciento; es mucho más de lo que se merece un conspirador contra Mephis y Spehon y todos los demás.

—¡No podrás acusarme! —vociferó Horjan—. Nadie te creerá. Todos saben que eres un farsante. ¡Eh!, ¿Adónde vas? ¡Vuelve aquí! ¡Soy yo el que tiene que ir!

Oí ruido de pasos, el golpe de una puerta y luego, silencio. Aquél era el momento de escapar de allí y, desde luego, no perdí ni un minuto en hacerlo. No sabía hasta dónde tendrían que ir para encontrar a un miembro de la guardia zani. Bien podría haber uno en cada esquina. Salí en el acto, y cuando alcancé la avenida, divisé aún a mis dos delatores que seguían querellándose mientras corrían. Tomé la dirección contraria y me sumí en las sombras de la noche.

No tenía por qué correr y me limité a caminar al paso de un auténtico residente de Amlot que fuese a visitar a su suegra. La avenida era oscura y tétrica; pero a alguna distancia divisé más luz y me dirigí hacia allá. Crucé junto a diversos peatones, pero ninguno se fijó en mí. De pronto, hálleme en una calle en la que había pequeñas tiendas. Todas estaban abiertas y los clientes entraban y salían sin cesar. Por la calle se veían muchos soldados, y allí me encontré por primera vez ante un guardia zani. Había tres de ellos reunidos e iban por la acera. Me sentí un poco nervioso al acercarme a ellos; pero no prestaron atención alguna a mi persona.

Desde que escuchara la conversación de Horjan y su cómplice había pensado mucho en ello. No podía olvidar el hecho de ver asociado el nombre de Spehon al de Mephis. El mensaje que llevaba en el bolsillo era para Spehon. ¿Qué tendría que comunicar secretamente Muso a un jefe de los zanis?

La cosa no tenía sentido y me auguraba algo malo. Luego, recordé el inexplicable secreto de mi partida y el hecho de que Muso me había avisado que no dijese a Loda el nombre de la persona a quien llevaba el mensaje. ¿Por qué podría temer él que se supiese? ¿Por qué aparentó tanto alivio cuando le aseguré que no podía leer el lenguaje amtoriano? Era un enigma que comenzaba a esclarecerse en mi mente o, al menos, comenzaba a sospechar algo de su esclarecimiento. Si tenía yo razón o no en mi recelo, acaso no podría saberlo nunca; pero también podría averiguarlo al día siguiente. Ello dependía de si entregaba o no el mensaje a Spehon.

Casi me sentí tentado de abandonar la ciudad e ir en busca de mi avión, volver a Sanara y plantearle el enigma a Taman, en el que confiaba. Pero un necio sentimiento del deber me hizo rechazar pronto tal idea.

No. Iría a cumplir la orden que se me había dado; tal era mi obligación de soldado. Mientras seguía avanzando por la calle, ésta ofrecía cada vez un aspecto más espléndido, y los atavíos y joyas de los transeúntes eran más ostentosos. Graciosos cantores transportaban su carga o pasajeros de un lado para otro o se paraban ante alguna tienda, y hombres y mujeres descendían para hacer sus compras. Ante uno de aquellos edificios profusamente iluminado aguardaban veinte o treinta gantores. Cuando llegué frente al edificio, miré dentro. Era un restaurante. La escena de las luminarias, las risas de los comensales y el buen alimento me atrajeron. La frugal cena que me había proporcionado Horjan, sólo había servido para despertar mi apetito. Entré en la estancia y, al hacerlo, me pareció que el local estaba completamente lleno. Me detuve un instante, mirando a mi alrededor en busca de una mesa vacante, y ya me disponía a dar media vuelta y marcharme, cuando se me acercó un camarero y me preguntó si deseaba cenar. Le dije que sí y me acompañó a una mesa para dos, ante la que había una mujer.

—Puedes sentarte aquí.

—Pero está ocupado —objeté.

—No importa —terció la mujer—. Eres bien recibido.

Lo único que me restaba hacer era darle las gracias y ocupar el asiento vacante.

—Eres muy amable —le dije.

—No tanto —se limitó a contestar.

—No podía suponer que el camarero iba a llevarme a una mesa que estuviera ya ocupada. No deja de ser una impertinencia por parte de él.

Sonrió la mujer con una risa muy atractiva. Como todas las mujeres civilizadas que había conocido en Amlot, era aparentemente muy joven. Parecía tener unos diecisiete años; pero muy bien pudiera tener más de mil.

Era el milagro que operaba en ellas el suero de la longevidad.

—No es tan impertinente como dices la gestión del camarero —afirmó—, porque fui yo la que le dije que te trajera.

Debí aparentar sorpresa.

—Pues... has sido muy amable —fue el único lugar común que se me ocurrió en tales momentos.

—Es que te vi buscando mesa y como hay aquí una silla vacía y estaba yo sola... Supongo que no te importa.

—Al contrario, me encanta. No eres la única persona solitaria en Amlot.

—¿Encargaste ya algo al camarero? —le pregunté.

—No; el servicio aquí es detestable. Nunca hay suficientes camareros, pero se come mejor que en ninguna parte de Amlot. Claro que ya debes saberlo, pues habrás comido aquí alguna vez. Todo el mundo viene a este restaurante.

La verdad era que no sabía yo qué actitud adoptar. Acaso fuera preferible

confesar que era forastero, que fingir lo contrario y luego delatar mi engaño con alguna estúpida torpeza en que fatalmente había de incurrir y conversando con una persona habituada a las costumbres y modales de Amlot. Observé que me estaba examinando atentamente; acaso fuera más concreto decir que estaba haciendo un inventario de mi vestimenta y mirándome a los ojos, que, indudablemente, la sorprendieron. Decidí confesar que era forastero, pero en aquel preciso instante vióse atraída nuestra atención por cierta conmoción que se produjo en la sala.

Unos cuantos guardias estaban interrogando a algunos de los clientes sentados en el restaurante; lo hacían con modales duros y amenazadores y se comportaban como bandidos.

—¿Qué ocurre? —pregunté a mi acompañante.

—¿Acaso no lo sabes?

—Es una de las tantas cosas que ignoro —admití.

—¿De Amlot? —concluyó por mí—. Pues andan buscando traidores amtorianos. Es una cosa que está a la orden del día en Amlot. Es extraño que no lo sepas. Ahora vienen hacia aquí.

¡Y vaya que venían! Cruzaron la estancia y avanzaron hacia nuestra mesa. El que parecía jefe de la patrulla me observó fijamente. Más tarde supe que tenían costumbre de irrumpir en todas partes para examinar a unas cuantas personas, haciéndolo más bien por el efecto que producía en la gente que por resultados efectivos. Desde luego, se practicaban arrestos, pero más por el capricho del jefe de patrulla que por verdadero fundamento legal.

—El jefe de la patrulla se paró delante del mí y casi me rozó el rostro con el suyo.

—¿Quién eres? —me preguntó—. Dame detalles de tu persona.

—Es amigo mío —intervino la mujer que estaba en mi mesa—. No hay cuidado con él, kordogan.

El individuo la miró y prestamente cambió de actitud.

—Desde luego, Toganja —exclamó con tono de disculpa, y salió del restaurante con sus hombres.

—Veo que mi suerte ha sido doble al haber conseguido tu compañía, por hallarse esta silla vacante; aunque realmente no tengo nada que temer, todo esto resulta desconcertante para un forastero.

—¿Entonces no me equivoqué? ¿Eres de veras forastero?

—Sí, Toganja; estaba a punto de decírtelo cuando ese kordogan se abalanzó sobre mí.

—Supongo qué tendrás documentos de identidad.

—¿Documentos de identidad? Pues no tengo ninguno.

—Entonces, has tenido suerte al encontrarme yo aquí. De no ser así estarías a estas horas camino de la cárcel y probablemente te habrían matado mañana... a no ser

que tengas amigos aquí.

—Sólo uno —repuse.

—¿Y puedo preguntarle quién es?

—Tú —le dije.

—Cuéntame algo de ti —me invitó—. Me parece mentira que pueda existir una persona tan inocente en estos días.

—Esta misma tarde he llegado a la ciudad —le expliqué—. ¿Comprendes? Soy un soldado en busca de fortuna. Me enteré de que había jaleo aquí y me he presentado para ver si tengo ocupación.

—¿Luchando en qué bando? —me preguntó. Me encogí de hombros.

—No entiendo ni una palabra de asuntos políticos.

—¿Y cómo conseguiste entrar en la ciudad? —me preguntó.

—Entraban por la puerta una compañía de soldados, algunos trabajadores y unos cuantos labradores y me mezclé entre ellos. Nadie me paró, nadie me preguntó nada. ¿Hice mal?

Negó con la cabeza.

—No, si es que sales con bien de la aventura. El delito estriba en que te descubran. ¿Podrías decirme de dónde vienes, si no te importa?

—¡Y por qué me va a importar! No tengo que ocultar nada. Soy de Vodaro.

Recordé haber visto en uno de los mapas de Danus cierto país que se llamaba Vodaro. Se extendía del extremo sur de la zona templada para adentrarse en la tierra incógnita de la antártica. Danus me dijo que se conocía muy poco de aquel país.

Ella asintió.

—Estaba segura de que procedías de un país lejano —me dijo—. Eres muy diferente de los hombres de Korva. ¿Todos los de tu país tienen los ojos grises?

—¡Oh, sí! —aseguré—. Todos los de Vodaro, o casi todos, tienen los ojos grises.

Claro que se me ocurrió que acaso se tropezase algún día con un nativo de Vodaro que tuviera ojos negros y, a lo mejor, si se pusiera a averiguar encontraría alguno en aquel restaurante.

Por fin accedió un camarero a servirnos y cuando hubieron traído la cena, vi que merecía la pena haber aguardado. Mientras cenábamos, mi acompañante, que era mujer inquisitiva, se expansionó y me contó muchas cosas sobre las condiciones de vida de Amlot bajo el gobierno zani; pero lo hizo con tanta maña que no pude saber si pensaba en pro o en contra. Cuando estábamos hacia la mitad de la cena, se presentó otra patrulla de guardias zanis. Dirigiéronse rectos a la mesa contigua a la nuestra y un ciudadano que les acompañaba señaló a un individuo que estaba cenando.

—¡Ése es! —gritó en tono acusatorio—. Su bisabuela tuvo por nodriza a una mujer amtoriana.

El acusado se levantó intensamente pálido.

—¡Mistal! —vociferó el kordogan que dirigía la patrulla, y dio un puñetazo al acusado, derribándolo.

Entonces los otros saltaron sobre él y comenzaron a propinarle puntapiés y a golpearle. Por último lo sacaron a rastras más muerto que vivo.

El mistal es un roedor del tamaño del gato, y la palabra se emplea a menudo despectivamente, como si se dijera “puerco”.

—Pero... ¿a qué es debido esto? —pregunté a mi acompañante—. ¿Por qué se ha de apalear de ese modo a un hombre, sólo a causa de que la nodriza era amtoriana?

—Al ser amamantado por una amtoriana se emponzoña la pura sangre de la superraza de Korva —me explicó.

—Pero ¿qué tiene de malo la sangre de una amtoriana? —le pregunté—. ¿Es que acaso transmiten enfermedades?

—Resulta un poco difícil de explicar —me contestó—. Yo que tú, me limitaría a aceptarlo como un hecho natural en Amlot, sin ponerte a discutir.

Comprendí que me daba un excelente consejo. De lo poco que había visto en Amlot, había colegido que cuanto menos se discutiesen sus problemas, mejor; se alarga la vida y se vive más cómodamente.

—Aún no me has dicho cómo te llamas —objetó la Toganja—. Yo me llamo Zerka.

No podía revelarles mi verdadero nombre y tampoco me atrevía a utilizar el de Homo, pues estaba seguro de que Horjan y su cofrade me habían delatado; así es que tuve que inventar otro con presteza.

—Vodo —dije en seguida, pensando que Vodo de Vodaro sonaba muy bien.

—Supongo que en tu país debes ser persona importante —observó.

Me di cuenta de que me estaba sonsacando y no juzgué oportuno presentarme como un simple cochero o cosa parecida.

—Soy el tanjong de Vodaro —repuse—; pero no se lo digas a nadie, porque viajo de incógnito.

El tanjong es el hijo de un jong gobernante, o sea, un príncipe.

—Pero ¿cómo te consintió tu gobierno viajar solo de este modo? Te podrían matar.

—Por lo que he visto de Amlot, comprendo que tienes razón —repliqué riendo—. Si te he de confesar la verdad, escapé. Estaba cansado de toda la pompa y ceremonia de la corte, y quería vivir mi propia vida como hombre libre.

—Es muy interesante —comentó—. Si deseas hallar ocupación aquí, te podré ayudar. No me falta influencia. Ven a verme mañana. El conductor de cualquier gantor público sabe dónde está mi palacio. Ahora tengo que marcharme. Esto ha sido una verdadera aventura y conseguiste ahuyentar mi tedio insufrible.

Observé el tono especial con que dijo “insufrible”.

La acompañé hasta la puerta, donde la saludaron dos soldados y nos acompañaron hasta afuera. Uno de ellos llamó al conductor de un gantor particular.

—Aún no me han detenido aquí —le dije a ella—. Ya sabes que soy forastero. ¿Podrías sugerirme un sitio seguro?

—Sí; ven conmigo y yo te llevaré.

El lujoso cubilete sustentado sobre el ancho lomo del gantor tenía espacio para cuatro asientos, enfrentados por parejas, y detrás había otro espacio para que se acomodasen los dos guardias armados.

Mientras la gran bestia avanzaba majestuosamente por la avenida, observé con interés la vida nocturna de aquella ciudad amtoriana. Yo había estado en Kooaad, la ciudad forestal de Vepaja; en la ciudad thorista de Kapdor; Kormor, la ciudad de los muertos, y en la bella Havatoo. Esta última y la que estaba visitando en aquellos momentos eran las únicas auténticas ciudades que había visto en el verdadero sentido de la palabra; y aunque Amlot no podía compararse a Havatoo, era, no obstante, una población llena de vida y actividad. Aunque era muy avanzada la noche, la amplia avenida estaba atestada de público; hileras de gantores graciosamente ornamentados se movían en ambas direcciones transportando su carga de viajeros, alegres, tientes, o melancólicos o serios. Por todas partes se veían los guardias zanis, distinguiéndose de los demás por los extraños peinado: la franja de cabello que les cruzaba de la frente a la nuca. También se diferenciaban por su atavío, sobre todo en lo ornamental. Tiendas y restaurantes, casas de juego y teatros espléndidamente iluminados se alineaban en la avenida. Amlot no parecía una ciudad en guerra, y así se lo dije a Zerka.

—Es el modo que tenemos de mantener la moral pública —me explicó—. A decir verdad, la última guerra, que produjo la revolución, nos dejó desilusionados, amargados y empobrecidos. Tuvimos que renunciar a toda nuestra flota y marina mercante. Había escasa vida y poca alegría en las avenidas de Amlot. Entonces, por un decreto de Kord, el jong, todos los lugares públicos fueron forzados a abrir sus puertas y las gentes viéronse impelidas a veces a echarse a la calle para animarla. El efecto fue fulminante y luego de la revolución los zanis alentaron el método, el cual ha resultado eficazísimo para mantener el espíritu público. Bueno, ya hemos llegado a la casa de viajeros. Ven a verme mañana.

Le di las gracias por su amabilidad y por la deliciosa velada que me había hecho pasar. El conductor puso la escalerilla contra uno de los lados del gantor y estaba a punto de descender yo, cuando me contuvo Zerka con una mano.

—Si alguien te interroga —advirtió—, di lo que te aconsejé, y si no te creen y te ves metido en un atolladero, da mi nombre y di que te he dado permiso para utilizarlo. Aquí te entrego esto para que lo lleves —y me deslizó en la mano un anillo que se quitó de uno de sus dedos—. Te servirá para solucionar todos los conflictos. Y ahora, otro consejo: yo que tú, no mencionaría que eres tal jong. La realeza no es en

Amlot tan popular como en otros tiempos. Recientemente se presentó un verdadero y gran jong en busca de su hija, que había sido raptada, y aún está encarcelado en la Gap kum Rov..., si es que vive.

¡Un gran jong a quien habían raptado a su hija! ¡Sería posible!

—¿Y qué jong es ése? —pregunté.

Sus ojos se contrajeron un poco al contestarme.

—En los tiempos que corremos en Amlot, es peligroso mostrarse demasiado inquisitivo.

—Perdona —rectifiqué.

Bajé a la acera, y el majestuoso gantor se alejó por la avenida.

8. EL MENSAJE DE MUSO

La casa de viajeros u hotel al que me había llevado Zerka era magnífico de veras y revelaba que Amlot había sido una población rica e importante en aquella parte de Amtor. El vestíbulo cumplía allí la misma misión que en los hoteles de la Tierra. La mesa de la oficina era amplia y circular, y estaba situada en el centro. Había bancos, sillas, divanes y flores; casi me pareció hallarme en un hotel americano. El vestíbulo estaba concurridísimo y la guardia zani ostentaba una buena representación. Al acercarme a la mesa, dos guardias me siguieron y escucharon mientras me preguntaba el empleado mi nombre y dirección.

—¿Qué documentos de identidad tienes? —gritó uno de los gendarmes.

—Ninguno —repuse—; soy forastero y vengo a servir en el ejército.

—¿Qué? ¿Que no tienes documentación, mistal? Probablemente serás un perro espía de Sanara.

Clamó tan alto que la atención de todos los del vestíbulo se concentró en nosotros, reinando un profundo silencio que me pareció el silencio del pánico.

—Esto es lo que tú necesitas —rugió, golpeándome.

Perdí los estribos y cometí una verdadera torpeza al parar su golpe y propinarle un puñetazo en la cara, tan bien dado que cayó de espaldas contra el suelo, a diez pasos de distancia. Entonces su compañero se abalanzó sobre mí con la espada desenvainada.

—Debías saber lo que haces —le advertí, enseñándole el anillo que Zerka me había dado.

Lo observó y bajó la punta de su espada.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó, con tono muy distinto de su compañero. Éste, mientras tanto, se había incorporado ya, y estaba sacando su espada, no sin dificultades, pues se tambaleaba por el golpe.

—¡Espera! —le advirtió su compañero, susurrándole algo al oído.

Entonces salieron silenciosamente del local, como dos perritos falderos. Desde aquel momento, el empleado de la mesa fue la genuina representación de la cortesía. Me preguntó sobre mi equipaje y le dije que llegaría más tarde; llamó a un conserje que llevaba adosada a la espalda una especie de silla; se arrodilló ante mí y yo me acomodé en el asiento, pues evidentemente aquello era lo que esperaba de mí; luego se levantó, cogió la llave que le entregara el dependiente y comenzó a subir los tres tramos de escalera, llevándome a cuestas. Era un ascensor humano, el único tipo de ascensor que se conocía en Amlot. Se trataba de una mezcla de Hércules y Mercurio. Traté de darle una propina, así que me depositó en el suelo de mi habitación; pero no comprendió cuáles eran mis intenciones, ya que pensó que trataba de sobornarle para hacer algo indebido, y con seguridad que debió delatarme como sospechoso cuando

volvió al vestíbulo.

La habitación era amplia y bien amueblada, y disponía de un cuarto de baño contiguo. Desde el balcón, qué dominaba el paisaje de la ciudad, podía divisarse el mar. Me acerqué al balcón y permanecí allí buen rato, contemplando la perspectiva y pensando en todo lo que me había ocurrido y particularmente en Duare. Asimismo cavilé sobre mi extraño encuentro con la toganja Zerka. No estaba completamente seguro de las intenciones amistosas de aquella mujer; aunque realmente no tenía yo razón alguna para dudar de ella, no obstante el misterio que la envolvía. Acaso dudase de la rectitud de sus intenciones porque las mías eran engañosas. Claro que no podía obrar yo de otro modo. Me hallaba en una ciudad enemiga, en la que la sola sospecha de mi identidad me acarrearía la muerte. Como no podía decir la verdad, tenía que mentir. Estaba seguro de que había logrado desorientarla por completo. ¿Había conseguido engañarme a mí también? Sabía que la ciudad estaba llena de espías y ha pasado ya a ser tópico en el espionaje echar un cebo a un forastero por medio de una mujer hermosa.

La posibilidad de que el padre de Duare, Mintep, pudiera estar prisionero allí me animó a permanecer en la ciudad hasta esclarecer por completo la verdad o falsedad de mis sospechas. Constituía también un dato importante ver asociados en todo aquello los nombres de Mephis y Spehon, cosa que evidenciaban las palabras del compañero de Horjan. Comenzaba a sentir positivo recelo de que en todo aquello se escondía algo anormal. Existía un modo de aclararlo. Saqué el envoltorio de piel que contenía el mensaje de Muso, rompí los sellos y lo abrí. Su contenido era como sigue:

“Muso, el jong, se dirige a Spehon, de Amlot.

“Que el éxito corone tus actividades y la vejez nunca te alcance.

“Muso envía este mensaje a Spehon por medio de Carson de Venus, el cual no sabe leer el idioma amtoriano.

“Si Sanara cayese en manos de Mephis, la desdichada guerra civil acabaría.

“Tal cosa podría ocurrir si Muso fuera jong de Korva, después de la caída de Sanara.

“Si Mephis desea que esto ocurra, ordene que sean lanzados tres cohetes azules al horizonte, ante la puerta de Sanara, en tres noches consecutivas.

“En la tercera noche, fuerzas poderosas deben acercarse secretamente a la puerta principal, seguidas de reservas importantes; entonces, Muso hará que la puerta se abra de par en par, a fin de aparentar una salida. Pero no se producirá ninguna salida. Las tropas de Mephis podrán entrar en la ciudad. Muso se rendirá y cesará el derramamiento de sangre.

“Muso será un gran jong, confederado con Mephis.

“Los zanis serán premiados.

“Sería de lamentar, pero conveniente, que Carson de Venus pereciese en Amlot.

“Que el éxito te acompañe.

“Musos, jong.”

Me estremecí ligeramente ante el pensamiento de lo cerca que había estado de entregar tal mensaje sin leerlo. No me hubiera percatado de que transportaba mi pena de muerte con la misma inocencia que un niño. Miré a mi alrededor para ver la manera de destruir aquel documento y mis ojos se fijaron en la chimenea que había en un rincón de la estancia. Aquello serviría admirablemente para mi propósito. Me acerqué a ella con el documento, y sacando del bolsillo mi pequeño encendedor, estaba a punto de hacer fuego cuando cambié de pensamiento. Aquél era un documento valiosísimo, que podría servir de mucho a Taman y a Korva si se le daba el empleo adecuado.

Comprendí que no debía ser destruido, aunque no me hacía gracia la idea de llevarlo encima. ¡Si encontrase un lugar para esconderlo! Pero ¿dónde? No podía hallar en aquella estancia un sitio seguro, caso de que despertase la menor sospecha, cosa que ya debía haber ocurrido. Estaba convencido de que tan pronto como saliese yo de la habitación sería registrada minuciosamente. Metí el mensaje en el envoltorio de piel y me fui a dormir. A la mañana siguiente trataría de solucionar aquel problema; en aquellos momentos me sentía demasiado fatigado.

Dormí profundamente y creo que ni siquiera me moví en toda la noche. Me desperté a cosa de las dos, o sea, aproximadamente las seis y cuarenta minutos.

El día amtoriano tiene 26 horas, 56 minutos y 4 segundos de la Tierra. La primera hora del día comienza aproximadamente con la débil luz solar, lo que ocurre a cosa de las seis de la mañana de la hora terrestre. Mientras daba vueltas en la cama y me desperezaba, momentos antes de levantarme, me sentí optimista. Iba a visitar a Zerka aquella misma mañana con la posibilidad de obtener algún empleo entre los zanis, lo que me permitiría averiguar si Mintep se encontraba realmente en Amlot. Había leído el mensaje de Muso dirigido a Spehon y ya no constituía para mí una amenaza. Mi único problema era buscar un lugar apropiado para ocultarlo, pero abrigaba la confianza de no tropezar con grandes dificultades para conseguirlo.

Salté del lecho y me dirigí al balcón para respirar el aire fresco y contemplar la ciudad de día. Comprobé que el hotel se hallaba situado mucho más cerca del mar de lo que me había supuesto. Casi a mis pies se extendía un puerto abrigado e innumerables barcos aparecían anclados o amarrados a los muelles. Era lo único que el enemigo había dejado a la nación conquistada.

Ante mí se presentaba un nuevo día. ¿Qué suerte había de aportarme? Comenzaría por tomar un baño, vestirme, almorzar, y, luego, ya veríamos. Cuando me dirigí al cuarto de baño, observé que todas mis prendas de vestir aparecían

manifiestamente revueltas sobre el suelo. Sabía que no las había dejado así e inmediatamente surgieron mis sospechas. Mi primer pensamiento fue naturalmente el mensaje, y por eso lo primero que registré fue el bolso donde lo tenía depositado. ¡El mensaje había desaparecido! Me dirigí hacia la puerta. Aún estaba cerrada como la dejé la noche anterior. En seguida cruzó por mi mente el recuerdo de los dos guardias zanis con los que sufrí el altercado en el vestíbulo. Ahora se tomarían el desquite y no comprendía cómo no me habían arrestado ya. En fin, por el momento lo peor que podían hacer conmigo era llevarme a presencia de Spehon, salvo si había dado ya orden de que se me prendiese. De no ser arrestado en seguida, debía intentar huir de la ciudad. De nada podía servir a Mintep que me quedase. Mi única esperanza era volver a Sanara y avisar a Taman.

Terminé mi aseo sin gran interés y descendí al vestíbulo. Estaba casi vacío. El dependiente del despacho me habló muy cortésmente para ser un empleado de hotel. Nadie prestó atención alguna en mí y dirigiéndome al comedor, pedí el desayuno.

Estaba decidido a ir a ver a Zerka. Acaso ella se mostrase dispuesta a ayudarme a escapar de la ciudad. Ya le explicaría algo para convencerla de la necesidad en que me hallaba de salir de allí. Así que hube acabado de almorzar, volví al vestíbulo. Estaba éste animándose por momentos y varios guardias zanis se hallaban congregados junto a la mesa de despacho. Me hallaba dispuesto a seguir fingiendo; así es que avancé audazmente hacia donde se encontraban e hice algunas preguntas al empleado. Al volver la cabeza, vi a dos guardias más que entraban en el establecimiento y fueron rectos hacia mí, y en seguida reconocí a los dos guardias con los que tuve el altercado la noche anterior. Pensé que aquello era el final de la aventura, pero ambos cruzaron junto a mí y siguieron su camino, luego de saludarme. Entonces salí a la calle para matar el tiempo viendo escaparates. A cosa de las ocho (las diez y cuarenta minutos terrestres) hallé un gantor libre y ordené al conductor que me llevara al palacio de la toganja Zerka. Instantes después, me hallaba encaramado en el singular vehículo y avanzaba por una amplia avenida paralela al mar.

Poco después de abandonar la zona comercial, comenzamos a cruzar ante magníficos palacios enclavados en bellísimos jardines. Finalmente nos hallamos frente a una maciza puerta enmarcada en el muro de una de aquellas suntuosas residencias. Gritó el conductor y un soldado abrió una puertecilla, saliendo a la calle y dirigiéndome una mirada interrogante.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Me ha invitado la toganja Zerka —repuse.

—¿Cómo te llamas? —insistió.

—Vodo —repliqué, aunque estuve a punto de decir que me llamaba Homo.

—La toganja te está esperando —contestó mientras abría la puerta grande.

El edificio era bellissimo y de mármol blanco; o, al menos, así me lo pareció. Se levantaba en medio de un grande y hermoso jardín y, por uno de los lados, daba al mar y, hasta la playa, había flores, arbustos y praderas. Pero en tales momentos no estaba yo para admirar bellos paisajes, ya que lo que buscaba era salvar mi vida en peligro.

Luego de breve espera, se me llevó a presencia de Zerka. Su sala de recibir era casi el salón de un trono. Se hallaba sentada en un sillón, acomodado bajo un dosel, con cierto aspecto majestuoso que daba idea de realeza. Me recibió cordialmente y me invitó a sentarme en unos almohadones, a sus pies.

—Parece que has descansado bien —observó—; confío en que habrás pasado una buena noche.

—Excelente —repuse.

—¿Alguna aventura desde que nos separamos? ¿Estuviste bien en el hotel?

Tuve el presentimiento de que se estaba burlando de mí, aunque no sé la razón que podría inducirme a pensar así. Acaso fuera mi peculiar intuición.

—Verás; tuve un pequeño altercado con una pareja de guardias zanis —confesé— y perdí el aplomo, derribando a uno de ellos. Fue una tontería.

—Sí que lo fue. No vuelvas a hacerlo, te provoquen como te provoquen. ¿Y cómo saliste del trance?

—Enseñé tu anillo y entonces me dejaron libre. Les volví a ver esta mañana y me saludaron.

—¿Y eso fue todo lo que te ocurrió? —insistió.

—Lo único de importancia.

Me miró fijamente un rato, sin hablar, como si estuviera sopesando algo en su mente o tratase de adentrarse en mis pensamientos. Por último volvió a hablarme.

—He mandado llamar a un hombre del que va a depender tu porvenir. Debes mostrarte fiel con él, ¿comprendes? Fiel, sin reservas...

—Muchas gracias —le dije—. No sé por qué estás haciendo todo esto por mí, pero deseo testimoniarte mi agradecimiento por tus bondades con un forastero, y si en cualquier momento puedo serte útil en algo..., bueno, no tienes más que mandar.

—¡Bah! ¡No tiene importancia! —replicó—. Me libraste de una velada aburrida y lo que hago por ti es bien poca cosa.

—En aquel preciso momento abrió la puerta un criado y anunció:

—¡Maltu Mephis! ¡Mantar!

Un hombre alto y con el emblema de la guardia zani en la cabeza entró en la estancia. Se acercó al pie del dosel, saludó y dijo:

—¡Maltu Mephis!

—¡Maltu Mephis! —replicó Zerka—. Me alegra verte, Mantar; éste es Vodo. —Y volviéndose hacia mí—: Éste es Mantar.

—¡Maltu Mephis! Me alegra conocerte, Vodo —dijo Mantar.

—Y yo me alegro de conocerte también, Mantar —repuse.

El ceño de Mantar se ensombreció y dirigió a Zerka una mirada interrogante. Ella sonrió.

—Vodo es extranjero —dijo— y aún no conoce nuestras costumbres. Debes instruirle.

Mantar pareció más tranquilo.

—Comenzaré en seguida —replicó—. Ya me dispensarás si te corrijo a menudo, Vodo.

—Desde luego. Probablemente lo necesitaré.

—Para comenzar, te advierto que todo ciudadano leal debe iniciar el saludo con las palabras Maltu Mephis. Haz el favor de no olvidarlo. Nunca critiques el Gobierno del Partido Zani. No dejes de gritar Maltu Mephis, cuando observes que otros lo hacen. En fin, será conveniente que hagas siempre lo que veas hacer a lo demás, aunque no lo entiendas.

—Seguiré tus instrucciones puntualmente —le dije, aunque guardándome discretamente las reflexiones que se me ocurrieron, como él probablemente hacía también.

—Bueno, Mantar —dijo Zerka—; este ambicioso joven viene del lejano Vodaro y desea alistarse en el ejército de Amlot. ¿Quieres tratar de ayudarlo? Ahora os debéis ir los dos; tengo mucho trabajo. Espero que vengas a verme de vez en cuando, Vodo.

9. Y ME HICE ZANI

Mantar me llevó en seguida al palacio anteriormente ocupado por el jong Kord y, ahora, por Mephis y sus lugartenientes.

—Vamos a ver a Spehon en el acto —me dijo—. No hables inútilmente.

¡A Spehon! ¡Al hombre que Muso había aconsejado que me matase! Recelaba que el mensaje estaría ya en sus manos, pues me lo debieron robar los espías zanis, los cuales se lo entregarían sin pérdida de tiempo. Iba camino de mi triste destino.

—¿Y para qué vamos a ver a Spehon? —le pregunté.

—Porque es el jefe supremo de la guardia zani en la que se incluye nuestro servicio de espionaje. Zerka propuso que te buscara empleo en la Guardia. Tienes mucha suerte de contar con una amistad como la de la toganja Zerka. De no ser por ella, caso de haber hallado empleo, te hubieran mandado al frente, lo que no resulta muy halagüeño desde que Muso tomó a su servicio a un individuo llamado Carson de Venus que tiene un instrumento diabólico con el que vuela por el aire y arroja bombas por todas partes.

—¿Que vuela por el aire? —pregunté con fingida sorpresa—. ¿Es posible eso? ¿Cómo va a hacerlo?

—Sabemos muy poco del asunto —admitió Mantar—. Desde luego, todos los que han estado en el frente lo han visto y se averiguó algo por lo que nos contaron algunos prisioneros que hicimos y que eran miembros del Partido de Sanara. Nos revelaron el nombre del individuo que vuela, diciéndonos que sabían muy poco de su persona, y que vuela en un objeto llamado anotar; pero todo ello es bien exiguo ciertamente. ¡Vaya, que vas a tener suerte si entras a formar parte de la Guardia! Si te hicieran oficial te convertirías en un personaje, pero habrás de aguardar a que te asciendan. Tendrás que detestar todo lo que detestan los zanis y aplaudir todo lo que aplaudamos, y bajo ningún concepto podrás atreverte a criticar nada que sea zani. Como ejemplo, te diré que en cierta ocasión oíamos cierta noche un discurso que pronunciaba Nuestro Amado Mephis, cuando un resplandor de luz hizo contraer el ceño a un oficial, compañero mío, y casi cerró los ojos con un gesto que se parecía a desaprobación. Pues bien, fue arrestado y lo mataron.

—Tendré mucho cuidado —le aseguré sinceramente.

El palacio era ciertamente un magnífico edificio; pero confieso que casi no me di cuenta, mientras avanzábamos por los pasillos hacia el despacho de Spehon, porque mi mente veíase conturbada por múltiples pensamientos. Llegamos, al fin, a una sala de espera, contigua al mencionado departamento de tan alto personaje y tuvimos que aguardar allí media hora antes de que se nos llevase a su presencia. Salían y entraban hombres por aquella estancia como un río incesante. Era un lugar muy atractivo. La mayoría lucían el uniforme zani y el peculiar arreglo del cabello. Mientras entraban y

salían, no cesaba de oírse el saludo de rigor: ¡Malta Mephis!

Al fin nos llevaron a presencia de Spehon. Como la mayor parte de los amtorianos civilizados, era un hombre hermoso, aunque la línea de sus labios resultaba un poco cruel y sus ojos demasiado astutos para ser perfectos. Tanto Mantar como yo dijimos:

—¡Maltu Mephis!

A lo que repuso Spehon:

—Te saludo, Mantar. ¿Qué te trae por aquí?

—¡Maltu Mephis! Éste es Vodo —anunció Mantar—, y le he traído a tu presencia a instancias de la toganja Zerka, de quien es buen amigo. Me lo recomendó para que se le asignara un puesto en la Guardia.

—¡Pero si ni siquiera es zani! —protestó Spehon.

—Ni siquiera es de Amlot —dijo Mantar—; pero aspira a ser zani y a servir a nuestro amado Mephis.

—¿De qué país procedes? —me preguntó Spehon.

—De Vodaro —repuse.

—¿Tienes sangre amtoriana en tus venas?

—De haberla tenido me hubieran matado en Vodaro —protesté.

—¡Naturalmente, porque tienen las orejas grandes! —repuso—. Tenemos que conservar en toda su pureza la sangre de los Korvanos.

—Tú mismo contéstate a tu pregunta, Spehon —le dije—. Nosotros, los de Vodaro, estamos muy orgullosos de nuestra pureza de sangre; por eso matamos también a los amtorianos, porque tienen las orejas grandes.

—¡Magnífico! —exclamó—. ¿Estás dispuesto a jurar amor, homenaje y obediencia a nuestro Amado Mephis, dando tu vida, si es preciso, y defenderle a Él y al Partido Zani por encima de todo?

—¡Lo juro! —repliqué, aunque al hacerlo crucé los dedos. Luego saludamos todos diciendo—: ¡Maltu Mephis!

—¡Maltu Mephis! —volvió a exclamar, devolviéndole el saludo.

—Te nombro tokordogan —dijo Spehon—. ¡Maltu Mephis!

—¡Maltu Mephis! —repliqué saludando.

El tokordogan puede compararse a un teniente y el kordogan a un sargento; el sufijo “to” significa “súper” o “alto”; por lo que mi jerarquía podría traducirse por algo parecido a brigada.

—Tú te encargarás de entrenar a Vodo —dijo Spehon a Mantar.

Tornamos a proferir el estribillo Maltu Mephis, y saludarnos por última vez.

Suspiré aliviado al abandonar el gabinete de Spehon. Evidentemente, aún no había recibido el mensaje y, por tanto, todavía podía seguir viviendo.

Mantar me acompañó a la parte de la ciudad donde vivían los oficiales, cuyas

casas estaban contiguas a los cuarteles de la guardia zani, muy cerca del palacio, y allí un barbero me hizo el peculiar corte del cabello, característico de los zanis; luego Mantar me acompañó también a que me proporcionasen el uniforme y armamento propio de un tokordogan de la guardia zani.

Al volver de cumplir todos aquellos requisitos, escuché un gran griterío delante de nosotros y observé manifiesta conmoción en la avenida. La gente se asomaba a las ventanas y profería gritos que no comprendí al principio; pero pronto reconocí el clásico estribillo zani: “¡Maltu Mephis!” Cuando se acercó el clamor, pude darme cuenta de que las aclamaciones iban dirigidas a una procesión de gigantescos gantores.

—Nuestro Amado Mephis viene por aquí —dijo Mantar—. Cuando se acerque, permanece erguido y grita Maltu Mephis con toda la fuerza que puedas, hasta que haya desaparecido.

De pronto vi cómo los hombres se arrojaban al suelo, en medio de la calle como en las aceras, mientras gritaban Maltu Mephis con toda la fuerza de sus pulmones. Sólo las mujeres y los miembros de la guardia zani no estaban cabeza abajo; pero todo el mundo gritaba y todo el que no requería las manos para conservar el equilibrio boca abajo saludaba. Comenzaron tan pronto como el primer elefante estaba a pocas yardas y continuaban hasta que había pasado el último elefante a la misma distancia. En ninguno se observaba nota alguna de humor.

Cuando la comitiva se acercó a donde yo me hallaba, contemplé el conjunto de gantores más fastuosamente ataviado que había visto nunca. En el dorado dosel de uno de tales animales aparecía sentado un hombrecito de aspecto insignificante luciendo uniforme de kordogan de la guardia zani. Era Mephis y parecía aterrado, mirando con dilatados ojos de un lado para otro manifiestamente nervioso. Adiviné lo que más tarde supe con certeza: que temía constantemente que le asesinasen..., y con razón.

Así que hubo pasado Mephis, expresé a Mantar mi deseo de ver algo de la ciudad y le insinué que me gustaría de un modo particular ir a la parte del mar y contemplar los barcos. Inmediatamente receló que me agradaría poseer un barco. Me gusta navegar y pescar.

Mis explicaciones parecieron dejarle satisfecho y propuso que tomáramos algún gantor libre y paseáramos en él hasta el puerto. Y así lo hicimos. Vi innumerables naves, muchas de ellas con signos de no haber ido usadas hacía mucho tiempo. Mantar me explicó que probablemente pertenecían a personajes que se hallaban en el frente.

—¿Y crees que podría comprar o alquilar alguno de ellos? —le pregunté.

—No tienes ninguna necesidad ni de alquilarlo, ni de comprarlo. Ahora eres guardia zani y estás facultado para apoderarte de lo que pertenezca a cualquiera que

no sea de la guardia.

No dejaba de ser un excelente privilegio desde el punto de vista de la guardia zani. Cuando hube visto lo que me interesaba, me ofrecí a volver a la ciudad para iniciar mi verdadero entrenamiento bajo la dirección de Mantar.

Éste duró una semana de intenso trabajo, durante cuyo período ni visité a Zerka ni recibí aviso alguno de Spehon. ¿Sería posible que el mensaje no hubiera caído en sus manos? Casi no podía creerlo. Llegué a pensar que no iba a aceptar el ofrecimiento de huir, y por eso no le preocupaba mi muerte. Pero mi razonamiento no me acababa de satisfacer sabiendo lo recelosa que era aquella gente, y lo vengativa. No podía creer que Spehon me permitiese vivir y lucir el uniforme de la guardia zani al día siguiente de haber descubierto que le mentía. Hube de contentarme con admitir que en todo aquello se escondía un misterio.

No puedo afirmar que disfrutara mucho con el trato de mis compañeros de oficialidad, salvo con Mantar. Era éste un perfecto caballero; pero la mayoría de los demás me resultaron groseros, y eran entré holgazanes y ladrones. Nuestros subordinados eran del mismo tipo; parecían recelar unos de otros y particularmente de Mantar y de mí. Envidiaban nuestra cultura, y el hecho de ser cultos suscitaba su recelo. Debido a tal atmósfera de sospechas, me resuelva difícil averiguar algo respecto a lo único que me impedía escapar de Amlot en el acto; me refiero a mi creencia de que Mintep pudiera estar encarcelado en la ciudad. Esperaba poder huir fácilmente apoderándome de algún barquito y bordeando la costa hasta llegar a la isla en que estaba escondido mi avión; pero primero tenía que cerciorarme de lo justificado o injustificado de mis sospechas. Todo lo que pudiera averiguar sería al oírlo por puro accidente. No podía formular pregunta alguna concreta ni expresar interés por determinado aspecto político o controversia. Mis nervios estaban en constante tensión; tan alerta tenía que estar con las palabras que decía, con cualquiera de mis actos y hasta con él más insignificante de mis movimientos faciales o tono de voz. No obstante, a todos les ocurría lo que a mí, incluso a Spehon, y al propio Mephis debía acontecerle algo parecido, ya que todo el mundo estaba seguro de que un espía vigilaba sus menores actos para saltar sobre él, al menor tropiezo. De todo ello resultaba una tendencia al hermetismo, pues en tales condiciones era imposible, salvo mediando íntima amistad y aun en tales casos, que la gente se atreviese a exteriorizar sus pensamientos.

Transcurrieron así dos días y no me hallaba más cerca de mi objetivo de lo que estaba cuando llegué a Amlot. Comenzaba a aburrirme y ansiaba volver a ver a Duare. ¿Qué estaría pensando? ¿Estaría bien?

Tales preguntas casi me volvían loco; me convencían que debía abandonar la misión que me había impuesto y volver a Sanara. Pero cuando pensé en la dicha que podría causarle reunirse con su padre y la tristeza que le ocasionaría saber que podía

estar prisionero en Amlot y en peligro constante de que lo matasen, no podía por menos de quedarme para hacer lo que consideraba un deber. Me hallaba en tal estado de ánimo, cuando recibí una invitación de Zerka para que fuera a visitarla. Me alegró y acudí con gusto.

Nos saludamos con el habitual “Maltu Mephis” que por una razón subconsciente nos resultaba fuera de lugar o incongruente entre nosotros. Hacía tiempo que recelaba que Zerka ocultaba su desprecio por ciertas cosas, y al practicar aquel saludo de ritual, se confirmaron mis sospechas. Aquella mujer tenía una personalidad demasiado acusada para no estar en completo desacuerdo con la estupidez del zanismo.

—¡Vamos! —exclamó con una risita—. ¡Qué elegantes guardias zanis sabemos hacer!

—¿Con este corte de pelo? —pregunté, poniendo cara compungida. Se llevó un dedo a los labios.

—¡Pst...! —me avisó—. Creí que a estas horas ya estarías adiestrado.

—¿Pero es que no me puedo criticar ni a mí mismo? —pregunté riendo. Negó con la cabeza.

—Yo que tú me limitaría a criticar a los amtorianos y enemigos de Sanara.

—Ni siquiera me atrevo a eso. Soy lo que llamaríamos en mi mund...; bueno, digamos en mi país, un muñeco de guiñol.

—No conozco esa palabra —observó—. ¿Es posible que los de Vodaro no hablen el mismo lenguaje que nosotros?

—¡Oh, no! Hablamos la misma lengua —le aseguré.

—¿Y también sabéis leerla? —persistió.

—Naturalmente.

—Ya lo suponía.

No pude imaginarme por qué podía haberlo dudado; antes de que pudiera replicar, desvió la conversación.

—¿Te resulta simpático Mantar? —me preguntó.

—¡Muchísimo! —repuse—. Es agradable poder tener un compañero verdaderamente honorable.

—Ten mucho cuidado —volvió a advertirme—; eso es una crítica indirecta y te aseguro que podría tener para ti fatales consecuencias. Por mí no tienes que preocuparte; sólo te aviso porque hay espías por todas partes. Nunca se sabe si alguien está escuchando nuestra conversación con otra persona. Vamos a dar un paseo en mi gantor y podremos hablar y decirme tú lo que gustes. Mi conductor ha estado al servicio de mi familia toda su vida y nunca diría a nadie lo que oyese.

Me pareció algo extraño que me alentase a expansionarme, después de haberme aconsejado lo contrario.

—Creo que todo el mundo puede oír lo que yo diga, porque me siento perfectamente dichoso.

—Me alegra saberlo —replicó.

—No obstante, he aprendido la lección de no hablar demasiado, y la verdad es que me extraña no haber olvidado ya el don de la palabra.

—Pero supongo que con Mantar hablarás libremente —insinuó—. En él puedes contar por completo. Puedes tratar con él de lo que quieras. Mantar no te traicionará nunca.

—¿Por qué? —inquirí bruscamente.

—Porque eres mi amigo.

—Aprecio en todo su valor lo que eso significa —observé—, y no sé cómo agradecer tu amistad. Me gustaría poderte corresponder de algún modo.

—Acaso algún día puedas hacerlo... cuando te conozca mejor.

Trajeron un gantor al patio del palacio y montamos en el cubilete. En esta ocasión no nos acompañaron guardias armados e íbamos sólo nosotros dos y el que conducía al animal.

—¿Adónde vamos a ir? —preguntó Zerka.

—A donde gustes.

—Me agradecería ver más edificios públicos —contesté con la vaga esperanza de localizar la Gap kum Rov, donde estaba encarcelado el misterioso jong.

No me atreví a preguntar nada concretamente, ni siquiera a Zerka, pues a pesar de haberme dicho que podría hablarle con entera sinceridad, no estaba por completo seguro. No tenía prueba plena de que no fuese, al fin y al cabo, una de tantas espías. La rápida amistad que había surgido entre nosotros daba pábulo a tal sospecha, aunque no podía creerlo, pues parecía sincera en la simpatía que me demostraba. De todos modos, no quise correr el riesgo. Tenía que sospechar de todo el mundo. En aquello me estaba convirtiendo en un verdadero zani.

Dio instrucciones al conductor del gantor y se reclinó en su asiento.

—Ahora que estamos cómodos y a solas vamos a charlar a nuestro gusto —me dijo—. Sabemos muy poco el uno del otro.

—Yo he cavilado mucho sobre ti —observé—. Eres una personalidad destacadísima y, no obstante, estás perdiendo tu precioso tiempo con un desconocido.

—No creo perder el tiempo —dijo—. No es perder el tiempo hacer nuevos amigos. La verdad es que tengo muy pocos. La guerra y la revolución eliminaron la mayoría... La guerra que me arrebató a mi marido —dijo “Ooljagan” “Hombre de amor”—. Desde entonces he vivido sola una vida insulsa. Ahora cuéntame algo de ti.

—Ya sabes todo lo digno de saber —le dije.

—Cuéntame algo de tu vida en Vodaro —insistió—. Me gustaría saber algo de las costumbres y del modo de vivir de la gente de tan lejano país.

—¡Oh, estoy seguro de que no te interesaría! Somos muy sencillos.

Claro que me abstuve de responder que probablemente sabía ella más que yo de Vodaro.

—No, no; me interesa mucho —porfió—. Cuéntame cómo llegaste hasta aquí.

La situación no podía ser más desagradable. Confieso que no tengo condiciones especialísimas para mentir y que fácilmente quedaría enredado en cualquier fábula. Si contaba demasiadas mentiras, tendría que pensar en todas ellas para no contradecirme. Ya tenía bastante con mantenerme en mi actual falsedad. Mis recuerdos sobre la situación geográfica de Vodaro eran muy vagos. Aquel país aparecía en el mapa que había visto en la biblioteca de Danus, en Kooaad. Era lo único que podía recordar, excepto que se suponía situado detrás de Karbol, tierra fría.

Pero no tenía más remedio que contestar a Zerka y mis explicaciones respecto a mi llegada a Amlot debían ser congruentes. Tenía que pensar mucho en breves segundos.

—Uno de nuestros comerciantes fletó un barquito y lo cargó de pieles que intentaba cambiar por otros productos en países extranjeros. Navegamos hacia el Norte durante un mes, sin encontrar costa alguna, hasta que divisamos a Anlap. Allí nos vimos sorprendidos por una terrible tormenta que hizo zozobrar el barco. Fui arrojado a la playa por las olas, como único superviviente, y un labrador caritativo me recogió explicándome que me hallaba en el reino de Korva en Anlap; me habló asimismo de la guerra que se había desencadenado y me acompañó hasta las puertas de la ciudad, escondido en un carro de hortalizas. El resto ya lo conoces.

—¿Y cómo se llama ese caritativo labrador? —me preguntó—. Merece ser premiado.

—No lo supe nunca —repuse.

Me contempló con una expresión extraña, a través de la que me pareció adivinar que tenía la certeza de que yo estaba mintiendo, aunque bien pudiera ser una suspicacia mía sugerida por el miedo. De todos modos no insistió en el asunto, de lo que me alegré de veras. Cuando nos acercamos a una de las principales avenidas de la ciudad, divisé gente echada en el suelo que gritaba: “¡Maltu Mephis!”, mientras otros saludaban a la vez que proferían los mismos gritos de rigor.

—Nuestro Amado Mephis ha debido salir —dije.

Me lanzó una rápida mirada; pero yo me mantuve perfectamente serio.

—Sí —repuso—; y no olvides de ponerte en pie y dedicarle tus aclamaciones. Debe haber revista de tropas en las afueras de la ciudad. Un nuevo contingente se dirigirá al frente, y Nuestro Amado Mephis debe ir a pasarle revista. ¿Te gustaría presenciar el espectáculo?

Repuse que sí, y así que hubo pasado el cortejo, lo seguimos hasta llegar al llano que se extendía fuera de la ciudad. Cuando Mephis hubo ocupado su sitio y acabaron

las aclamaciones, cesando los hombres de permanecer cabeza abajo, Zerka dio orden a nuestro conductor de avanzar hasta un lugar desde el que pudiéramos presenciar cómodamente la ceremonia. A alguna distancia aparecieron formadas considerables fuerzas militares, y a una señal de Mephis, transmitida por un corneta a las tropas estacionadas, éstas se desplegaron en columna y avanzaron hacia el gran personaje para cruzar ante él a la misma distancia. Resultaba tan parecido a una revista militar de la Tierra que sorprendía de veras.

Cuando la primera compañía se hallaba a unas cien yardas de Mephis, cambiaron el paso. La compañía entera, al unísono, dio tres pasos adelante. Avanzaron otros tres pasos más; dieron un salto de unos dos pies de altura y volvieron a reincidir. Continuaron de tal modo hasta que se hubieron alejado unas cien yardas de donde se hallaba Mephis, sin cesar de gritar ¡Maltu Mephis!

—¿No te parece impresionante? —me preguntó Zerka, mirándome fijamente, como si quisiera leer la exacta reacción que producían en mí sus palabras.

—¡Mucho! —dije.

—Es una innovación que ha ideado Nuestro Amado Mephis —explicó Zerka.

—Era de esperar —repliqué.

10. LA CÁRCEL DE MUERTE

Había hecho una larga visita a Zerka; habíamos vuelto a comer juntos en el mismo restaurante en el que nos conocimos; habíamos asistido a la representación de uno de los sorprendentes teatros de Amlot y, por último, volvimos a casa a las diecinueve, lo que representa a cosa de las dos de la madrugada del horario terrestre. Entonces, me invitó Zerka a cenar en su palacio. Pero durante todo este tiempo ninguno de los dos había averiguado nada importante del otro, a pesar de que evidentemente era lo que cada uno deseaba. Tampoco tuve ocasión de localizar el Gap kum Rov. A pesar de ello, había pasado un día delicioso, ensombrecido sólo por mi constante y deprimente preocupación por la suerte de Duare.

Los teatros de Amlot y las comedias representadas bajo el gobierno zani son, a mi juicio, del suficiente interés para entretener un rato. Los asistentes a la representación se sientan de espaldas al escenario y frente a ellos, en la pared opuesta del teatro, hay un vasto espejo, colocado de tal modo que todos los asistentes pueden ver la escena, de forma semejante a lo que ocurre en algunos de nuestros cinematógrafos. La acción que tiene efecto en el escenario, que está detrás del auditorio, se refleja en el espejo, y por un sistema de iluminación muy ingenioso, se presenta con toda claridad. Por medio de combinaciones de luz, las escenas pueden oscurecerse completamente para expresar un lapso de tiempo o transmitir un cambio de escenografía. Desde luego, la impresión que producen los actores no refleja exactamente la vida, sino más bien una ilusión irreal, como reminiscencias de los muñecos humanos de los viejos días del cinematógrafo silencioso. Pregunté a Zerka por qué no se ponía el auditorio de cara al escenario y miraba a los actores de frente. Ella me explicó que era porque la profesión de actor había sido deshonrosa en otros tiempos y se había considerado una desgracia ser visto en el escenario. Idearon este ingenioso procedimiento, y ahora resulta de mal gusto volverse para mirar directamente a los actores, aunque en la actualidad tal profesión se consideraba honorable.

Pero lo que más me divirtió fue la comedia. Hay en Amlot un centenar de teatros, y en todos ellos se representa a la vez la misma comedia: la vida de Mephis. Zerka me dijo que la obra estaba formada de ciento un episodios; cada uno de los cuales tenía la extensión precisa para la representación de un día, y por eso era absolutamente obligatorio que todos los ciudadanos asistiesen al teatro, por lo menos cada diez días. Se les daba certificados de asistencia. La obra venía representándose hacía más de un año. El agente de publicidad de Mephis debía haber nacido en Hollywood.

Al día siguiente de mi visita a Zerka tuve que encargarme de una comisión de la guardia zani en la Gap kum Rov. La cosa no pudo ser más sencilla. Hacía muchos días que andaba tratando de localizar aquel sitio sin conseguirlo, y ahora se me

destinaba oficialmente a aquella prisión. No sabía cuáles serían mis obligaciones y si me quedaría allí con carácter fijo. Las órdenes que había recibido eran solamente las de ponerme en comunicación con Torko.

Mi destacamento estaba formado por once hombres, uno de los cuales era kordogan, al cual ordené que los condujera a la prisión mencionada; no quería darles a entender que no tenía la menor idea de dónde se encontraba. La cárcel se hallaba en una pequeña isla de la bahía, a unas cien yardas de la costa. Ya me había fijado en ella varias veces, pero nunca se me ocurrió que pudiera ser la conocida Gap kum Rov. Al llegar al muelle, subimos a una pequeña lancha, perteneciente a la prisión, y pronto nos encontramos entre los sombríos muros de la cárcel. El solo hecho de ser miembros de la guardia zani, nos permitió entrar sin dilación y se me llevó en seguida al despacho de Torko. Era éste un individuo corpulento, de facciones vulgares y con uno de los más crueles rostros que había conocido. A diferencia de la mayoría de los amtorianos, no era bello; sus modales eran rudos e inmediatamente adiviné que no le resultaba simpático, aunque tal sentimiento fue mutuo.

—Es la primera vez que te veo —gruñó—. ¿Por qué no han enviado a alguien conocido? ¿Qué sabes tú de los problemas de la cárcel?

—Confieso que nada —repuse—. No fui yo el que pedí que se me enviase aquí.

Volvió a gruñir, murmurando algo que no entendí, y luego me dijo:

—Acompáñame. Puesto que te lo han mandado, tendrás que familiarizarte con la prisión y con mi sistema de administrarla.

Frente a la puerta por la que yo había entrado, existía otra que daba acceso a un cuarto que estaba lleno de guardias zanis, a uno de los cuales ordenó que fuera al patio a hacerse cargo de mis hombres; luego salió por otra puerta provista de fuertes cerrojos y barras. Cuando traspasamos tal puerta nos hallamos en un largo corredor en cuyos flancos aparecían varios compartimientos protegidos por gruesas barras de hierro, tras las cuales se hacinaban unos centenares de prisioneros, muchos de los cuales estaban heridos y maltrechos.

—Estas gentuzas —explicó Torko— han sido condenados por desacato a Nuestro Amado Mephis o los gloriosos héroes de la guardia zani. No les tengas piedad.

Luego me llevó al final del corredor, cruzando otra puerta y subiendo unos peldaños de escaleras hasta el segundo piso, donde había dos hileras de celdas individuales, en cada una de las cuales se congregaban varios prisioneros.

—Estos son traidores —dijo Torko—. Esperan ser juzgados; pero como no disponemos de espacio suficiente, cuando nos envían una nueva partida, sacamos a unos cuantos y los matamos. Claro que primero les damos la última oportunidad para que confiesen. Si lo hacen, como ya no es necesario el juicio, se les mata también, y si no confiesan, los matamos por no dar facilidades para que se imponga la luz de la justicia.

—Un sistema muy sencillo —comenté.

—Sí, mucho —asintió—; y muy expeditivo. Fue idea mía.

—Nuestro Amado Mephis sabe escoger a sus altos servidores.

Pareció muy complacido por mis palabras y esbozó una auténtica sonrisa. Era la primera vez que lo había visto sonreír y juzgué que no volvería a hacerlo. Aquella sonrisa sólo consiguió hacer más cruel y repulsiva la expresión de su rostro.

—¡Vamos! ¡Vamos! Veo que me había equivocado al juzgarte por mi primer golpe de vista —exclamó—. Hablas como una persona excelente y pareces listo. Lo pasaremos muy bien. ¿Tienes mucha intimidad con nuestro Amado Mephis?

—Siento tener que confesar que me limito a servirle —le dije.

—Pues ya debes saber cómo es —me advirtió. Estaba a punto de contestarle que no juzgaba a nadie capaz de la perspicacia de Mephis, cuando se fijó en el anillo que ostentaba, colgante de una cadena de mi cuello, porque era demasiado pequeño para introducirlo en uno de mis dedos.

—Pues me parece que conoces a alguien que está en estrecha relación con Mephis —exclamó—. ¡La toganja Zerka! ¡Qué suerte tienes!

No contesté, ya que no me sugestionaba la idea de hablar de Zerka con aquella bestia humana; pero él insistió.

—Tuvo mucha suerte al poder pasarse a los zanis —dijo—. La mayoría de los de su rango fueron ajusticiados y los que han sobrevivido viven bajo constante sospecha. A la toganja Zerka no le ocurre eso. Dicen que Mephis tiene depositada en ella la máxima confianza, y a menudo la consulta sobre problemas políticos. Fue ella la que tuvo la idea de mantener patrullando incesantemente a los guardias zanis por la ciudad, a la caza de traidores y apaleando a los ciudadanos incapaces de acreditar cumplidamente su personalidad. También fue de ella la idea de que en todos los teatros se representara constantemente la vida de nuestro Amado Mephis y la de que todos los transeúntes tengan la obligación de echarse al suelo al pasar nuestro Amado Mephis, dedicándole sus aclamaciones. Hasta fue ella la que hizo acuñar en monedas la efigie de nuestro Amado Mephis. ¡Oh, cuánto le debe a esa mujer!

Todo aquello era para mí de gran interés. Yo siempre había presentido que las alabanzas de Zerka a Mephis eran puramente formularias, y hasta llegué a dudar de su lealtad hacia él o a la causa zani. Ahora, no sabía qué pensar; pero me congratulé de no haber confiado demasiado en ella. No obstante, me sentí algo deprimido y triste, como el que sufre una desilusión con un amigo a quién se aprecia.

—Si hablas bien de mí a la toganja —continuó Torko—, es seguro que llegará a oídos de nuestro Amado Mephis. ¿Qué opinas, excelente amigo?

—Debo conocerte mejor antes —repuse—; así podré saber lo que debo comunicar a la toganja.

Tal réplica era casi un soborno, pero no me remordía la conciencia.

—No tendrás más remedio que hablar bien de mí —me aseguró—; lo vamos a pasar muy bien. Y ahora te voy a acompañar al salón donde tienen efecto los juicios y te enseñaré de paso las celdas en las que nuestro Amado Mephis encierra a sus prisioneros favoritos.

Me hizo descender a la planta baja y entramos en una sombría estancia, en uno de cuyos extremos había un alto banco que corría a todo lo largo. Delante del banco había varios asientos que sobresalían un par de pies del nivel del suelo. Alrededor de la estancia había otros bancos más bajos, destinados evidentemente a los espectadores. El resto de la sala se veía ocupado por una diversidad de los más refinados instrumentos de tortura que la mente humana había podido imaginar. No quiero entrar en detalles. Me limitaré a decir que todos ellos eran horribles, y, muchos, difícil de clasificar. Toda mi vida trataré de olvidarlos y de borrar de mi memoria las odiosas cosas que me vi obligado a ver perpetrar en hombres y mujeres.

Torko hizo entonces un gesto desenvuelto y significativo.

—Muchos de estos aparatos fueron invención mía. Créeme, su sola presencia obliga a confesar; de todos modos, nos agrada ensayarlos de vez en cuando.

—¿Después de haber obtenido confesión? —pregunté.

—¿Por qué no? No es cosa baladí estar seguro de la eficacia de estas máquinas ingeniosas que han costado tanto dinero y sinsabores.

—Tu lógica es incuestionable —le confesé—. Eres un perfecto zani.

—Y tú, persona de gran inteligencia, amigo Vodo. Ahora, acompáñame para que veas algo más de este lugar extraordinario.

Me condujo entonces a través de un oscuro corredor, alejándonos del cuarto de torturas. Estaba flanqueado por pequeñas celdas, débilmente iluminadas por una luz que colgaba en el centro del pasillo. En cada celda había un hombre y reinaba tal penumbra que me era difícil distinguir sus facciones, ya que todos estaban en el rincón más apartado, y muchos permanecían sentados con el rostro oculto entre las manos, como si se hubiesen olvidado de que vivían. Uno gemía; otro, chillaba y gesticulaba en actitud de loco.

—Ése —dijo Torko— fue un famoso médico que gozó de la confianza de nuestro Amado Mephis. Pero ¿te imaginas cuál fue su traición?

—No —admití—; no lo adivino. ¿Trató acaso de envenenar a nuestro Amado Mephis?

—Casi algo tan feo como eso. Fue sorprendido en el momento en que trataba de aliviar la agonía de un antoriano que moría de una enfermedad incurable. ¿Te das cuenta de la atrocidad?

—Te confieso que no tengo imaginación suficiente —repuse—. Hay cosas que traspasan los límites de la razón. Hoy me lo has confirmado.

—Sí —asintió—; privilegio de los zanis es estar siempre en lo justo.

Recorrimos otro largo corredor y llegamos a otra estancia alejada.

No había en ella nada, salvo un horno crematorio y un olor nauseabundo.

—Aquí quemamos los cadáveres —explicó Torko, señalando luego una abertura del suelo, cubierta con una portezuela.

—Ten cuidado de no caer ahí dentro —me avisó—. No sería muy agradable; arrojamos las cenizas que van a dar a las aguas de la bahía.

Pasé una semana en aquella especie de entrenamiento inhumanitario. Torko obtuvo una licencia y se me dejó a mí como gobernador de la Prisión de la Muerte. Durante su ausencia, hice cuanto pude para aliviar los sufrimientos de aquellos tristes despojos, que se debatían en medio de la desesperación y la miseria. Les permití que se limpiaran las celdas ellos mismos, suministrándoles buenas raciones de alimentos. Mientras yo estuve encargado no se celebraban juicios y sólo se practicó una ejecución, obedeciendo órdenes superiores; o sea, del propio Mephis. Tal personaje iba a visitar la prisión a las trece (aproximadamente las dos de la hora nuestra). Como no había visto nunca a tan alta personalidad y no tenía la menor idea de cómo recibirle, me hallaba en un aprieto; tanto más cuando sabía que cualquier error, aunque fuera sin intención, despertaría su cólera y significaría mi muerte. Por último, pensé que un kordogan podría ayudarme. Se mostró bien deseoso de demostrarme su experiencia y cuando la hora señalada estaba próxima me sentía bastante seguro de mí mismo. Le esperé en el muelle, con una escolta de soldados y la lancha de la prisión preparada, y cuando estuvo Mephis a la vista, alineé a mis hombres y le saludamos con el ortodoxo grito de “¡Maltu Mephis!” Al saludarme, se mostró afable conmigo.

—Ya tengo noticias de ti —me dijo—. Si eres protegido de la toganja Zerka debes de ser un buen zani.

—Sólo hay un buen zani —repuse.

Comprendió que me refería a él y quedó complacido. El kordogan hizo que el resto de los soldados formaran en la sala de guardia y cuando pasamos por ella, todos saludaron y gritaron: “¡Maltu Mephis!” con toda la fuerza de sus pulmones. Muy asno debía ser aquel hombre para deleitarse con tales alaridos. Pero supongo que a un borrico no le importa o no se entera de lo que es.

El alto personaje nos ordenó que se le llevara al piso subterráneo, donde estaban sus prisioneros privados. Me llevó sólo a mí y a dos de sus lugartenientes, uno de los cuales, su actual favorito, era un individuo de aspecto afeminado, cubierto de joyas como una mujer. Cuando llegamos a la nave donde estaban las celdas de los encarcelados, Mephis me ordenó que le señalara la celda de Kord, el anterior jong de Korva.

—Torko no me ha mencionado los nombres de ninguno de estos prisioneros —repuse—. Me dijo que era voluntad tuya que estuviesen innominados.

Mephis asintió.

—Muy bien —dijo—; pero el Gobernador interino de la prisión debía saberlo... y callárselo.

—¿Quieres hablar conmigo, Mephis? —preguntó una voz desde una celda cercana.

—Ése es —dijo Mephis—; abre esa celda.

Cogí la llave maestra e hice lo que se me había ordenado.

—¡Sal de ahí! —le conminó Mephis.

Kord era aún un agradable tipo de hombre, a pesar de los estragos de la prisión y las privaciones.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

No hubo el habitual ¡Maltus Mephis! Kord seguía siendo aún el jong. Mephis se sintió empequeñecido; y para reaccionar comenzó a lanzar juramentos y a hablar a gritos.

—Lleva al prisionero a la Sala de Justicia —me ordenó, y abrió la marcha en dirección a tal estancia, seguido de su lugarteniente.

Cogí a Kord del brazo y le dije:

—Vamos.

Creo que debía esperar que le golpease y arrastrase, como le había ocurrido en otras ocasiones, ya que me miró con cierta sorpresa al verse tratado con consideración. Mis simpatías estaban de su parte; me daba cuenta de que debía resultarle doloroso a un gran jong como él verse mandado por una bestia como Mephis. Además, debía presentir que iba camino de la tortura. También yo recelaba lo mismo y no sabía cómo iba a poder contenerme, sin terciar en su defensa. Sólo mi convicción de que nada podía servirle y de que se desbaratarían mis planes me indujo a ocultar mi indignación y aceptar las cosas como inevitables.

Cuando entramos en la Sala de Justicia, vi que tanto Mephis como su lugarteniente se habían sentado en el banco de los jueces. Entonces me ordenó que le llevara a su presencia. El dictador permaneció en silencio un rato; sus ojos se revolvían por la estancia, sin que tropezasen con la mirada de Kord y pocas veces con la mía.

—Has sido un poderoso jong —dijo al fin—; y puedes volver a serlo. He venido a ofrecerte el trono de nuevo.

Esperó; pero Kord no dijo nada. Se limitaba a permanecer de pie, majestuoso, mirando audazmente a la cara de Mephis y revestido de todo el prestigio de la realeza. Como es natural, tal actitud irritó al hombrecito, quien, a pesar de ser todopoderoso, se sentía inferior a aquel gran hombre que estaba ante él.

—Te he dicho que te devolveré el trono, Kord —repitió Mephis con voz aguda—. Sólo tienes que firmar esto —y le ofreció un documento—. Evitará inútil

derramamiento de sangre y devolverá a Korva la paz y la prosperidad que merece.

—¿Y qué hay escrito en ese documento? —replicó Kord.

—Es una orden a Muso —repuso Mephis— conminándole a que deponga las armas ya que has recobrado el trono y ha recuperado Korva la paz.

—¿Sólo eso? —preguntó Kord.

—Casi sólo eso —dijo Mephis—; pero aún habrás de firmar otro documento que devolverá a Korva la paz y la prosperidad.

—¿De qué se trata?

—Es una orden nombrándome Consejero Real, revestido de todos los poderes para actuar en tu nombre ante cualquier eventualidad. Asimismo ratifica las leyes promulgadas por el Partido Zani desde que subió al poder en Korva.

—En otras palabras: traicionar a los pocos súbditos leales que me quedan y entregarlos a Mephis —comentó Kord—. Me niego, desde luego.

—¡Espera un momento! —saltó Mephis—. Existe otro factor que puede hacerte cambiar de actitud.

—¿Cuál?

—Si rehúsas, serás considerado traidor a tu patria y tratado como tal.

—¿Asesinarme?

—Ejecutarte —corrigió Mephis.

—Pues sigo negándome.

Mephis se levantó con el rostro lívido por la ira.

—¡Entonces, muere, insensato! —gritó, y sacando su pistola amtoriaña arrojó una ráfaga de los mortíferos rayos contra el hombre indefenso que estaba ante él. Sin proferir sonido alguno, Kord, jong de Korva, se desplomó inerte en el suelo.

11. EL LAZO SE ESTRECHA

El día siguiente, cuando ejecutaba mi ronda por la prisión, se me ocurrió la idea de preguntar a un buen número de prisioneros el delito que les había ocasionado tan duro castigo. Supe que muchos habían expresado con demasiada libertad sus opiniones sobre Mephis y los zanis, y que fueron delatados. Bastantes de ellos desconocían las inculpaciones de que eran objeto y unos cuantos se encontraban allí a causa de enemistades con miembros de la guardia zani. Había uno de ellos que se encontraba encarcelado porque un oficial de la guardia zani deseaba a su mujer; otro porque había estornudado cuando estaba cabeza abajo, en vez de proferir el sacrosanto ¡Maltu Mephis! La única esperanza que podían abrigar para verse libres era el soborno o la influencia de algún miembro del Partido Zani; pero esto último era bastante difícil de obtener a causa del temor de los zanis a hacer recaer sobre ellos cualquier sospecha. Tales averiguaciones, las hice entre los prisioneros de los grandes calabozos del principal departamento, pero mi verdadero interés radicaba en los sórdidos corredores del piso bajo, donde suponía que debía hallarse encarcelado Mintep.

No me atrevía a dejar traslucir interés alguno por tales prisioneros, temiendo hacerme sospechoso, pues sabía que existían confidentes entre los prisioneros, que obtenían favores y a veces la libertad con sus delaciones. Torko me avisó que incluso debía ignorar los nombres de los encarcelados del piso bajo; pero yo estaba decidido a averiguar si Mintep se hallaba entre ellos, y, por último, fragüé un plan que acaso podría satisfacer mis deseos. No sin dificultades escribí un pésimo verso en lenguaje amtoriano, al que puse una musiquilla muy popular en América, cuando abandoné la Tierra. En dos de las líneas se incluía un mensaje que lanzaba para que Mintep pudiera revelarme que estaba prisionero allí y así localizar su celda.

A fin de alejar toda sospecha, tomé la costumbre de cantar aquella canción mientras cumplía mis cotidianos deberes; pero al principio me limité a cantarla en los pisos de arriba. Mi kordogan y algunos soldados de la casa demostraron cierto interés por mi cancioncilla y me hicieron preguntas sobre ella. Les dije que ignoraba su origen y su significado y que aquellas palabras carecían de verdadero sentido para mí, aunque la cantaba porque me gustaba la tonadilla.

Aparte de mi ensayo poético, adopté otra medida previsoramente. Las puertas del establecimiento y las de las celdas no eran todas iguales, pero existía una llave maestra que las abría todas. En ausencia de Torko, custodiaba yo tal llave y la llevaba siempre encima. Una de las primeras cosas que hice fue acudir a la ciudad y encargarme que me forjaran una llave idéntica. Sabía el riesgo que corría al hacerlo, pero comprendía asimismo todo el valor que tendría en mis manos para libertar a Mintep, caso de averiguar que estaba encarcelado en Gap kum Rov.

No hay que advertir cuántas fueron las precauciones que adopté en cuanto hacía, a fin de evitar toda sospecha, o captarme antipatías o envidias, puesto que todo ciudadano de Amlot era un espía en potencia. Aceleré las cosas. Sabía que sobre mi cabeza pendía una espada de Damocles: aquel mensaje de Muso. ¿Quién lo tenía? ¿Por qué no había dado señales de vida?

Me había acostumbrado a vagar por la cárcel solo, inspeccionando las celdas, la sala de guardia y las cocinas; por eso no podía despertar recelo alguno el que se me encontrara en cualquier recinto, y el propio hecho de estar siempre canturreando mi tonadilla era la mejor prueba de que no existía nada sigiloso en mis andanzas.

Fue el día anterior a la vuelta de Torko cuando determiné averiguar definitivamente si Mintep estaba prisionero en el piso bajo. Con tal idea en la mente comencé a vagar por la cárcel cantando mi pequeño poema, en una actitud tan despreocupada como de costumbre. Bajé al piso subterráneo y me adentré en el prohibido recinto de las celdas especiales. Crucé por el cuarto de cremación y me metí en el corredor donde se hallaban las celdas que buscaba, y una vez allí me puse a cantar la estrofa que había escrito para atraer la atención de Mintep y conseguir ponerme acaso en comunicación con él, si se encontraba allí. Los versos a los que me refiero decían lo siguiente, traducidos a mi idioma nativo:

*Pon en mí tu confianza.
Mientras su padre la busca,
Duare vive acongojada,
sufriendo por tus torturas.
Dame, un signo, una palabra, alguna señal murmura.
Pon en mí tu confianza
y encontrarás fiel ayuda.*

Me abstuve de cantar otra cosa, al cruzar ante las celdas, pero no obtuve respuesta alguna. Me dirigí al otro extremo del corredor y volví sobre mis pasos, cantando de nuevo los mismos versos, y cuando me aproximé a las últimas celdas descubrí a un hombre que se apretaba a las barras de una de ellas. En la penumbra no pude distinguir sus facciones, pero cuando me acerqué más, me susurró una palabra de aviso.

—Aquí.

Observé bien dónde estaba la celda y continué mi camino.

Torko y yo teníamos una oficina contigua al cuarto de guardia, y cuando llegué allí me esperaba el kordogan con algunos prisioneros. Una de mis misiones era hacerme cargo de los prisioneros, interrogarles y asignarles celda. Un escribiente tomaba nota de todo ello. Lo que yo tenía que hacer y lo que Torko esperaba de mí era insultar y maltratar a los prisioneros.

Habían llegado tres y les alinearon frente a mi mesa. Cuando me fijé en ellos, reconocí en el acto al hermano de Lodas y comprobé, horrorizado, en la expresión de sus ojos, que, a su vez, me había reconocido; al menos así me pareció.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Horjan —repuso.

—¿Por qué estás aquí?

—Hace poco delaté a un extranjero que se había ocultado en mi casa —repuso—. Cuando acudieron los guardias había desaparecido. Se enfadaron mucho conmigo e igual le pasó a un vecino al que comuniqué lo que ocurría. Hoy acudió a los guardias zanis y les dijo que había visto aquel hombre al que oculté yo, que yo hice la delación sólo porque sabía que me iba a delatar. Les dijo que aquel hombre era un espía de Sanara y que aún se encontraba en la ciudad.

—¿Y cómo sabes que aún se encuentra en la ciudad? —le pregunté.

—Porque dijo que le había visto y que nunca olvidaría sus ojos y su cara; declaró que llevaba el uniforme de oficial de la guardia zani.

Sabía yo que el amigo de Horjan no me había visto y que aquella versión era un ardid de Horjan para comunicarme que me había reconocido.

—Sería peligroso que tu amigo levantara falsos testimonios contra un oficial de la guardia zani —le advertí—. A cualquiera que se atreva a hacerlo se le torturará y luego se le matará. Pero acaso fuera conveniente interrogar a tu amigo para saber si efectivamente vio a ese desconocido en tu casa y sabe describirlo.

Horjan palideció. Comprendió que había cometido un error y estaba aterrado, pues sabía que su amigo no me había visto nunca y no podía describirme.

—Espero que no tengas un disgusto serio —continué—. Es deplorable que se pierda tanto tiempo en Amlot con todos esos chismorreos. A mucha gente les valdría más atarse la lengua.

—Sí —balbució Horjan, débilmente—; hay demasiados chismorreos. Pero puedes estar seguro de que yo no seré de los charlatanes.

Supuse que hablaba sinceramente; pero el incidente me inquietó. Ahora tenía que dar en seguida los pasos necesarios para huir de Amlot. Pero, ¿cómo? La situación se complicaba aún más con el hallazgo de Mintep.

Al día siguiente volvió Torko y tuve que ir a practicar un arresto al barrio de los hombres cultos y de carrera. Vivía en aquel barrio mucha gente en otros tiempos, porque los amtorianos mostraban siempre gran afición por los problemas científicos. Los pocos hombres de ciencia que aún no habían sido asesinados permanecían confinados, sin que se les permitiese abandonar el barrio, que tenía mala reputación entre los zanis, los cuales realizaban violentas incursiones en él por el menor motivo. Los zanis detestaban a los hombres de ciencia, como detestaban a todos los que eran superiores a ellos en cualquier aspecto.

Mientras me dirigía al mencionado barrio, crucé ante un campo en el que centenares de niños eran sometidos a instrucción premilitar bajo la dirección de kordoganes de la guardia zani.

Había niñitos de cinco y seis años y muchos otros de mayor edad. Por toda Amlot se veía el mismo espectáculo. Tal era la única instrucción que recibían los niños zanis. Los únicos juguetes que se les permitía manejar eran armas. A los bebés se les daba ya pequeñas dagas sin filo para que les sirvieran de chupete. Aunque dije que aquella era la única instrucción que recibían, tal afirmación no responde exactamente a la verdad. Se les enseñaba a gritar el “Maltu Mephis” bajo cualquier pretexto, o bajo ninguno, y se les leía diariamente un capítulo de “La Vida de nuestro Amado Mephis”, escrita por él mismo. Tal sistema educativo era más que suficiente para un zani.

El barrio donde yo tenía que practicar el arresto había sido muy próspero en otra época, ya que en los tiempos del jong, los hombres cultos y la ciencia habían estado en gran estima; pero ahora ocurría lo contrario, y las pocas personas que vi en las calles tenían aspecto miserable y parecían hambrientas.

Una vez llegué a la casa de mi víctima (no hallo otro nombre para designarla), entré acompañado de dos de mis hombres, dejando fuera a los demás. Cuando penetré en la principal habitación que podríamos tomar por el cuarto de estar, descubrí a una mujer que se escabulló prestamente entre ciertos harapos que colgaban de la pared; sin embargo, no lo hizo con la suficiente presteza para que no la reconociese. ¡Era Zerka!

Un hombre y una mujer que se hallaban en la estancia se levantaron y se me quedaron mirando con sorpresa. La mujer se quedó aterrada. Ambos tenían aspecto atractivo e inteligente.

—¿Eres Narvon? —pregunté al hombre. Asintió.

—Soy Narvon. ¿Qué quieres de mí?

—Tengo orden de arrestarte —le dije—. Tendrás que seguirme.

—¿De qué se me acusa? —preguntó.

—No lo sé —repuse—. Lo único que sé es que se me ha dado orden de arrestarte.

Se volvió tristemente para despedirse de la mujer que le acompañaba, y al retenerla entre sus brazos y besarla, ella se desmayó. Él trató de reanimarla.

El kordogan que me acompañaba dio un paso adelante y le cogió rudamente por el brazo.

—¡Vamos! —gritó con rudeza—. ¿Crees que vamos a pasarnos aquí todo el día mientras vosotros os hacéis carantoñas?

—¡Déjalo! —le ordené—. Pueden despedirse.

Me lanzó una mirada enfurecida, pero dio un paso atrás. No era un propio kordogan; aunque no un modelo de persona, había aprendido a mi lado a frenar su

fanatismo y mostrarse un poco tolerante.

—Bueno —dijo—; mientras tanto, registraré la casa.

—Te abstendrás de hacerlo —le advertí—; te quedarás aquí para recibir mis órdenes.

—¿Es que acaso no viste, cuando entramos, a una mujer que se metía en un cuarto interior? —me preguntó.

—¡Claro que sí! —repuse.

—¿Y no vas a buscarla?

—No —le dije—; la orden que recibí fue de arrestar a este hombre. No se me ordenó registrar la casa, ni interrogar a nadie más. Yo acostumbro a sujetarme a las órdenes que se me dan y te aconsejo que hagas lo mismo.

Me volvió a dirigir una mirada perversa y gruñó algo que no pude oír, encerrándose desde entonces en un mutismo absoluto. Durante nuestra marcha hacia la cárcel, caminaba yo junto a Narvon y cuando observé que el kordogan no podía escucharnos, le susurré al oído una pregunta:

—¿Es amiga tuya la mujer que escapó del cuarto cuando entramos?

Me miró con cierta sorpresa y guardó silencio un instante antes de contestar.

—No —dijo—; es la primera vez que la vi y no sé qué quería. Se presentó poco antes que vosotros. Probablemente se equivocaría de casa y quedó confusa al veros entrar. En los tiempos que corremos es peligroso equivocarse, por muy inocente que se sea.

Lo que acaba de decir era motivo suficiente para ser sometido a tortura y probablemente condenado a muerte. Se lo avisé así.

—Eres un zani bien raro —me dijo—. Obras casi como si fueras un amigo.

—Pues olvídalo.

—Así lo haré —me prometió.

Llegados a la cárcel, le conduje a presencia de Torko.

—¿De modo que tú eres Narvon, el célebre hombre de ciencia?— se burló—. Pues debías de haberte preocupado de tus libros en vez de fomentar una rebelión. ¿Quiénes son tus cómplices?

—Yo no he hecho nada vituperable y por tanto no puedo tener cómplices —repuso.

—Acaso tengas mejor memoria mañana —saltó Torko—. Nuestro Amado Mephis, en persona, presidirá el tribunal que ha de juzgarte y ya verás cómo disponemos de medios para hacer hablar a los traidores. Vodo, llévatelo a una celda de abajo y luego vuelve a verme.

—No delatarás a los cómplices, ¿verdad? —le pregunté. Se estremeció y de pronto pareció anonadado.

—No lo sé —admitió—; el dolor me asusta. No sé lo que haré. Lo único que sé es

que tengo miedo..., un miedo terrible. ¿Por qué no han de matarme sin torturarme?

Sentí gran zozobra por Zerka, aunque realmente no sabía por qué. Zerka llevaba fama de ser una perfecta zani. Acaso fuera porque nunca me había sentido completamente convencido de que fuese verdaderamente zani y, además, por el hecho palpable de que Narvon había procurado protegerla.

Cuando volví al despacho de Torko, el kordogan que me acompañó en el arresto salía de la habitación. Torko se puso a vociferar.

—Me han dado pésimos informes de tu conducta durante mi ausencia —me dijo.

—¡Qué raro! —repuse—. Puede que tenga algún enemigo aquí. Los enemigos cuentan lo que se les ocurre; bien lo sabes.

—Los informes son de distinta procedencia. Se me ha dicho que te mostraste blando y complaciente con los encarcelados.

—Querrían decir que no fui cruel con ellos —repuse—. No se me dio orden de que lo fuera.

—Y hoy no registraste una casa en que sabías que había escondida una mujer y que era el domicilio de un traidor.

—No se me había dado orden de registrar la casa o detener a nadie más —repliqué—. Yo no sabía que iba a prender a un traidor. Nadie me dijo cuál era su delito.

—Técnicamente tienes razón —admitió—; pero debes aprender a tener más iniciativa. Nunca arrestamos a nadie que no constituya un peligro para el Estado. Los traidores no merecen compasión. Además, estuviste hablando con voz baja con el detenido hasta llegar a la cárcel...

Me eché a reír.

—El kordogan no me tiene simpatía porque le hice ponerse en su lugar. Se insubordinó un poco. Es cierto que hablé con el detenido. Pero ¿qué mal hay en ello?

—Cuando menos hables con ellos, más seguro estarás.

Me despidió, y al salir del despacho, lo hice convencido de que había comenzado a hacerme sospechoso. Además allí estaba el hermano de Lodas que tantas cosas sabía de mí, dispuesto a delatarme en la primera oportunidad. Hiciera lo que hiciese, tenía que actuar de prisa si aspiraba a escapar. Eran muchos los ojos que me espiaban, sin olvidar el mensaje de Muso. Pedí permiso para ir a pescar al día siguiente, y como a Torko le agradaba el pescado fresco, me lo concedió.

—De todos modos, será preferible que no te vayas hasta que haya terminado Mephis su visita a la cárcel —me advirtió—. Acaso te necesitamos.

Al día siguiente tuvo efecto el juicio de Narvon, en presencia de Mephis, y yo hube de asistir con otros guardias. Nos alineamos a cada lado del banco en que se habían sentado Mephis, Spehon y Torko. Los bancos laterales estaban también llenos de guardias zanis. Cuando se hizo entrar a Narvon, Mephis le formuló una pregunta.

—¿Quiénes eran tus cómplices?

—Yo no he hecho nada y no tengo cómplices —repuso Narvon con voz débil y aire amedrentado, a la vez que lanzaba miradas de terror a los diferentes instrumentos de tortura.

Me di cuenta de que se desmoralizaba por momentos. Comenzaron a torturarlo y lo que presencié no quiero describirlo. No existen palabras en ningún idioma para pintar las brutales crueldades y perversiones que infligieron a la temblorosa carne de aquel desdichado. Cuando se desvanecía, volvían a reanimarlo para volver a empezar. Sus gritos podrían haber sido oídos a una milla de distancia.

—¡Lo diré! ¡Lo diré! —exclamó al fin.

—Di —le animó Mephis—. ¿Quiénes eran tus cómplices?

—Sólo tenía uno —murmuró Narvon, con voz débil y apenas audible.

—Más alto —gritó Mephis—. Apretad más las clavijas. Acaso así hable de una vez.

—Fue la toganja Z...

Pero no pudo acabar. Se desmayó cuando apretaron más el instrumento torturador, y aunque trataron de reanimarlo, ya era demasiado tarde.

Narvon había muerto.

12. ACOSADO

Me fui a pescar y conseguí algún pescado; pero no podía apartar de mi memoria la muerte de Narvon. Nunca podré olvidar tal escena ni las palabras del moribundo. Asociando lo que había visto en su casa con el nombre que inició antes de morir, comprendí de quién se trataba, aunque no sabía si algún otro sospecharía la verdad. No sólo pasé el tiempo pescando, sino que estuve cavilando ampliamente. No sabía qué determinación tomar con Zerka. ¿Arriesgaría la vida de Mintep para avisarla, corriendo a la vez peligro de que me arrestasen con ella?

Sólo cabía una respuesta. Tenía que avisarla. Se había portado muy bien conmigo. Estuve rondando alrededor de la cárcel, pues me interesaba averiguar algunos detalles sobre los contornos del edificio. El interior ya lo conocía suficientemente. Después de averiguar lo que me interesaba, volví a tierra y me dirigí al cuartel. Allí me encontré con una orden que cancelaba mi nombramiento en el cargo que había desempeñado en la prisión. Supuse que Torko me había juzgado demasiado blando. Pero, ¿no se ocultaría también algo siniestro en todo ello? Sentí que la red se tendía para atraparme.

Mientras continuaba sentado, sumido en tales pensamientos, se presentó un guardia y me comunicó que el comandante necesitaba verme en seguida. Aquello era el final. Iba a ser arrestado. Por mi mente cruzó la idea de huir, pero me di cuenta de lo fútil de tal propósito y en consecuencia decidí presentarme ante la mencionada autoridad militar.

—Ha llegado una docena de prisioneros procedentes del frente de Sanara —me dijo—. He designado a doce oficiales para que les interroguen, porque se les puede sonsacar más si se les interroga separadamente. Eres uno de los que han de intervenir en el interrogatorio. Debes mostrarte muy amable con el prisionero que te corresponda. Dale vino y alimentos; hazle comprender lo agradable que resulta servir como soldado del ejército zani y procura obtener el máximo de información que puedas. Cuando haya acabado el interrogatorio, los pondremos en manos de algunos soldados de confianza para que los adiestren durante unos días; luego enviaremos a dos de ellos al frente, a fin de que hagan correr la voz del excelente trato que recibieron en Amlot.

De este modo, conseguiremos que muchos deserten. A los otros prisioneros se les matará.

Los zanis acostumbraban a hacer tretas como ésas.

Me hice cargo de mi prisionero y lo llevé a mis habitaciones, ofreciéndole alimento y vino, y acosándole a preguntas. Como era natural, me interesaba más que a nadie obtener noticias de Sanara; pero no me atreví a dejar traslucir cuanto sabía yo sobre las condiciones de vida de la mencionada ciudad. Procuré sonsacarle sin que se

diera cuenta. Era un joven oficial de muy buen aspecto y de excelentes relaciones. Conocía a todo el mundo y estaba informado de los chismes de la Corte y las principales familias.

Algunas de las preguntas era natural que las formulase un zani; por ejemplo, lo relativo a la defensa de la ciudad y a otros aspectos militares. Contestó de tal modo que comprendí que mentía y no pude por menos de admirar su habilidad. Cuando le pregunté sobre Muso, me habló con mayor franqueza. Evidentemente, no le tenía simpatía alguna.

—Ha repudiado a su esposa —me explicó—; a pesar de ser mujer excelente; se llama Illana. Todo el mundo está indignado. Pero, ¿qué podemos hacer? Es el jong. La mujer que ha escogido ahora en sustitución de la otra, no le quiere. Es voz pública que le detesta; pero es el jong, y si él lo ordena no tendrá más remedio que obedecerle, porque ella no tiene marido. Lo mataron aquí, en Amlot. Le envió Muso con una misión peligrosa y todos dicen que lo hizo para deshacerse de él.

Palidecí y la pregunta que iba a formular se heló en mis labios. Tuve que intentar dos veces formularla antes de conseguirlo.

—¿Y quién es ese hombre?

—El que solía volar sobre vuestras líneas y arrojar bombas —repuso—. Se llama Carson de Venus; tiene un nombre muy extraño.

Terminé mi interrogatorio y trasladé al prisionero a los soldados que habían de adiestrarle. Luego me dirigí al puerto. Ya era de noche y la calle no estaba muy bien iluminada. Por eso la escogí. Había llegado casi al puerto, cuando topé con una patrulla de la guardia zani al mando de un oficial. Éste me gritó desde el extremo opuesto de la calle; luego avanzó hacia mí, separándose de la patrulla.

—Ya me parecía que eras tú —me dijo. Era Mantar—. Tengo una orden de arresto contra ti. Te buscan por toda la ciudad.

—Pues he estado en mis habitaciones. ¿Por qué no fueron a buscarme allí?

—Torko dijo que habías ido a pasear.

—¿Y por qué se me arresta?

—Creen que eres un espía de Sanara. Un prisionero llamado Horjan te delató. Dice que te encontró escondido en su casa el día antes de ser tú nombrado oficial de la guardia.

—Pero, ¿y Zerka? —le pregunté—. ¿No sospechan de ella? Fue la que me protegió.

—Ya he pensado en eso —me dijo.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer conmigo? ¿Me vas a detener?

—Me gustaría que me dijese toda la verdad —observó—. Soy tu amigo, y si lo que hace tiempo sospechamos Zerka yo resulta cierto, te ayudaré.

Recordé que Zerka me había dicho que podía confiar en aquel hombre. Yo estaba

perdido de todos modos. Había bastantes motivos para que me torturasen y me matasen. Se me ofrecía una vaga esperanza, y a ella me acogí.

—Soy Carson de Venus —le dije—. Vine con un mensaje de Muso para Spehon; pero me lo robaron.

—¿Y dónde pensabas ir ahora? —me preguntó.

—A Sanara, donde están mis amigos y mi esposa.

—¿Y podrás llegar allí?

—Creo que sí.

—Entonces, vete. Has tenido suerte de que ninguno de mi patrulla conoce personalmente a Vodo. ¡Buena suerte! —Volvió a cruzar la calle y yo seguí mi camino hacia el puerto—: Me dijo que Vodo está en sus habitaciones del cuartel. Vamos allá —le oí explicar a su kordogan.

Llegué al puerto sin más incidente y encontré la misma barca que había empleado para pescar por la mañana y en otros días. La barca tenía una sola vela y era poco mayor que una canoa. Al saltar a ella, escuché ruido de pasos que se acercaban corriendo, y luego divisé a un grupo de hombres.

—¡Detente! —gritó una voz—. ¡Vuelve aquí!

Pero yo despegué la vela y me lancé al mar, a la vez que escuchaba el zumbido de los rayos R y la misma voz que gritaba:

—¡Vuelve aquí, Vodo! ¡No puedes escapar!

Por toda respuesta, saqué mi pistola y les hice fuego. Confiaba que mi actitud les desconcertase y me permitiera huir por el momento. Hasta mucho después de haberles perdido de vista, continuaron disparando en la oscuridad de la noche.

Pensé en Mintep con tristeza, pero existía un peligro más precioso que su propia vida. Maldije a Muso por su perversidad, ansiando llegar a Sanara a tiempo. Si no lo conseguía, me cabría el recuerdo de matarle.

De pronto, escuché el ruido de una canoa detrás de mí y comprendí que me perseguían. En la zona del puerto la brisa era suave, y si no conseguía llegar a alta mar, no me cabría otra esperanza que la protección de la oscuridad, cuyo éxito era inseguro. No podía pretender alcanzar más velocidad que una canoa, incluso aunque me hubiera ayudado un buen viento, y a lo único que podía aspirar era a eludir a mis perseguidores, protegido por las tinieblas, si lograba averiguar, por el ruido de la canoa, la dirección que ellos tomaban. Debían sospechar lógicamente que yo había tomado rumbo Noroeste, hacia Sanara. No obstante, me dirigía hacia el Sur, en pos de la islita en la que había escondido mi avión. No me equivoqué, pues pronto escuché el ruido de la canoa a mi izquierda, y comprendí que avanzaba hacia alta mar, por el este del puerto. Seguía mi ruta, dejando escapar un suspiro de alivio, y pronto remonté el cabo del Oeste y me hallé más seguro. La brisa no era allí mucho más favorable que la del puerto; pero continué bordeando la costa, ya que aun tenía que

cumplir un deber en Amlot antes de alejarme definitivamente.

Estaba demasiado agradecido a Zerka para abandonarla sin avisarla del peligro que corría. Sabía yo la parte de la costa donde estaba emplazado su palacio, con sus jardines que llegaban hasta la playa. No disponía más que de breves minutos para avisarla. Comprendí que era lo menos que cabía hacer. Las condiciones atmosféricas no podían ser mejores; marea baja y el viento suave. Mi ligera barca se deslizaba suave y silenciosamente por la superficie de las aguas; a la débil luminosidad de la noche amtoriana se destacaban las líneas de la costa como una mancha negra, salpicada de vez en cuando por las luces que centelleaban en las ventanas de los palacios de los ricos y los poderosos. A pesar de la semioscuridad no me fue difícil localizar el palacio de Zerka. Me acerqué cuanto pude. Luego recogí la vela y remé hacia la playa, y una vez en ella, me dirigí a palacio después de haber dejado la barca en seco.

Me daba cuenta del riesgo que estaba corriendo, ya que caso de que Zerka hubiese suscitado sospechas, cosa que parecía probable, estaría vigilada y habría gente alrededor, y acaso dentro del propio palacio.

Lo más seguro era que a aquellas horas ya estuviese Zerka arrestada, pues la delación de Narvon en el momento de morir no se interrumpió lo suficiente para identificar a su cómplice que casi nombró. Claro que yo ya sospechaba algo; pero acaso no les ocurriera lo mismo a los zanis, y bien pudiera ser que no asociaran a Zerka con el nombre que casi pronunció el agonizante. Fuera como fuese, tenía que correr el riesgo.

Me dirigí en seguida a las grandes puertas que daban a la terraza desde las que se dominaban los jardines y el mar. En Amtor no existen timbres, ni la gente llama con los nudillos a la puerta, sino que silban. Cada persona tiene sus notas distintivas; unas veces sencillas, otras muy elaboradas. A la entrada de las puertas existen tubos acústicos que se utilizan para silbar. Confieso que cuando me puse a silbar ante la gran puerta del palacio de la toganja, lo hice manifiestamente inquieto.

Esperé algunos minutos. No se escuchaba ruido alguno dentro del edificio. El silencio era enojoso. Estaba a punto de repetir mi silbido, cuando se abrió la puerta y salió Zerka a la terraza. Sin decirme palabra alguna me cogió de la mano y me llevó de prisa al jardín, donde los árboles y arbustos arrojaban sus sombras protectoras. Había allí un banco, y Zerka me invitó a sentarme.

—¿Estás loco? —susurró—. Acaban de estar aquí, buscándote. Aún no habían cerrado las puertas de la calle tras ellos cuando escuché tu silbido. ¿Cómo llegaste hasta aquí? Si tienes medio de salir, debes marcharte en seguida. Probablemente habrá espías entre mi servidumbre. ¡Oh! Pero, ¿por qué has venido?

—Para avisarte.

—¿Para avisarme? ¿De qué?

—Presencí la tortura de Narvon.

—¿Y qué? —preguntó algo intimidada.

—Mephis quería arrancarle los nombres de sus cómplices.

—¿Y..., y habló?

—Delató a la toganja y expiró al pronunciar el principio del nombré. No sé si Mephis sospecharía, ya que él no vio lo que yo vi en casa de Narvon; pero temo que sospechase y por eso vine para que te vengas conmigo a Sanara.

Me apretó la mano con efusión.

—Eres un excelente amigo —murmuró—. Ya sabía yo que lo serías, y la primera prueba que obtuve fue cuando impediste a aquel kordogan que registrase el fondo de la habitación en que estaba Narvon. Me vuelves a dar ahora otra prueba. Eres un amigo fiel, Carson de Venus.

Me sorprendió que me llamase por mi nombre.

—¿Cómo averiguaste cómo me llamo? —le pregunté—. ¿Cuándo lo supiste?

—A la mañana siguiente de aquella noche en que cenamos juntos.

—Pero, ¿cómo? —insistí yo. Se rió un poco.

—En Amlot todos recelamos unos de otros, y siempre andamos buscando nuevos amigos y temiendo nuevos enemigos. Desde el primer día en que te vi en el restaurante, adiviné que no eras de Amlot, y probablemente tampoco de Korva. Pensé en seguida que eras un espía de Sanara. Tenía que averiguarlo. ¡Cuántas veces me he reído al recordar las fábulas que me contaste de Vodaro!

—Pero, ¿cómo averiguaste mi identidad?

—Encargué a un agente que registrase tus habitaciones del hotel, mientras dormías, y me trajo el mensaje de Muso para Spehon.

—Ahora comprendo por qué no fue utilizado contra mí —exclamé—. Me había preocupado mucho desde que desapareció, como puedes comprender.

—Yo deseaba decírtelo, pero me era imposible. No puedes figurarte la cautela que tenemos que guardar.

—Pues no fuiste muy prudente al ir a casa de Narvon.

—No teníamos la menor idea de que hubiera suscitado sospechas. Ahora que estoy segura de tu lealtad, no tengo inconveniente en revelarte que estamos preparando una contrarrevolución para destruir el poder zani y poner en el trono a Kord.

—Eso es imposible —le dije.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque Kord ha muerto.

Pareció aterrada.

—¿Estás seguro? —inquirió.

—Vi cómo le asesinó Mephis. —Y le relaté brevemente la escena que presencié.

Ella movió la cabeza tristemente.

—Ahora tenemos un ideal menos por que luchar. Muso puede resultar tan perverso como Mephis.

—Muso es un traidor a su patria —repuse—. El mensaje que traía yo es la mejor prueba de ello. Me gustaría conservarlo para poder volver con él a Sanara. El ejército se levantaría contra él, y al haber muerto Kord, el pueblo apoyaría al que ama tanto y le haría jong.

—¿Y quién es ese hombre? —me preguntó.

—Taman —repliqué.

—¡Taman! ¡Pero si Taman ha muerto!

—¿Que ha muerto Taman? ¿Cómo lo sabes?

Aquella noticia me acongojó. Duare y yo no tendríamos ya amigos poderosos en Sanara.

—Hace algún tiempo se capturó a un oficial de Sanara y dijo que Muso había enviado a Taman a Amlot con una misión peligrosa y no volvió a Sanara. De esto deducimos que había muerto.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Estaba en Sanara, sano y salvo, cuando yo salí de allí, y a no ser que haya perecido después, debe vivir todavía.

—Tendrás el mensaje —me dijo—; lo guardo yo. Pero ¿cómo esperas poder escapar de Amlot y atravesar las líneas zanis?

—¿Te olvidas de que Carson de Venus es el mistal que vuela sobre las líneas zanis y arroja bombas sobre ellas? —le pregunté.

—Pero, ¿dónde está el objeto en el que volabas? Supongo que no lo tendrás aquí.

—No se halla muy lejos, y lo único que pido es que no le haya ocurrido nada. Era un riesgo que tenía que correr.

—Eres un hombre de tan buena estrella, que estoy segura de que lo encontrarás en el mismo sitio en que lo dejaste. Y hablando de suerte, ¿cómo diantre conseguiste escapar de la guardia zani? Me han dicho que están registrando la población de arriba abajo.

—Me detuvo una patrulla de guardias cuando me dirigía al muelle. Afortunadamente, los mandaba Mantar. Es un buen amigo, gracias a ti.

—Es de los nuestros.

—Sospeché de vosotros dos casi desde el primer momento, a pesar de vuestros gritos de “Maltu Mephis” y los saludos zanis.

—Estaba tan segura de ti, que me expansioné un poco. Tenía la certidumbre de que no podrías convertirte en un zani de corazón.

—No podemos seguir hablando aquí —le advertí—. Recoge el mensaje de Muso y los objetos que te parezcan más imprescindibles y vayámonos a Sanara.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Quisiera acompañarte —repuso—; pero tengo que cumplir aún una misión, antes de salir de Amlot.

—No puede existir nada tan importante para ti como salvar la vida —le apremié.

—Existe algo más importante que mi propia vida —repuso—. Te lo voy a revelar y comprenderás que debo quedarme cuando sepas lo que voy a hacer. Se trata de algo que hasta hoy sólo sabía Mantar. Éste y mi marido eran amigos entrañables y servían como oficiales en el mismo regimiento de la guardia del jong. Cuando Mephis constituyó el Partido Zani, durante la última y desastrosa guerra, mi marido fue uno de sus más mortales enemigos. Se dijo que pereció en la última batalla; pero no se halló el cadáver. No murió en el campo de batalla. Un soldado adicto a Mantar vio morir a mi marido y pudo informarle como pereció. Fue torturado y asesinado por una banda de zanis a las órdenes de Mephis. Cuando lo supe, juré matar a Mephis; pero decidí esperar hasta el momento en que mi venganza pudiera ser útil a mi patria. Estamos preparados para hacer estallar una rebelión contra la tiranía zani. Cuando estén dispuestas nuestras fuerzas, la repentina muerte de Mephis sumirá a los zanis en plena confusión. Tengo que quedarme aquí para encargarme de que su muerte violenta se produzca en el momento oportuno.

—Pero, ¿y si sospechan ahora de ti y te arrestan? Entonces no podrías llevar a la práctica tu plan.

—Aunque me arrestasen, realizaría el plan de matar a Mephis —repuso—. Me llevarían a su presencia para interrogarme y probablemente para torturarme. Y entonces le mataría. Ahora debes marcharte. Voy a traerte el mensaje de Muso. Es sólo un momento. —Y desapareció.

Sentí cierta melancolía mientras esperaba que volviese. Estaba convencido de que no tornaría a verla jamás, y que iba a una muerte cierta, incluso aunque consiguiera matar a Mephis. Era tan hermosa, tan elegante y tan leal su amistad que resultaba trágico el pensamiento de su muerte próxima.

Pronto volvió con el mensaje de Muso.

—Aquí lo tienes —dijo—. ¡Ojalá sirva para poner en el trono a Taman! Me gustaría poderlo ver.

Comprendí, por su tono, que no confiaba conseguirlo y maldije aún más entonces el nombre de Mephis.

—Pienso volver aquí, Zerka —le prometí—. Acaso pueda ayudaros a abatir el poder zani. Unas cuantas bombas arrojadas en el momento psicológico pueden ser útiles a vuestra causa. ¡Quién sabe si entonces no habrás cambiado de pensamiento y te decidas a salir de aquí! Ahora escucha atentamente. Al suroeste de Amlot hay un monte, en lo alto del cual se extiende una meseta.

—Sí —confirmó—; se llama Borsan.

—Junto a él confluyen dos ríos y en el ángulo que forman se halla enclavada una granja, que pertenece a un individuo llamado Loda.

—Le conozco bien —repuso—. Es uno de los miembros... un leal.

—Cuando vuelva yo por aquí, volaré por encima de esa granja —le expliqué—. Si veo una hoguera encendida en uno de los campos, sabré que debo aterrizar para recoger un mensaje tuyo... o, aún mejor, para recogerte a ti misma. Si no descubro hoguera alguna, volaré sobre Amlot y te aseguro que la ciudad entera va a sufrir un trato terrorífico. De estar aún viva, enciendes una hoguera en la parte de la playa contigua a este edificio. Caso de que desees que bombardee el palacio y los cuarteles, enciendes dos hogueras. Caso de que no descubra hoguera alguna, entenderé que has perecido y bombardearé como a un infierno a los zanis.

—¿Qué es un infierno? —me preguntó.

—Algo corriente entre los hombres de la Tierra —repliqué, riendo—. Y ahora, me marcho. ¡Adiós, Zerka!

Rocé su mano con mis labios a la vez que salía.

—¡Adiós, Carson de Venus! —murmuró—. Me parece que tendrás que volver a bombardear a los zanis como a un infierno.

13. PELIGRO EN SANARA

Cuando partí hacia el mar, desde la playa fronteriza al palacio de la toganja Zerka, mi mente estaba poblada de emociones difíciles de describir. Mi amada Duare se hallaba en el mayor de los peligros, ya que podría verse condenada a morir por su propia mano, lo que sabía era capaz de hacer antes que casarse con Muso. Por otra parte, dejaba en Amlot a una excelente amiga que se hallaba en peligro parecido, y en la cárcel de la muerte se encontraba prisionero el padre de Duare.

Si existió mente humana realmente sobrecogida por supremas inquietudes, era la mía un ejemplar.

Así que me aparté de la costa, me empujó una buena brisa que cambió de pronto hacia el noroeste y me hizo navegar a buena marcha. Mientras se levantaba el viento, igual le ocurría al mar, hasta el punto de comenzar a dudar si mi frágil embarcación podría sobrevivir. El viento crecía en intensidad, y por momentos esperaba que el agitado océano me hiciese zozobrar. Lo frágil de mi barca constituía en parte una defensa para mantenerla a flote; pero siempre existía el peligro de alguna roca o arrecife en aquel mar que me era tan desconocido. Procuré mantenerme cerca de la costa para no correr el riesgo de pasar de largo ante mi pequeña isla, sin reconocerla. Pero al fin di con ella, y sin grandes dificultades alcancé la cuevecita a la que me condujera Lodas.

Entonces me asaltó la zozobra de cuál sería el estado de mi aeroplano. ¿Lo encontraría donde lo dejé? ¿Lo habrían descubierto algunos pescadores?

Mil pesimistas sugerencias cruzaron por mi mente de que hubiera desaparecido o estuviese inutilizado. Por fin, saqué mi barca y corrí por la isla hacia el lugar en que até el anotar. Lo descubrí, por último, destacándose en la penumbra de la noche e instantes después estaba a su lado. La reacción y la sensación de alivio me enervó un momento al comprobar que el aparato estaba tal y como yo lo dejé.

Desatando las cuerdas y arrojándolas al fondo del depósito posterior, lo arrastré hasta la pradera abierta que constituía la mayor parte de la isla. Instantes después me hallaba en el aire y en dirección a Sanara. Divisé luces en la granja de Lodas y aceleré la velocidad. Poco más tarde divisé a mi derecha las luces de Amlot. Luego, ya no descubrí signo alguno de vida hasta que los campamentos de los zanis surgieron bajo mis pies y, por último, atisé frente a mí el resplandor de las luces de Sanara. ¡Mi amada Duare estaba allí! Dentro de pocos minutos podría estrecharla entre mis brazos otra vez. Traté de dar mayor velocidad al motor y comprobé que era imposible por cuanto venía funcionando a toda marcha, desde que salió de Amlot, sin darme cuenta. Mi travesía había sido excelente. Salí del cuartel zani hacia el muelle a cosa de las veinte horas y serían en aquellos momentos las veintiséis. En seis horas amtorianas, equivalentes a cuatro terrestres había conseguido huir de Amlot y

recorrer diez millas marítimas volando hacia Sanara. La ventolera ayudó a que mi avión salvara tan pronto aquella gran distancia.

Me aproximé a Sanara con las luces del avión apagadas y a gran altura; luego maniobré sobre el campo de aterrizaje que ya había utilizado previamente. Conocía hasta los menores detalles de su topografía, ya que lo había reconocido muchas veces. Con mi motor silencioso pude aterrizar con la soltura de la caída de una hoja, dirigiéndome al hangar que había mandado construir Muso para mí. El campo de aterrizaje estaba desierto, y como era bastante tarde y transitaban pocos transeúntes por las calles, me pareció que nadie había descubierto mi arribada. Era precisamente lo que yo deseaba, ya que quería ver a Duare y Taman antes de hablar con nadie más.

Conservé mi gorra de aviador, a fin de ocultar el corte zani de mi cabello, con la esperanza de que nadie descubriera en mí rastro alguno zani. Marché en seguida hacia el palacio de Taman. Antes de llegar, vi el palacio de Muso en la avenida profusamente iluminada. A ambos lados de la avenida aguardaban pacientemente muchos lujosos gantores, y del interior del palacio llegaban melodiosas notas de música. Pude escuchar también murmullos de voces humanas. No cabía duda de que Muso estaba dando una fiesta.

Al detenerme ante el palacio del Taman, uno de los centinelas allí apostados avanzó hacia mí.

—¿Qué buscas aquí? —me preguntó.

Su actitud era normal, pues en cualquier parte del mundo hubiera hecho lo mismo con el nombre que se para ante la puerta de un palacio.

—Quiero entrar —le dije—. Soy Carson de Venus.

—¡Carson de Venus! —exclamó—. Creíamos que habías perecido. Muso hizo pública una alocución fúnebre en tu memoria. Debes ser un fantasma.

—No estoy muerto y quiero entrar para hablar con Taman.

—No están en el palacio.

—Pues, ¿dónde están?

—En la ciudad, por las calles—. Me miró con cierta zozobra al contestarme, o al menos tal me pareció.

—Entonces, voy a buscarles —le dije.

—Me parece que a Muso no le gustará verte —insinuó el centinela; pero yo di media vuelta y él no trató de detenerme.

Cuando me hallé frente al palacio de Muso me volvió a detener otro centinela. No podía creer que fuese yo Carson de Venus y parecía dispuesto a encarcelarme. No obstante, conseguí que llamasen a un oficial que me conocía perfectamente y me había demostrado simpatía; le había conducido varias veces en mi avión y éramos excelentes amigos. Al reconocerme, dio manifiestas muestras de inquietud.

—No te asustes —le dije cogiéndole del brazo—; ya me doy cuenta de lo que está

ocurriendo. ¿Llego a tiempo?

—Gracias a tu buena suerte, llegas a tiempo —repuso—. La noticia iba a hacerse pública esta noche a las veintisiete horas.

—¿Puedo entrar? —le pregunté por pura cortesía. Ya estaba dispuesto a matar a quien tratase de impedirlo.

—Seré el último que te ponga obstáculo —repuso—, aunque me cortaran la cabeza.

—Gracias —repliqué, a la vez que corría hacia la gran escalinata.

Pude divisar el corredor central, que daba acceso al gran trono. Allí se encontraba, rodeado de la aristocracia de Sanara. Ya sabía yo que cualquier cosa importante que ocurriera en el palacio, había de tener efecto allí. Así es que apresuré el paso por el pasillo. Destacando sobre la asamblea divisé a Muso que estaba de pie junto al trono y en actitud de hablar.

—Un jong —decía— debe escoger esposa ante los ojos de todo el mundo para que todos sepan a quién han de rendir el homenaje debido a su vadjong. Como que no tengo mujer ahora, he decidido escoger a una cuyo marido ofrendó su vida en holocausto de Korva y de mi propia persona. Es el mejor homenaje que puedo rendir a su memoria.

Me abrí paso a codazos entre la multitud, en medio de protestas, golpes e imprecaciones. Por fin, un oficial me cogió del hombro y me hizo virar en redondo a encararme con él. Cuando descubrió quién era, sus ojos se dilataron y, Muso, se dibujó en sus labios una ligera sonrisa a la vez que me daba un pequeño empujón hacia adelante. Cuando me hallé a suficiente distancia, vi a Duare sentada bajo un dosel, con la mirada perdida a lo lejos y erguida la cabeza. A su lado se hallaba sentado un fornido guarda del jong. Comprendí que por eso permanecía allí.

—Y ahora —dijo Muso—, ¿existe alguien que me que no puedo tomar a Duare por mujer, convirtiendo la janjong de Vepaja en reina de nuestro país?

—¡Sí que lo hay! —irrupí yo en voz alta, avanzando hacia él.

Duare desvió la mirada prestamente hacia mí; luego, antes de que los soldados pudieran evitarlo, saltó al suelo y se arrojó en mis brazos.

Muso se quedó con la boca abierta y los brazos colgantes, como quien ve visiones. Era aquélla una situación imprevista e inverosímil para él, presentándosele un problema de difícil solución. Finalmente, esbozó una forzada sonrisa.

—Te creía muerto —dijo—. Realmente éste es un instante feliz.

Le miré, pero no contesté nada. Reinaba un silencio de muerte en la estancia, que debió prolongarse un largo minuto, período extraordinario en semejantes circunstancias. Luego, alguien se dirigió a la puerta y todos los invitados comenzaron a salir como si constituyeran una procesión fúnebre. Sentí que una mano me apretaba el brazo y al volverme vi que era Taman. Jahara estaba a su lado. Parecía aterrada y a

la vez complacida.

—¡Vamos! —dijo él—. Mejor será que salgas inmediatamente de aquí.

Al llegar a la puerta volví la mirada hacia atrás. Muso continuaba de pie junto al trono; parecía una estatua. Salimos del palacio del jong y nos dirigimos al de Taman, sin perder ni un segundo hasta que nos encontramos sentados en el gabinete de Jahara.

—Tendrás que salir de Sanara en seguida —dijo Taman—. Esta noche, si es posible.

—No quiero salir de Sanara —repuse—. Al fin, Duare y yo hemos encontrado un lugar donde vivir tranquilos y felices. Nadie conseguirá sacarnos de aquí.

—Tú no puedes luchar contra el jong —advirtió—. Y hasta que Kord vuelva al trono, Muso es jong.

—Creo que sí podré luchar —repliqué—, y también que podré crear otro jong. Kord ha muerto.

—¿Que ha muerto Kord? ¿Cómo lo sabes?

—Vi como lo mataba Mephis. —Y entonces les relaté el asesinato del jong de Korva.

—¿Y quién es el nuevo jong? —preguntó Jahara—. ¿Quién va a serlo?

—Taman —repuse.

Taman hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Eso es imposible! Yo debo obediencia a Muso, si Kord ha muerto.

—¿Incluso si se pudiera demostrar que ha sido un traidor a su pueblo? —pregunté.

—No; entonces, claro que no. Pero Muso no ha traicionado a Korva.

—¿Cuántas altas jerarquías militares y altos funcionarios del Gobierno pensarían del mismo modo? —le pregunté.

—Todos menos unos pocos que obedecen a ciegas a Muso —repuso.

—¿A cuántos podrías reunir esta noche? —volví a preguntar.

—A veinte o treinta de los más importantes —me dijo.

—¿Podrás hacerlo? Te ruego que tengas confianza en mí. Todo será por el bien de Korva, el país del que quiero hacer mi verdadera patria.

Llamó a varios subalternos y les dio instrucciones; luego Taman, Jahara y Duare se acomodaron para escuchar el relato de mis aventuras en Amlot, mientras esperábamos la llegada de los convocados. No le dije a Duare que había hallado a su padre en la cárcel zani, hasta que nos encontramos solos a la mañana siguiente. Se mostró muy valerosa al recibir la noticia y confiaba en que yo conseguiría liberarlo.

Al fin, los personajes comenzaron a llegar. Había entre ellos generales, consejeros de Estado y nobles del reino; la flor y nata de la aristocracia de Korva que había conseguido escapar de las matanzas zanis. Nos reunimos en una gran sala de

audiencias y todos nos sentamos ante una ancha mesa que se trajo al efecto. Taman se acomodó a la cabecera de la mesa; como yo no tenía rango noble, me senté en el extremo más remoto. Así que estuvieron acomodados, Taman se levantó.

—Todos conocéis a Carson de Venus y sabéis lo que ha hecho por Sanara —comenzó—. Me ha rogado que os convocara a esta hora tan intempestiva, porque ha surgido un alto problema nacional. Yo tengo puesta mi confianza en él y he creído sus palabras. Pienso que debernos escucharlo. ¿Estáis todos de acuerdo?

Veinte cabezas hicieron un gesto afirmativo; entonces, Taman se volvió hacia mí.

—Ya puedes hablar, Carson de Venus —me dijo—; pero debes tener pruebas de lo que me has insinuado antes, ya que aunque eres mi amigo, mi primer deber es la lealtad con mi jong. No lo olvides, y empieza.

—Permitidme que formule una pregunta hipotética antes de revelaros mi información —comencé—. Si existieran pruebas irrefutables de que vuestro jong ha intentado conspirar con el enemigo para procurar la derrota de las fuerzas que defienden a Sanara y entregar la ciudad a los zanis, mediante un precio, ¿os juzgaríais relevados de vuestro juramento de lealtad hacia él y dispuestos a sustituirle por otra persona de sangre real en la que siempre tuvisteis la mayor confianza?

Muchos de los rostros de los presentes se ensombrecieron con expresión resentida.

—Estás haciendo una sugerencia muy grave —dijo uno de los generales.

—Me limito a formularos una pregunta hipotética —replicó—; aun no he acusado a nadie. ¿Tenéis inconveniente en contestar?

—No existe duda alguna respecto a mi conducta ante tal eventualidad —dijo el general—. Si surgiera una situación semejante, sería yo el primero en revolverme contra cualquier jong que cometiera una traición parecida; pero eso es algo que ningún jong de Korva sería capaz de hacer.

—¿Y qué opinan los demás? —insistí.

Sin excepción, todos coincidieron en la opinión del general.

—Pues entonces os diré que ha surgido tal situación —afirmé—. Acaso os sobresalten mis afirmaciones, pero quiero estar seguro de que me escucharéis hasta el final y examinaréis imparcialmente las pruebas que puedo ofrecer.

—Te garantizo que así será —intervino Tañían.

—Musos, exigiéndome el secreto, me envió a Amlot con un mensaje para Spehon, el general en jefe de Mephis. Me escogió a mí por dos razones; la una, porque creía que yo no sabía leer el amtoriano, y, por consiguiente, no conseguiría averiguar lo que decía el mensaje; y la otra, vosotros mismos podéis adivinarla por la escena que ha tenido efecto esta noche en palacio: deseaba a mi mujer; pero yo sé leer el amtoriano y cuando llegué a Amlot sentí sospechas, y leí el mensaje de Musos dirigido a Spehon. En él se ofrecía a abrir las puertas de Sanara a las tropas zanis, a cambio

del trono de Korva, y se comprometía a aceptar a Mephis como consejero suyo y premiar a los zanis. Asimismo sugirió que sería preferible que Carson de Venus pereciera en Amlot.

—¡Eso es una insidia! —gritó uno de los nobles—. Este hombre debe de estar loco para hacer semejante acusación, y le mueven sólo los celos al ver que Muso desea a su mujer.

—¡No puede ser cierto! —exclamó otro.

—¡Taman! —gritó un tercero—. ¡Te exijo que arrestes a este hombre!

—Estáis faltando a la palabra que me disteis —les recordé—. ¿Es esto lo que cabía esperar de los nobles de Korva? ¿Podéis juzgarme tan insensato para formular una acusación semejante sin pruebas evidentes que la confirmen? ¿Qué iba a ganar con ello? Yo mismo me firmarí la condena de muerte. La verdad es que estaría dispuesto a perecer en holocausto del único país de Amtor al que puedo llamar mi patria; aquel en el que tanto mi princesa como yo creemos poder cobijarnos para vivir felices entre amigos.

—Continúa —dijo el general, y perdona mi interferencia.

—¿Dónde están tus pruebas? —preguntó Taman.

—Aquí —repuse, a la vez que sacaba el mensaje de Muso, que llevaba en el bolsillo—: En este documento, escrito de puño y letra de Muso, confiesa su traición.

Entregué el sobre a Taman; lo abrió y lo leyó en silencio. Luego se lo entregó al que estaba a su derecha, y así fue circulando alrededor de la mesa. Cada uno de los presentes lo leyó atentamente. Todos quedaron silenciosos y cabizbajos, conservando tal actitud hasta que el último de ellos lo hubo leído y se lo devolvió a Taman. Fue el destacado general el que habló primero.

—No dudo de la buena fe de este hombre y en su creencia de la traición de Muso —dijo—. La prueba es suficiente para resquebrajar la confianza de todos nosotros. Además, él sabe que Muso quería que muriese y no puedo echarle en cara sus recelos; yo en su caso haría lo mismo. Pero él no ha nacido en Korva. En él no late la reverencia y lealtad hacia nuestros jongs, que es parte esencial de nuestra propia idiosincrasia. Para él, ese documento es prueba bastante; pero no para mí. Yo soy noble de Korva y el primer general de sus ejércitos; por eso tengo el deber de eliminar toda sospecha. Acaso este mensaje fuera un ardid para engañar a la tropa zanis con el fin de atraerlas a algún sector del frente y que Muso pudiese ordenar un ataque en la parte debilitada. Hubiera sido una excelente estrategia. En consecuencia, yo propongo que busquemos la evidencia de si realmente intentaba o no abrir las puertas al enemigo.

—Y ¿cómo vamos a conseguirlo? —preguntó Taman.

—Podemos pactar que el enemigo arroje tres cohetes azules ante las puertas principales de Sanara, durante tres noches sucesiva; luego esperaremos a ver lo que

hace Muso.

—Pero ¿cómo vamos a conseguir que acepte el enemigo? —preguntó otro.

—Encargando a Carson de Venus que arroje un mensaje sobre las líneas, comunicando que me gustaría parlamentar con ellos, a fin de saber si estaban de acuerdo en arrojar los tres cohetes azules.

—Es una idea excelente —intervino Taman.

—Pero al volver yo con vida, Muso puede sospechar —sugerí—; ya que ordenó prácticamente a Spehon que me matase.

—Dile que una vez hubiste entregado el mensaje, que te había entregado tuviste miedo y escapaste —propuso el general.

—Eso despertaría las sospechas de Muso —objetó Taman.

—Podría contarle la verdad —sugerí— y ésta es que la misma noche en que llegué a Amlot me robaron el mensaje. El propio hecho de haberme quedado allí tanto tiempo convencerá a Muso de que no tuve sospecha alguna de su contenido.

—Me parece que es la mejor fórmula —dijo el general—. Pero ¿por qué habías de quedarte tanto tiempo en Amlot, si podías escapar?

—Tenía varias razones para ello —repuse—. Sospechaba que Mintep, jong de Vepaja y padre de mi princesa, estaba prisionero allí. Además, quería recoger la mayor información posible para el alto mando de Sanara. Por último, había de tomar las medidas necesarias para facilitar mi escapatoria. Me convertí en un oficial de la guardia zani y, durante algún tiempo, actué como director interino de la Gap kum Rov.

—¿Y conseguiste alguna información?

—En abundancia —repuse—. Averigüé que está a punto de estallar una contrarrevolución y que los que la propugnan confiaban en restaurar a Kord en el trono.

—Dices confiaban —intervino un noble—. ¿Es que acaso han renunciado a tal idea?

—Kord ha muerto —dije.

Si hubiera arrojado una bomba entre ellos no habría producido mayor efecto. Se pusieron de pie unánimemente.

—¿Que Kord ha muerto?

—Ya habíamos oído ese rumor con anterioridad —gritó uno—; pero nunca ha sido confirmado.

—Yo mismo le vi morir.

Entonces tuve que volver a contar tan triste episodio.

Por fin, todos se dispusieron a marcharse; pero antes de que lo hicieran, yo les planteé otro problema.

—Quiero formularos una pregunta —dije—. ¿Quién va a proteger a mi princesa y

a mí contra la ira de Muso? Si no me equivoco, existen muchas probabilidades de que me asesinen, tan pronto como me asome a la calle.

—Es cierto —dijo el general.

—Debemos protegerle, general Varo —asintió Taman.

—Perfectamente —dijo Varo—. No conozco otro lugar más seguro para ello que éste en que se encuentra ahora, bajo la protección del hombre que tiene más derecho al trono de Korva después de Muso.

Las exclamaciones aprobatorias fueron unánimes; lo cual no me sorprendió, ya que Taman era el hombre más popular de Sanara. Permaneció un instante sentado con la cabeza inclinada y, por fin, la levantó para mirar a Varo. En su rostro se observaba un manifiesto esfuerzo para contener su emoción.

—Me gustaría poder estar de acuerdo con vosotros en ese punto; pero, desgraciadamente, no lo estoy. Tengo que confesar que juzgo mi palacio el lugar menos seguro para Carson de Venus y la janjong de Vepaja. Durante los diez últimos días, atentaron tres veces contra mi vida; dos utilizando veneno y una el puñal.

Aquella revelación conmovió a todos los nobles, los cuales guardaron profundo silencio un instante.

—¿Fueron arrestados esos granujas? —preguntó Varo—. ¿Sabes quiénes son?

—Sí —repuso Taman—. Sólo constituyen instrumentos de otra persona.

—¿Y no sabes quiénes puedan ser? —preguntó un noble.

—Sólo lo sospecho —repuso Taman—. Desdichadamente, mis guardias los mataron a los tres antes de que tuviera yo oportunidad de interrogarles.

—Entonces, acaso debería quedarme yo aquí para cooperar a la protección del futuro jong de Korva —objeté.

—No —repuso Taman—; aprecio en todo su valor la generosidad que te mueve, pero ya gozo de suficiente protección y tú tienes cosas más importantes que hacer.

—Puedes venir a mi palacio —terció Varo—. Te prometo que nadie te sacará de allí, aunque tenga que protegerte con todo el ejército de Sanara.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Muso me mandaría a buscar irremisiblemente —dije—. Si te negases a entregarme, recelaría algo, y todo nuestro plan podría desbaratarse. Creo tener otra solución.

—¿Cuál? —preguntó Taman.

—Que Varo prepare en seguida el mensaje para el enemigo. A la vez, yo escribiré mi informe a Muso. Deben designarse dos oficiales voluntarios para que cumplan misión tan azarosa. Deberán acompañarme. Tan pronto como el mensaje de Varo esté listo, Varo puede ordenarme que vaya a cumplir una misión especial. Me llevaré a la princesa y a los dos oficiales, arrojaré el mensaje sobre las líneas enemigas y permaneceré alejado de la ciudad hasta que podáis estar seguros de la inocencia de

Muso o de su culpabilidad. Cuando yo vuelva sobre Sanara, arrojad un globito, caso de que mi retorno no cuente con garantías de seguridad; arrojad dos, si debo volver otro día para consultarlo, y tres, caso de que pueda aterrizar libremente. Caso de que no pueda descender, porque así me lo aconsejéis, bajaría a los dos oficiales la misma noche en que recibiera vuestro aviso, y ahora me debéis prometer que, al hacerlo, podrá volver de nuevo a partir libremente.

—El plan es excelente —dijo Taman—. Escríbelo a fin de que no nos equivoquemos con las señales.

—¿Me permites que te pregunte cuál es la razón por la que deseas que te acompañen dos oficiales? —preguntó Varo.

—Uno de ellos habrá de acompañarme a Amlot para intentar libertar al jong de Vepaja, que está encarcelado en la Gap kum Rov; el otro debe quedarse con mi princesa, en mi aparato, mientras yo voy a Amlot.

—No creo que tenga dificultad alguna en conseguir estos voluntarios —dijo Varo—. Y ahora, si has de partir antes del amanecer, debemos ponernos a trabajar inmediatamente.

14. DE VUELTA A AMLOT

Una hora antes de amanecer abandonamos el palacio de Taman, Duare, los dos oficiales que se habían ofrecido voluntarios a acompañarnos, y yo. Me sentía inquieto y nervioso por Duare, ya que teníamos que salir del palacio ante las miradas de los guardias y pasar cerca del palacio de Muso. Aunque Varo nos había destinado una escolta respetable y ello nos daba garantías de seguridad, no por eso dejaba de mostrarme receloso. Iban diez gantores militares cargados de soldados, lo que me pareció una escolta de alta alcurnia. No obstante, dejé escapar un suspiro cuando nos vimos acomodados en el avión y maniobré para partir. Así que cruzamos por encima de las puertas de Sanara y nos hallamos en pleno campo, me sentí más feliz de lo que me había sentido hacía muchos días.

Otra vez era libre y tenía a Duare a mi lado.

Ulan y Legan, los dos oficiales, se sentaron en la cabina; Duare, a mi lado. Llevábamos un cesto de pequeñas bombas a cada lado. El avión iba más cargado que nunca; pero no tropecé con dificultad alguna para despegar y tampoco observé nada anormal en nuestro vuelo. Cuando lo construimos en Havatoo, calculamos que podría transportar un peso de mil quinientas libras; por eso estaba convencido de que no ocurriría novedad con el peso aproximado de una tonelada que transportaba ahora.

Volé lentamente hacia las líneas enemigas, haciendo tiempo para que se hiciera de día completamente. Ulan y Legan se mostraron excitadísimos, pues aquella era la primera vez que volaban. Duare y yo nos sentíamos dichosos de volver a estar juntos y conservábamos las manos entrelazadas, como unos tortolitos.

Confeccioné de prisa un pequeño paracaídas, antes de salir del palacio de Taman, utilizando un tejido muy ligero, hecho de la tela de un animal parecido al targo, aunque más pequeño; cierta araña gigantesca que habitaba en los árboles de una milla de altura que crecen en muchas partes de Amlot. En los tres ángulos de aquella tela cuadrada, até cuerdas y, con sus cabos, sujeté la carterita de cuero que encerraba el mensaje de Varo para el enemigo.

Amanecía cuando comenzamos a volar sobre el campo zani. Debió descubrirnos un centinela, pues escuché un grito, y, casi inmediatamente, vimos a algunos soldados que salían corriendo de las tiendas de campaña y se alineaban en el campo. Continué volando sobre ellos fuera del alcance de sus rayos r, hasta que se hizo de día por completo; luego, calculando la velocidad del viento, me alejé un poco a un lado del campo y arrojé el mensaje. El pequeño paracaídas se abrió inmediatamente y flotó, gracioso, hacia el campo militar. Pudimos ver miles de cabezas que miraban hacia arriba, observándonos. Debieron sospechar que se trataba de alguna otra máquina de destrucción, ya que cuando estaba cerca del suelo, se esparcieron como un rebaño asustado. Continué trazando círculos hasta que divisé a uno más valeroso que avanzó

hasta donde había caído el mensaje y lo recogió, echando a correr.

El viaje en busca de la isla fue fácil. Maniobré sobre la casa de Loda durante algún tiempo; pero sin descubrir rastro de hoguera alguna. Luego, descendimos y aterrizamos. En Amtor, excepto en las proximidades de las ciudades, abundan las zonas desérticas, al menos en la parte por mí visitada. Entre Sanara y la granja de Loda no vimos rastro de vida humana, excepto en los campamentos zani, los cuales, naturalmente, no constituían población fija. Pocos labradores tenían la audacia de Loda para situar una granja tan lejos de la zona habitada, siempre expuesta a los ataques de los crueles individuos que pululan por los bosques y llanos de Venus. Precisamente el hecho de verse tan poco concurrida aquella comarca desértica, hizo que la isleta fuese lugar seguro para ocultar el anotar, así como la pequeña embarcación que me había transportado desde Amlot y con la que confiaba llegar a la población zani.

Cuando nos adentramos en la isla, vi mi barca en el mismo sitio en que la había dejado, y quedó así desvanecida otra causa de zozobra. Ahora sólo me restaba esperar que llegara la noche a fin de intentar la liberación de Mintep. Le dije a Legan que se quedase con Duare, por si necesitase protección, dándole instrucciones a ella para que despegara con el avión si sobrevenía algún peligro. Duare era ya una excelente piloto. Me había acompañado en muchas de mis incursiones aéreas contra el enemigo y practicó tanto el despegue como el descenso en un pequeño lago que descubrí a unas cincuenta millas de Sanara. Asimismo, la enseñé a practicar ambas cosas en el campo de carreras de Sanara. Estaba ya capacitada para aterrizar en cualquier sitio que reuniera condiciones aceptables. Le entregué un plano de Amlot, marcando la posición del palacio y los cuarteles y le dije que, si no volvía a la isla al amanecer, volara en compañía de Legan hacia Amlot, vigilando atentamente por si divisaba mi barca y, caso de no divisarme, deberían volar sobre la ciudad para arrojar bombas sobre el palacio y los cuarteles, hasta que me vieran aparecer en el puerto. Estaba seguro de que me identificaría desde el aire, gracias a mi casco de aviador.

El recorrido desde Amlot a la isla me llevó tres horas amtorianas. Calculando ocho horas para todo el viaje, incluyendo el tiempo que podía necesitar para entrar en Gap kum Rov y libertar a Mintep, comprendí que debía salir de la isla hacia las veintinueve horas, con el fin de estar de vuelta al amanecer. Ante la eventualidad de que no volviéramos Ulan y yo nunca, Duare debería llevar a Legan a Sanara y, caso de que vieran que arrojaban tres globos, indicativos de que podían aterrizar sin reserva, debería hacerlo así. Comprendía yo que estaría más segura allí que en ninguna otra parte. Si las señales que se les hicieran fueran adversas, debería partir en busca de Vepaja; aunque eso casi sería suicida, pues los peligros que correrían, si iban a pie, eran tan numerosos y terribles que parecía difícil que sobrevivieran y, por otra parte, les resultaría imposible acercarse a Kooaad, su ciudad natal.

—No me imagino nada más terrible que no verte volver de Amlot —objetó Duare—. Caso de que no vuelvas, poco importa a donde me pueda dirigir; mi vida habrá acabado prácticamente. No me interesa vivir si no te tengo a ti, Carson.

Mientras Ulan y Legan estaban inspeccionando la barca, estreché a Duare entre mis brazos y la besé, prometiéndole que volvería.

—Sólo la vida de tu padre me puede decidir a ir a Amlot y arriesgar tu vida y la mía —le dije.

—Quisiera que no tuvieras que ir, Carson. ¡Qué extraña compensación, si el precio del trono llega a ser un día tu propia perdición! No sería justo, sino perverso.

—No me perderás nunca, amada mía —le aseguré—; a menos que tu padre se encargue de separarnos sin remisión.

—Ahora no podría conseguirlo. Aunque sea mi padre y mi jong; le desobedecería.

—La verdad es que temo que se va a mostrar un poco... desagradable, al informarse de todo —insinué—. Ya recordarás lo sobresaltada que te mostrabas sólo ante el pensamiento de que te hablase yo. Cuando te dije que te amaba, casi sentiste impulso de matarme, y realmente estabas convencida de que merecía la muerte. ¿Cuál crees que va a ser su reacción cuando se entere de que eres irrevocablemente mía? Querrá matarme.

—¿Y cuándo piensas decírselo? —me preguntó.

—Cuando le traiga aquí a la isla. Temo que haga zozobrar la barca si se lo digo en el mar.

Duare hizo un gesto de duda con la cabeza.

—No sé, no sé... —murmuró—. No puedo imaginarme cuál será su reacción. Es un jong altivo, muy pagado de las tradiciones de la familia real, pues se remontan a tiempos prehistóricos, y, además, no te conoce como yo, Carson. Si te conociera, se mostraría feliz de ver que su hija pertenece a un hombre como tú. Pero temo que sea capaz de condenarme a muerte. Aunque tú creas saber muchas cosas, ignoras los sortilegios y hermetismos que rodean a la sagrada persona de la hija de un jong. No existe nada en tu creencia que pueda ser tan sagrado y reverente.

—Sí que existe, Duare.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Tú.

—¡Tonto! —protestó riendo—; sí, un tonto delicioso y estoy convencida de que sientes lo que dices.

Declinaba el día y llegaba la noche. Mientras Ulan y Legan se entretenían pescando, nosotros nos dedicamos a encender una hoguera para asar lo que ellos pescaban y poco después pudimos saborear una cena deliciosa. Cuando se aproximó la hora que habíamos fijado, besé a Duare y me despedí de ella. Permaneció entre mis

brazos largo tiempo y adiviné que presentía que aquélla era la última vez que iba a verme. Por fin, embarcamos Ulan y yo. Corría una brisa excelente y nos deslizamos con dirección a Amlot.

Lo mismo que se rebusca en un bolsillo interior a fin de cerciorarse de que no se han perdido las entradas del teatro, igual hice yo en busca de la llave maestra de las celdas de la Prisión de la Muerte, de la cual mandé confeccionar un duplicado antes de salir de Amlot. Y tenía razón para hacerlo, ya que sin aquella llave sólo un milagro podía hacer que se abriera la celda de Mintep sin la ayuda de Torko; cosa esta última en la que no cabía confiar.

Hicimos el recorrido deseado y poco después de las tres entrábamos en el puerto de Amlot. Impelidos por el viento, nos acercamos a la pequeña y horrible isla en la que se alzaba el edificio de la Gap kum Rov. Cuando estuvimos más cerca de la costa recogí la vela para que su blancura no despertara la atención de algún centinela zani y remé suavemente bordeando aquellos muros amenazadores. Palpando cautelosamente las frías y húmedas losas, alcancé, por último, lo que buscaba: la abertura por la que arrojaban las cenizas de las cremaciones humanas a la bahía. Ni yo ni Ulan hablamos palabra alguna. Ya le había advertido previamente en la isla lo que teníamos que hacer y, por consiguiente, resultaba innecesario decir nada, salvo en el caso de surgir alguna eventualidad. Volví a cerciorarme de si conservaba la llave maestra en mi poder. Luego, cuando Ulan colocó la barca en posición adecuada, debajo de la boca del mencionado orificio, inserte en él la pértiga que había traído conmigo y empujé hacia arriba, apoyando el extremo inferior en la barca. Una vez hecho esto, comencé a trepar por la pértiga, metiéndome en el agujero. Las cenizas de innumerables cadáveres cayeron sobre mi cuerpo, agitadas por la pértiga y mis propios movimientos ascendentes.

Así que llegué al extremo de la pértiga, levanté la mano sobre mi cabeza. Con gran alivio, tropecé en seguida con la portezuela de la trampa, a poca distancia. Quedé inmóvil escuchando. Sólo llegaban a mis oídos las lamentaciones de los encarcelados. No se observaba alarma alguna. Al parecer, nadie nos había oído. Me alcé aún más y levanté la portezuela empleando la cabeza y los hombros, hasta que pude introducirme y caer en el suelo del gabinete crematorio. Instantes después me hallaba en pie.

Di unos pasos y llegué al corredor, débilmente iluminado. Sabía dónde se hallaba la celda de Mintep y me dirigí a ella sin titubear. Pasara lo que pasase, tenía que obrar rápida y sigilosamente. Apreté mi rostro contra las barras y miré dentro. Me pareció descubrir una forma humana en el fondo de la celda. Introduje la llave en la cerradura y la hice funcionar. La puerta giró en sus goznes. Avancé y me arrodillé junto a la figura humana, escuchando. Por su respiración comprendí que dormía. Le sacudí suavemente y al despertar le hice un signo de silencio.

—¿Eres Mintep? —le pregunté, temeroso de que hubiera perecido, substituyendo su cadáver por otro encarcelado.

El tiempo que había servido en aquella prisión me informó de lo rápidamente que desaparecía un encarcelado para ser substituido por otro. Contuve la respiración, esperando ansiosamente su respuesta. Al fin habló.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Poco importa eso —repuse, con cierta brusquedad—. ¿Eres Mintep?

—Sí —repuso.

—¡Pues sígueme de prisa! Duare te está esperando.

Mis palabras fueron suficientes. Se levantó convertido en otro hombre y me siguió con paso firme hacia el gabinete crematorio, aunque pude observar que vacilaba un poco al caminar. No fue cosa fácil hacerle descender por la pértiga, pues estaba demasiado débil; así es que casi tuve que llevarle yo a cuestas. Al fin, nos hallamos en la barca; descendí la pértiga, la coloqué en la embarcación y comenzamos a remar hacia la desembocadura del puerto, con la constante zozobra de que la blancura de la vela atrajera la atención desde la costa. De ocurrir así, nos hubiera alcanzado una canoa antes de que pudiéramos llegar a alta mar. Mas al fin la alcanzamos y entonces Ulan desplegó la vela.

De pronto, sentí la tentación de hacer una tontería. Ya en otra ocasión me detuve en mi fuga de Amlot para entrevistarme con Zerka. Parecía muy sencillo y carente de riesgo volverlo a hacer. Las condiciones de la marea y del viento eran favorables. ¿Por qué no intentarlo? Podía obtener una información valiosísima para mis amigos de Sanara. Les expliqué a Ulan y a Mintep lo que intentaba hacer. No eran ellos los que podían opinar sobre la cordura de mis propósitos. Era la primera vez que habíamos osado hablar, tan temerosos estábamos de que nos descubrieran, pero ahora el murmullo de las aguas apagaba nuestras voces.

—¿Quién eres? —preguntó Mintep.

—¿Te acuerdas del oficial de la prisión que te cantó una copla? —inquirí.

—Pero aquél era zani —observó Mintep.

—Un zani disfrazado para dar con tu paradero —le expliqué.

—Pero ¿quién eres? —insistió.

—Estuve prisionero algún tiempo en tu palacio de Kooaad —le dije—. Soy aquel extranjero que se llama Carson.

—¡Carson! —repitió—. Cuando Kamlot volvió a Kooaad me contó todo lo que habías hecho para proteger a mi hija Duare. ¿Y dices que ahora se encuentra a salvo y que me está esperando?

—Sí; dentro de dos o tres horas podrás verla.

—¿Y has hecho todo esto por mí? —preguntó.

—Por Duare —me limité a objetar.

No hizo ningún comentario por la rectificación. Seguimos navegando en silencio hasta que llegamos al palacio de Zerka; entonces, viré hacia la costa. ¡Qué acción tan estúpida! El palacio estaba más iluminado que cuando lo dejé; parecía reinar la quietud. Confié en hallar a Zerka a solas. Sólo quería cambiar con ella breves palabras.

—Quedaos en la barca —dije a Ulan—; y estáte preparado para partir al menor aviso.

Me dirigí al jardín cruzando las grandes puertas que daban acceso a la terraza. Me detuve y escuché, pero no pude oír nada; luego, silbé y volví a esperar. No tuve que aguardar mucho. Percibí ruido de pasos que venían corriendo, mas no procedían del interior de la casa, sino del jardín. Me volví a la luz de las ventanas del palacio y descubrí a una docena de guardias zanis que corrían hacia mí.

—¡Escapa, Ulan! —grité—. ¡Escapa, y lleva a Mintep adonde está Duare! ¡Te lo mando!

Mis perseguidores se abalanzaron sobre mí. Con el ruido de mis voces se abrieron las grandes puertas y vi muchos uniformes zanis congregados en el gran vestíbulo del palacio de la toganja Zerka. Cuando me reconocieron, me arrastraron al interior y se levantó un murmullo general.

15. TRÁGICO ERROR

No existe nada más desagradable que cometer un error trascendental y no poder acusarse más que a uno mismo. Cuando me vi arrastrado al interior del vestíbulo, me sentí consternado; más que consternado, me sentí aterrado, ya que comprendí que me aguardaba una muerte segura. Y no sólo la muerte..., pues recordé los últimos instantes de Narvon.

Tenía sobradas razones para mostrarme inquieto; además de los guardias y oficiales zanis, había dentro gran número de personajes del zanismo, incluso el propio Mephis y Spehon. A uno de los lados se hallaban Zerka y Mantar. Cuando Zerka me vio, apareció en sus ojos una expresión casi de angustia. Mantar movió la cabeza tristemente, como si dijera: “¡Desgraciado! ¿Por qué te has vuelto a meter en la trampa?”

—¿De modo que has vuelto? —se burló Mephis—. ¿No te parece un poco atolondrado, casi estúpido?

—Digamos infortunado, Mephis —repliqué—. Infortunado para ti.

—¿Y por qué infortunado para mí? —preguntó, casi enfurecido.

Observé que se ponía nervioso; ya sabía yo que siempre estaba temiendo algo.

—Infortunado, porque querrás matarme; pero si nos haces el menor daño, a mí, a la toganja Zerka o a Mantar..., morirás poco antes de amanecer.

—¿Te atreves a amenazarme? —rugió—. ¡Tú, un pordiosero! ¿Te atreves a amenazar al gran Mephis? ¡Llévao a la Gap kum Rov!... ¡Y a los otros también! ¡Que Torko haga con ellos lo que quiera! Deseo verlos sufrir y escuchar sus alaridos.

—¡Espera un momento, Mephis! —le advertí—. No quiero amenazarte inútilmente. Al advertirte lo que te advertí, me limitaba a presentar hechos. Sé perfectamente lo que me dijo; he dado órdenes que se cumplirán escrupulosamente si no salgo sano y salvo de Amlot antes de amanecer.

—¡Mientes! —vociferó. Me encogí de hombros.

—Yo, en tu caso, mandarí a que no nos torturasen ni se nos hiciera el menor daño, al menos hasta mañana a las tres... Y procura que esté lista una barca para que yo y mis amigos podamos partir tan pronto como nos pongáis en libertad.

—No pienso dejaros en libertad —dijo, aunque dio instrucciones de que no se nos hiciera mal alguno hasta nueva orden.

Y, en consecuencia, Zerka, Mantar y yo fuimos trasladados a la Gap kum Rov. No nos maltrataron y aun deshicieron las ligaduras que maniataban a Zerka y Mantar. Nos metieron a los tres en la misma celda del segundo piso, lo cual me sorprendió, ya que las celdas subterráneas se destinaban a los encarcelados más odiosos para Mephis.

—¿Por qué hiciste la locura de volver? —preguntó Zerka así que quedamos solos.

—Luego de haber arriesgado mi vida para salvarte —añadió Mantar, sonriendo.

—Es que quería entrevistarme con Zerka para averiguar si existe algún medio de que las fuerzas leales de Sanara cooperen con vosotros —les expliqué.

—Hubieran podido hacerlo; pero ahora no sabrán cómo. Necesitamos armas y podías haberlas traído en la nave aérea de que me hablaste.

—Aún puedo traerlas —aseguré.

—¿Es que te has vuelto loco? —me preguntó —¿No comprendes que a pesar de ese bluff que has inventado estamos irremisiblemente perdidos y que nos matarán hoy, probablemente, después de martirizarnos?

—No —repuse—; ya sé que pueden hacerlo, pero no lo harán. No dije una fanfarronada, sino lo que sentía. Pero explícame la razón de tu arresto y el de Mantar.

—Fue el remate de las crecientes sospechas que pesaban sobre nosotros —explicó Zerka—. Entre otras cosas, mi amistad contigo fue una de las causas. Cuando Horjan te delató y tú escapaste de la ciudad, investigó Spehon sobre todas tus relaciones, recordó tu amistad conmigo, la que tú tenías con Mantar, y que éste, a su vez, era amigo mío. Uno de los soldados de la patrulla que mandaba Mantar la noche en que te encontró y te dejó seguir tu marcha hacia el puerto, comunicó a Spehon que, de acuerdo con la descripción que tenía de ti, coincidías con el individuo con quien estuvo hablando Mantar. Luego, tal coincidencia le recordó mi amistad contigo y las últimas palabras de Narvon; las mismas que, según tú, insinuaban que yo era una de las que conspiraban con él contra los zanis. En conjunto, todo ello eran pruebas más que evidentes de las requeridas ordinariamente por los zanis. Pero Mephis no se acababa de convencer de que yo hubiera conspirado contra él. Es tan insensato que creía ciegamente en mi lealtad.

—Hasta hace poco me sentía desconcertado respecto a tus verdaderos sentimientos y tu lealtad —le dije—. Me aseguraban que Mephis te tenía en gran estima y que eras la autora del adulator saludo “¡Maltu Mephis!”, así como de la genial idea de que los ciudadanos se mantuvieran agachados, cabeza abajo, mientras aclamaban a Mephis y de que “La vida de nuestro Amado Mephis” se representase sin cesar en los teatros; sin olvidar las constantes molestias de que eran objeto los ciudadanos por parte de los guardias zanis.

Zerka se echó a reír.

—Te informaron muy bien —me dijo—. Yo fui la inspiradora de eso y otros planes para hacer odioso a Mephis y ponerlo en ridículo ante los súbditos de Amlot, a fin de aumentar el número de los contrarrevolucionarios. Tan egoístas y estultos son los jefes zanis, que caen en las más bajas formas de adulación, aunque no sean sinceras y les pongan en ridículo.

Mientras estábamos hablando, llegó Torko a nuestra celda. Cuando llegamos a la cárcel estaba ausente. Se presentó con aire temeroso, aunque adiviné que le encantaba

la idea de poder torturar a unos delincuentes tan destacados como nosotros. Antes de hablar, nos contempló un instante. Hacía tan exagerados esfuerzos para amedrentarnos que no pude reprimir un golpe de risa. Bueno; la verdad es que no me esforcé mucho en contenerme. Ya sabía yo cómo enfrentarme con gentes como Torko. Sabía, además, que fuera cual fuese nuestra actitud con él, cumpliría su horrible tarea en la primera ocasión que se le presentase.

—¿De qué te ríes? —me preguntó.

—Me estaba riendo antes de que llegases, Torko, y no sé por qué voy a cesar de hacerlo porque tú vengas.

—¿Te estás riendo de mí, granuja? —rugió—. Ya verás como no tendrás ganas de reírte cuando nos encontremos mañana en la Sala de Justicia.

—No me verás en la Sala de Justicia mañana por la mañana, Torko. E incluso, aunque me llevaran allí, tú no estarás presente, sino en alguna de estas celdas; y más tarde se te presentará la ocasión de probar personalmente los efectos de las máquinas de tortura que has inventado.

Zerka y Mantar no pudieron ocultar su asombro. La primera sonrió ligeramente, porque pensaba que yo estaba fingiendo de nuevo.

—Me están dando ganas de llevarte ahora mismo allí para soltarte la lengua y que me expliques el significado de esas palabras.

—No osarás hacerlo, Torko —le advertí—. Has de cumplir las órdenes que has recibido. Además, no tienes por qué recurrir a ese procedimiento; ahora mismo te voy a explicar el sentido de lo que acabo de decirte, sin que me tortures. Mephis va a encolerizarse contigo cuando le diga que me ofreciste ciertas licencias cuando yo estaba destinado aquí, a cambio de que te congraciase con la toganja Zerka. También le gustará saber que me permitías ir a pescar cuando quería y, de este modo, pude preparar mi fuga en barca. Aún hay algo más que va a ponerle furioso... La verdad es que no sé lo que va a hacer contigo cuando lo sepa.

Torko comenzó a mostrarse inquieto, pero reaccionó utilizando el mismo argumento que emplean hasta los más grandes estadistas de la Tierra cuando se sienten atrapados.

—¡Eso es un cúmulo de mentiras! —bramó.

—No lo creerá así Mephis cuando se informé de otra cosa, pues podrá comprobarlo en persona —objeté.

—¿Y cuál es esa otra mentira? —preguntó, dominado por la curiosidad y el miedo.

—¡Oh! ¡Sólo que fuiste tú el que abrió el calabozo de Mintep, rey de Vepaja, para que se escapase! —le dije.

—¡Eso es una infamia! —gritó.

—Pues tú mismo podrás cerciorarte de que ya no está en el calabozo. Si ha

desaparecido, ¿quién ha podido abrir su celda? Tú eres el único que tiene las llaves.

—Pero no ha desaparecido —protestó; aunque se volvió en redondo y echó a correr tan de prisa como pudo.

—Veo que te diviertes —comentó Mantar—. No creo que nos riamos tanto mañana...

—Al revés —objeté—; ése puede ser el rato más divertido.

—Ya me estoy riendo anticipadamente —dijo Zerka—. ¡Cómo va a enfurecerse Torko cuando vea que le has hecho bajar corriendo a los sótanos con ese ardid!

—¡Pero si no es un ardid! —dije—. Va a encontrar la puerta de la celda de Mintep abierta y éste habrá desaparecido.

—¿Cómo va a ser verdad eso? —preguntó Zerka.

—Porque yo mismo puse a Mintep en libertad y a estas horas se encuentra en lugar seguro.

—Pero, ¿cómo pudiste entrar en la Gap kum Rov y sacar al prisionero ante las propias narices de la guardia zani? —preguntó Zerka.

—Eso es inverosímil. Resulta imposible que hayas podido abrir la celda, aun en el supuesto de que consiguieras entrar en la cárcel, lo cual ya es absurdo.

No pude por menos de sonreír.

—Pues lo hice, y fue muy fácil.

—¿Te importaría mucho decirme cómo lo lograste? —me preguntó.

—¡Ni mucho menos! —repuse—. En primer lugar, conseguí un duplicado de la llave maestra de todas las cerraduras de la Gap kum Rov, mientras estaba de servicio allí. Anoche llegué en una barca al borde de la prisión y entré en ella por el vertedero que desaloja las cenizas del horno crematorio en la bahía. Por ese mismo camino me llevé a Mintep.

Mantar y Zerka movieron la cabeza asombrados. A muchos habitantes de Amlot les parecería imposible que un prisionero pudiese escapar de la Gap kum Rov, ya que la mayoría de ellos estaban convencidos de que ni un solo preso podría huir de allí.

—¿Y tenías una llave maestra de todas las cerraduras? —preguntó Mantar.

La saqué de mi bolsillo.

—Aquí está —dije—. Si nos hubiesen encerrado en los sótanos, hubiéramos podido escapar fácilmente, o por lo menos, alcanzar las aguas de la bahía; pero con un centinela que vigila constantemente en el piso de abajo, no hay muchas probabilidades de escapar.

—¿Pero no temes que te encuentren la llave encima?

—Sí; claro que sí. Pero, ¿cómo impedirlo? No tengo dónde esconderla. Como son tan estúpidos, es de esperar que no me cacheen. De todos modos, a menos que nos recluyan en los sótanos, no nos podrá servir de nada. Además, presiento que vamos a salir de aquí sin necesidad de la llave.

—Eres muy optimista —dijo Mantar—; pero no veo en qué puedes fundar tu optimismo.

—Espera que amanezca —le aconsejé.

—¡Escucha! —dijo Zerka.

En aquel momento oímos abajo la voz estentórea de Torko, dando órdenes. Los guardias corrían de un lado para otro. Estaban registrando la prisión y cuando llegaron a nuestro piso, entraron en cada celda y la revisaron concienzudamente, aunque fácilmente hubiera podido verse hasta el último rincón desde el corredor. Torko estaba pálido y demacrado. Tenía el aspecto de un hombre anonadado. Cuando llegó a nuestra celda, temblaba, a mi modo de ver, tanto de miedo como de rabia.

—¿Qué has hecho de él? —me preguntó.

—¿Yo? —repuse, fingiendo asombro—. Pero, ¿cómo podía yo introducirme en esta prisión inexpugnable, tan escrupulosamente vigilada por el gran Torko sin su propia complicidad? Mephis te va a formular la misma pregunta.

—¡Oye! —dijo Torko en voz baja, acercándoseme—. Me porté bien contigo mientras estuviste aquí. No me condenes a morir. No le digas a Mephis que Mintep escapó. Si no se lo dices, probablemente no lo sabrá nunca. Es posible que a estas horas ni se acuerde de que existe Mintep. Si no se lo dices te prometo no torturarte ni a ti ni a tus cómplices, al menos que se me obligue, y, en tal caso, lo haré tan suavemente como pueda.

—Si nos torturas, es seguro que se lo revelaré todo a Mephis —repuse.

Realmente Torko estaba en un verdadero aprieto; se rascó la cabeza y meditó un momento.

—Claro que no pudiste soltarlo tú; pero ¿cómo diantre has sabido que se escapó?

—Soy mago, Torko —repliqué—. Podría decirte incluso cosas que han de ocurrir. ¿Qué hora es?

Me miró con cierto temor al contestar:

—La una. ¿Por qué lo preguntas?

—Dentro de muy poco vas a escuchar un gran estruendo en dirección del palacio de Mephis —observé—; y, luego, comenzará a llover la muerte y la destrucción sobre los zanis cayendo del firmamento, por retenerme a mí y a mis amigos prisioneros en la Gap kum Rov. Cuando Mephis nos suelte cesará todo.

—¡Tonterías! —protestó Torko, y se fue a registrar otras celdas en busca de Mintep, jong de Vepaja, sin encontrarlo, naturalmente.

El tiempo transcurrió lento antes de que amaneciera por el este y la luz comenzase a penetrar a través de las sucias ventanas de la Gap kum Rov. Me sentía impaciente por escuchar la detonación de la primera bomba. Llegaron las dos y luego las tres sin que ocurriera nada. ¿A qué podría ser debido? ¿Sería que le habría ocurrido alguna calamidad a Duare? Por mi imaginación cruzaron mil conjeturas

terribles. Lo más verosímil era que hubiera sufrido un accidente al despegar. Aún estaba cavilando, cuando se presentó Torko con algunos guardias y nos trasladaron a la Sala de Justicia. Allí se encontraban Mephis, Spehon y otros altos dignatarios del zanismo. Se nos alineó ante ellos. Nos contemplaban como ogros de un cuento de hadas.

—Ya son las tres —dijo Mephis—. He estado esperando y, por haberme hecho aguardar, vais a pasarlo peor. Si alguno de vosotros aspiráis a cierta clemencia tendréis que delatar a todos vuestros cómplices en el villano complot tramado para trastornar el Estado, Torko, ocúpate primero de la mujer. La haremos hablar; y a vosotros os tocará el turno después. Quítale eso de la cabeza, Torko —añadió señalándome a mí.

Miré a Torko, mientras me arrebatava el casco de aviador y lo arrojaba a un rincón. Le corría el sudor por la frente, aunque no hacía calor.

—No te olvides, Torko —susurré.

—¡Ten compasión! —me suplicó—. He de obedecer las órdenes.

Colocaron a Zerka sobre una odiosa máquina de tortura, destinada a aplastarla lentamente, pulgada tras pulgada y comenzando por los dedos de los pies. Trajeron luego una vasija que contenía metal fundido y lo vertieron sobre la mesa que se hallaba contigua. No era difícil adivinar lo que intentaban hacer y volví la cabeza, ya que no podía mirar tan horribles preparativos.

—¿Estás dispuesta a confesar? —preguntó Mephis.

—¡No! —repuso Zerka con voz firme.

—¿No tienes nada que decir? —volvió a interrogar.

—Sí, eso; me uní al Partido Zani porque supe que habías torturado y asesinado a mi marido. Me uní a vosotros para minar vuestro poderío y, además, movida por otra finalidad más elevada: matarte.

Mephis se echó a reír.

—Y así es como vas a conseguirlo, ¿eh? —se burló.

—No, así no. Ni con el medio que había ideado; pero sí con el único que me quedaba —repuso Zerka.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Mephis.

—Quiero decir que he vengado a mi marido, aunque tú no lo sepas. Ya es hora de que te informes. Antes de que llegue un nuevo día, estarás muerto.

—¿Quieres explicarme cómo voy a morir en manos de una mujer muerta? —se burló Mephis.

—Anoche cenaste en mi casa, Mephis. ¿Te acuerdas? Pues los alimentos estaban envenenados. Lo tenía todo preparado para no darte el gusto de verme morir cuando me cogieran. Anoche se me presentó la magnífica oportunidad que estaba aguardando. En cualquier momento, ahora mismo, puedes morir... Desde luego, antes

de que amanezca.

El rostro de Mephis se puso intensamente pálido. Trató de hablar, pero a sus blancos labios no acudieron las palabras. Se levantó y señaló a Torko, intentando darle orden de torturarla. Torko me miró y se puso a temblar. Los otros zanis contemplaban a Mephis. De pronto, muy cerca, sonó un estruendo que sacudió los muros de la Gap kum Rov. Duare había llegado al fin; pero estaba bombardeando la cárcel en vez del palacio. Debió de tomar un edificio por otro.

—¡Ya te lo había avisado! —grité—. La ciudad quedará destruida si no nos pones inmediatamente en libertad y nos proporcionas una barca.

—¡Eso, nunca! —rugió Mephis—. ¡Mátalos a los tres! —ordenó a Torko.

Pero lanzó un gemido, se le agarrotó la garganta y se desplomó sobre el banco.

Los zanis se abalanzaron hacia él y le rodearon. Otra bomba estalló tan cerca que no cabía duda de que había dado en el edificio. Todos fuimos derribados al suelo. Spehon fue el primero en levantarse.

—¡Mephis está muerto! —gritó—. ¡Spehon es el jefe de Korva!

—¡Maltu Spehon! —clamaron los reunidos.

Una nueva bomba estalló en la parte trasera del edificio y de nuevo fuimos abatidos al suelo.

—¡Sacadlos de aquí! —gritó Spehon—. Que se les proporcione una barca. ¡De prisa! Nos vimos libres en seguida; pero no seguros. Las bombas estallaban a nuestro alrededor. Divisé al anotar maniobrando como un gran pájaro de presa, aunque para mí era un ave amorosa. Se nos llevó a una parte más segura de la bahía y se nos proporcionó una barca, una bella barca de pesca, de buen tamaño, provista de dos velas, y nos ayudaron a subir con presteza. Nos hicimos pronto a la mar, dirigiéndonos hacia la entrada del puerto. Mientras avanzábamos lentamente, divisé al anotar que descendía en graciosa espiral sobre nosotros. Duare quería asegurarse de que era yo; pero no descendió lo suficiente para ponerse al alcance de los rayos T, ya que así se lo había advertido. Maniobró un poco en las alturas y luego se alejó de nuevo hacia la ciudad. No comprendí por qué no nos seguía hacia alta mar para recogerlos. Estábamos ya en el centro del puerto, cuando escuchamos el estallido de otra bomba. Cinco más cayeron rápidamente. Entonces adiviné lo que ocurría. Duare no me había reconocido. Debía esperar lógicamente ver a un hombre solo en la barca, ostentando un casco de aviador, y en su lugar vio a dos hombres y a una mujer, luciendo los dos hombres el peinado zani. Expliqué a Zerka y Mantar la situación en breves palabras. Realmente era casi desesperada. No podíamos volver a la costa porque los zanis estarían furiosos al ver que continuaba el bombardeo, después de haberles prometido que cesaría si nos ponían en libertad. Si nos quedábamos rondando por el puerto, con la esperanza de que Duare volviera a volar sobre nosotros ofreciéndome la oportunidad de hacerle señales, era seguro que los zanis mandarían

una canoa para apresarnos.

—Acaso vuelva Duare a dar otra vuelta por el puerto —sugerí—. ¿Y si nos alejáramos hasta ponernos fuera de la vista de ciudad, esperando un rato?

Ambos reconocieron lo prudente de mi sugerencia, y, en consecuencia, dirigí la barca hasta bien fuera de la entrada del puerto, deteniéndonos en un lugar oculto a las miradas de la costa. Desde allí podíamos vigilar los movimientos del anotar sobre Amlot y, de vez en cuando, escuchábamos los estallidos de las bombas. Al atardecer vimos como volvía el avión en dirección norte, hacia Sanara, y al cabo de pocos minutos desapareció.

16. DESESPERACIÓN

Durante breves minutos me sentí sumido en franca desesperación; pero luego pensé en el gabinete de torturas y cuan peor nos podían haber ido las cosas, especialmente en lo que se refería a Zerka y Mantar. De no haberme yo detenido en su palacio la noche anterior, ambos hubieran perecido. Los dos debían estar pensando como yo, pues se mostraban muy alegres y felices, aunque nuestra situación estaba muy lejos de ser envidiable. Estábamos sin alimentos, agua ni armas y nos encontrábamos en una frágil embarcación cerca de una costa enemiga. Sanara se hallaba a quinientas millas de distancia y probablemente en manos de otro enemigo. Pero, lo que era peor para mí, Duare veíase amenazada de semejantes peligros y no se atrevería a volver a Sanara hasta estar segura de que había sido destronado Muso. Pero ¿qué haría, caso de que no resultase destronado? Además, estaría obsesionada por el pensamiento de que yo había perecido. En este aspecto mi situación era mejor; estaba seguro de que ella vivía. Desde luego contaba con su padre; pero sabía yo bien que ello sería una exigua compensación para la pérdida del hombre a quien amaba, y su padre no estaba en condiciones de protegerla tan bien como yo. De hallarse en su propio reino, su protección hubiera sido segura, contando con sus soldados y los leales súbditos que le rodeaban; yo tuve que custodiar a Duare en condiciones muy diferentes. Tenía que reconocer que no siempre había conseguido hacerlo a la perfección; pero, a fin de cuentas, siempre había salido airoso.

Cuando desapareció el anotar a lo lejos, dirigí la barca hacia la costa, de nuevo en dirección a Sanara.

—¿Dónde vamos? —preguntó Zerka.

Se lo expliqué y ella se mostró conforme.

—Te lo pregunté por curiosidad. Sea cual sea tu decisión me parecerá excelente. Gracias a ti vivimos aún y no podemos pedir nada más.

—Acaso es indiferente lo que hagamos —objeté—. Casi hubiera resultado imposible viajar siete personas en el anotar.

Estuvimos bordeando la costa toda la noche, impelidos por una fresca brisa; y cuando llegó la mañana me acerqué más para ver si podíamos hacer provisión de agua dulce. Al fin vimos un riachuelo que vertía sus aguas por un bajo arrecife y dirigí la embarcación hacia una pequeña playa de arena amarilla que la resaca iba acumulando poco a poco. Todos sufríamos sed, única razón que podía persuadirme a desembarcar en sitio semejante. Por fortuna pudimos arribar bien y sujeté la barca mientras Zerka y Mantar saciaban su sed; luego hice yo lo mismo. Como no disponíamos de ningún recipiente para hacer provisión de agua, partimos en seguida para ver si podíamos hallar un sitio más propicio donde poder acomodarnos mejor. A cosa del mediodía, encontramos el lugar apetecido; una cuevecita en la que

desembocaba un manantial de agua dulce, creciendo por los alrededores gran variedad de árboles y plantas. Entre éstas había unos arbustos de cerca de un pie de diámetro y fuertes raíces; arrancamos uno de tales arbustos y luego de encender fuego, quemamos una de las partes cortadas. Era nudosa y rematada por una cavidad que formaba un grueso diafragma. Después de laboriosos esfuerzos, conseguimos disponer de un recipiente de unos tres pies de alto y uno de diámetro, en el que podíamos transportar agua dulce. Obtuvimos tal éxito en nuestro primer esfuerzo que confeccionamos tres más.

En el bosque hallamos nueces y frutas; ahora lo único que nos faltaba eran armas. Si hubiéramos dispuesto de un cuchillo habríamos conseguido lo que deseábamos, haciendo arcos, flechas y lanzas con el empleo de la madera dura que nos proporcionaba cierta clase de planta parecida al bambú. Mantar y yo tratamos de tan importante asunto. Comprendíamos que de vernos obligados a permanecer en la costa durante algún tiempo habíamos de necesitar armas, especialmente si aspirábamos a comer carne. Registramos la playa juntos y finalmente hallamos varios fragmentos de piedras y conchas de afilado borde. Con tan modestos utensilios decidimos acampar allí hasta que consiguiéramos confeccionar alguna suerte de armas.

No quiero hacer fatigoso el relato dando detalles de los métodos que utilizamos. Baste decir que nuestra técnica fue totalmente primitiva, pero empleando fuego y las rústicas herramientas antes mencionadas, conseguimos confeccionar lanzas, arcos, flechas y agudos cuchillos de madera. Improvisamos asimismo dos largos arpones para dedicarlos a la pesca; luego, bien provistos de agua dulce, nueces y tubérculos, partimos de nuevo hacia nuestro largo viaje en busca de Sanara.

La fortuna nos favorecía; el viento nos fue propicio, y aunque hubimos de sufrir algunas adversidades en el camino, el mar no se nos mostró demasiado hostil. Ello constituyó una gran suerte, pues deseábamos permanecer alejados de la costa. A menudo nos vimos obligados a navegar cerca de ella y en tales ocasiones pudimos divisar diversos animales salvajes. Ningún monstruo marino nos atacó. Realmente, sólo descubrimos a un par de ellos que podían haber sido peligrosos, pero nos mantuvimos alejados. Gracias a nuestros arpones, pudimos variar nuestras comidas de nueces y tubérculos, substituyéndolos por excelente pescado que trasladábamos a la costa y asábamos con la mayor rapidez que nos era posible.

De no haber estado yo constantemente preocupado por el pensamiento de Duare y sus posibles infortunios, hubiera disfrutado mucho con esta aventura; pero, dada mi situación moral, sentíame impaciente ante cualquier tardanza, incluso la que implicaba la obtención de alimentos, su condimentación y el aprovisionamiento de aguas.

En la sexta noche de nuestra travesía, navegábamos lentamente a lo largo de una costa baja, cuando divisé claramente en el nocturno horizonte el resplandor de un

cohete azul que destacaba en la más oscura superficie de la capa de nubes. Instantes después se vio seguido de otro y luego otro más. El enemigo había caído en el lazo que había de desenmascarar a Muso. No sabía yo si aquélla sería la primera, la segunda o la tercera noche. Podíamos haber estado demasiado lejos para ver los anteriores. Las cosa no podía implicar gran trascendencia, puesto que ello significaría tener que esperar dos días más antes de poder alcanzar la costa de Sanara.

A la siguiente noche nos pusimos a vigilar para ver si se repetían los cohetes, cuya finalidad ya le había explicado a Zerka y Mantar; pero nuestra vigilancia no se vio recompensada y yo llegué a la conclusión de que los cohetes de la noche anterior habían concretado la serie de las tres noches consecutivas y que, en aquella última, Muso caería en la trampa que yo le preparara. ¡Cuánto me hubiera gustado haber podido estar allí para presenciar el acontecimiento!

Siguió un período de tormentas. Al otro día nos vimos precipitados hacia la costa, impelidos por un viento de velocidad casi huracanada. Conseguimos alcanzar la protección de una bahía y echamos allí el ancla, a salvo de la tormenta y del peligro de los animales salvajes y de la crueldad de los hombres. La tormenta nos castigó durante tres días. ¡Y pensar que Sanara se encontraba sólo a un día de navegación! El retardo me volvía loco; pero nada podíamos hacer para remediarlo. Los hombres crean obstáculos que pueden vencerse, pero no ocurre lo mismo con los que interponen los elementos naturales. Durante nuestra forzosa espera, estuvimos vacilando sobre cómo podríamos entrar en Sanara deslizándonos a través de las líneas zanis que cercaban la ciudad, y todos estuvimos de acuerdo que resultaba bastante difícil, pues teníamos que evitar caer de nuevo en manos de los zanis. Nos enfrentábamos así ante un obstáculo interpuesto por los hombres, tan difícil de soslayar como los que los elementos presentaban a nuestro paso. La situación era embarazosa; no obstante, teníamos que seguir adelante con la esperanza de alguna circunstancia fortuita que resolviera nuestras dificultades.

En la tarde del tercer día, la tormenta amainó repentinamente, y, aunque la mar era todavía gruesa, partimos de nuestro pequeño puerto en dirección a Sanara. Acaso fuese una decisión temeraria, pero sentíame impelido por la obligada demora y mi ansiedad por reunirme con Duare, cosa que me había vuelto temerario. El mar era como un gran ejército gris que arrojara contra la costa un batallón tras otro, y nosotros parecíamos indefensos argonautas, a merced del Destino.

Por fin llegamos sin percances y, al amanecer, nos encontramos frente a la desembocadura del río, lugar en el que se levanta Sanara a pocas millas de la costa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Zerka.

Moví la cabeza con un gesto de desesperación.

—¡Roguemos que nos proteja el Hada Fortuna! —repuse.

—El único plan que se me ocurre con visos de éxito —terció Mantar— es

infiltrarme yo en las líneas zanis durante la noche y solicitar la entrada en la ciudad. Me conocen muchos nobles y altos funcionarios. Estoy seguro de que aceptarían y me creerían y contaría con la debida protección, incluso en el caso de que Muso siguiera siendo jong. Una vez dentro de la ciudad, no sería difícil arreglar las cosas para que pudieses huir con tu princesa y Zerka.

—Caso de que se encuentre allí —rectifiqué—. Si Muso continúa siendo jong no estará en la ciudad.

—Eso es lo que hemos de averiguar —repuso.

—Pero ¿y Zerka? —pregunté—. Si tú estás en la ciudad y Muso es jong, yo no puedo entrar. ¿Cómo vamos a conseguir que entre Zerka?

—Ya estoy contenta a tu lado, Carson. Esto no tiene que preocuparte —terció Zerka.

—De todos modos, no podemos hacer nada hasta que anochezca —observé—. Así es que tendremos que ir rondando por aquí y puede que mientras tanto se nos ocurra un plan mejor que el de Mantar, el cual no me agrada demasiado porque implica riesgos para él.

Resultó muy monótono tener que estar rondando por el mar; la tentación era grande, al vernos tan cerca del objetivo que perseguíamos y tan lejos de poderlo lograr. El mar había amainado, pero así y todo la barca veíase alzada en altas crestas y sumida en profundos abismos. Los peces pululaban a nuestro alrededor en gran profusión y, de vez en cuando, algún gran monstruo surgido de las profundidades cruzaba cerca de nosotros como un gran gigante submarino y daba la impresión de que, a su paso, iba engulléndose las criaturas inferiores. A cosa de las ocho, Zerka dejó escapar una exclamación y señaló hacia la ciudad; dirigí hacia allí la mirada y descubrí el anotar que volaba sobre Sanara. Era evidente que acababa de salir de la ciudad, y esto sólo podía significar una cosa; mejor dicho, dos: primero, que Duare vivía; segundo, que Muso ya no gobernaba como jong. Nadie que no fuese Duare podía volar en el avión, y no habría estado en Sanara si Muso rigiera todavía sus destinos.

Mientras lo contemplábamos, vimos cómo se dirigía hacia nosotros y nos dispusimos a atraer la atención de Duare. Recogí la vela, a fin de que no obstaculizara nuestros esfuerzos y luego puse uno de nuestros improvisados recipientes de agua sobre el extremo de un arpón. Al acercarse el avión, Mantar y yo comenzamos a agitar tan primitivo sistema de señales.

Desde que saliera Duare de la ciudad, voló en sentido ascendente y había ya conseguido considerable altura al cruzar sobre nosotros. Debimos parecer un objeto muy pequeño ante sus ojos. Acaso ni siquiera nos veía. Desde luego, no hizo indicación alguna de habernos visto. No adiviné lo que la inducía a volar de nuevo sobre el océano y esperé que la suerte nos favoreciera si descendía un poco más y

podíamos hacernos visibles con nuestras señales. Pero continuó su camino hacia el Sur. Contemplamos silenciosos su marcha hasta que el avión se convirtió en un pequeño punto perdido en la lejanía.

Me sentía acongojado al adivinar lo que ocurría. Duare me creía muerto y volaba hacia Vepaja con su padre. Ya no volvería a verla. ¿Cómo iba yo a llegar a Vepaja? ¿Y de qué me serviría si lo lograba? Mintep me mandaría matar antes de que pudiera ver de nuevo a Duare. Me sentí anonadado mientras continuaba sentado y con la mirada perdida en el océano, donde se alejaba mi amor. Debía representar la imagen viva de la desesperación. Zerka apoyó su mano sobre la mía. Fue un gesto de simpatía y amistad mucho más elocuente que las mejores palabras.

De pronto, desplegué velas y de nuevo dirigí la barca hacia la costa, con manifiesto propósito de entrar por la desembocadura del río.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Mantar.

—Deslizarme entre las líneas zanis para penetrar en la ciudad —repuse.

—¿Te has vuelto loco? —inquirió—. Por la noche podrías conseguirlo mucho mejor; pero a la luz del día te va a ser muy difícil. Te arrestarán, incluso, aunque nadie te reconozca, te enviarán a Amlot, donde eres sobradamente conocido.

—Consiga o no mi propósito, no volveré a Amlot —dije.

—Estás desesperado, Carson —intervino Zerka—. No pongas en peligro tu vida tan inútilmente. Aún puedes ser feliz. Incluso cabe la posibilidad de que tu princesa vuelva de Vepaja.

—No —contesté—; una vez llegue allí no se le permitirá abandonar la ciudad. —Acerqué la barca a la orilla del río y salté a tierra—. Quédate rondando por aquí —instruí a Mantar—. Ya tendrás noticias mías si me es posible. Vigila la ciudad y si observas que se lanzan globos por el día o cohetes por la noche, comprenderás que conseguí infiltrarme y que ya se ha preparado el plan para haceros entrar a ti y a Zerka en la población. ¡Adiós!

Antes de desembarcar, remonté el río un buen trecho; y como no se hallaba muy lejos la ciudad continué el camino a pie. No me preocupé mucho en ocultarme; seguí la marcha audazmente. Aunque debía hallarme muy cerca de las líneas zanis, no descubrí signo alguno de tropas ni máquinas de guerra. Llegué al fin al lugar en que los zanis habían estado acampados durante muchos meses. Observé en el suelo las huellas peculiares de un campo de batalla. Se veían algunos cadáveres en el mismo lugar en que perecieron, pero ningún ser humano desde donde me hallaba hasta la ciudad. Se había levantado el sitio y los zanis se habían marchado.

Volví sobre mis pasos, casi corriendo, en dirección al río. Mantar y Zerka se alejaban lentamente hacia el océano. Les grité haciéndoles señas para que volvieran, y así que estuvieron a suficiente distancia, les dije que los zanis se habían marchado y el camino estaba expedito para llegar a la ciudad. Apenas si podían creer lo que les

decía, y cuando me encontré de nuevo en la barca seguimos la marcha por el río en dirección a Sanara. A cosa de un cuarto de milla de la ciudad desembarcamos y avanzamos a pie hasta la puerta más cercana. Desde las murallas observábamos algunos guerreros, con manifiesta sorpresa, ya que Mantar y yo lucíamos aún el peinado y atavío zanis.

Cuando estuvimos más cerca de la puerta, Mantar y yo hicimos señales de paz, y al detenernos ante la entrada, nos gritó un oficial:

—¡Eh, zanis! ¿Qué buscáis en Sanara? ¿Es que queréis que se os fusile por traidores?

—No somos zanis. Queremos hablar con Taman.

—¡Que no sois zanis! —gritó, echándose a reír—. ¡Vaya que no! ¿Es que pensáis que en Sanara no conocemos a los zanis sólo con verlos?

—Soy Carson de Venus —le expliqué—. Comunícale a Taman que estoy aquí.

Ante tal revelación abandonó la muralla y poco después giró la puerta y compareció seguido de algunos guerreros, a fin de observarme de cerca. Al hacerlo me reconoció y yo a él. Era uno de los oficiales que me había acompañado en alguno de mis vuelos de bombardeo sobre el campo enemigo. Le presenté a Zerka y Mantar y nos invitó a entrar en la ciudad, manifestando su deseo de escoltarnos personalmente hasta llegar a presencia de Taman.

—Quiero hacerte una pregunta antes de entrar en Sanara —le dije.

—¿Cuál es? —inquirió.

—Muso, ¿es jong todavía?

Sonrió antes de responder.

—Comprendo que quieras saberlo, pero puedo afirmarte que Muso ya no es jong. El Alto Consejo depuso a Muso colocando a Taman en su lugar.

Entré en la ciudad de Sanara con una sensación de alivio, después de todas aquellas semanas de peligros e incertidumbres, durante las cuales nunca hallé en tan extraño planeta lugar seguro para vivir en paz; ni en Kooaad, donde hasta mis mejores amigos se hubieran encontrado en el deber de matarme por haberme atrevido a amar a su princesa y ser correspondido por ella; ni en Kapdor, la ciudad thorista de Noobol, condenado a perecer en el Cuarto de las Siete Puertas, de donde nadie consigue escapar vivo; ni en Kormor, la ciudad de la Muerte, donde reinaba Skor, en la que conseguí raptar a Duare y Nalte ante las propias narices del tirano y sus secuaces; ni en Havatoo, la utópica ciudad emplazada en la orilla del Río de los Muertos, donde pude rescatar a Duare, arrebatándola de la muerte a que la condenaba una manifiesta injusticia; ni en Amlot, donde los incondicionales de Spehon me hubieran despedazado con horribles tormentos. Sólo quedaba Sanara, y de haber continuado Muso, siendo jong, me habría visto condenado a continuar errante en mi soledad.

Al fin hallaba la ciudad que podía considerar propia, donde poder crear un hogar y vivir pacífico y contento, pero aquello sólo implicaba un alivio, no un consuelo. Duare no se encontraba allí para participar de mi dicha. Por eso entré en Sanara tristemente, y acomodados sobre un gran gantor con aparejo militar, fuimos escoltados a través de las avenidas, en dirección a palacio de Taman. No estaba de más la escolta, ya que la gente que nos veía pasar nos tomaba por prisioneros zanis y nos hubieran despachado muy a su gusto de no habernos visto protegidos por los soldados. La multitud nos siguió hasta el propio palacio del jong, vociferando e injuriándonos. El oficial que nos escoltaba trataba de explicarles que no éramos zanis; pero su voz quedaba ahogada por el tumulto.

17. CUARENTA MINUTOS

Cuando le comunicaron a Taman que yo había vuelto a Sanara, nos hizo llevar a su presencia sin dilación. Ya había conocido a la toganja Zerka en Amlot, y cuando le hicimos el relato de nuestras andanzas afirmó que tanto ella como Mantar serían recompensados por la peligrosa labor realizada en la sede del zanismo. A mí me confirió nobleza, prometiéndome palacios y tierras también, tan pronto como la sede del Gobierno quedara restablecida en Amlot. Cuando se informó de la actitud de los habitantes de Sanara a causa de nuestro aspecto externo, ordenó que nos proporcionasen pelucas negras para Mantar y para mí, así como nuevas prendas de vestir; luego confió a Zerka y Mantar a algunos miembros de su servidumbre y me invitó a mí a ir a saludar a Jahara, la reina. Comprendí que deseaba hablarme en privado, para decirme algo sobre Duare, extremo más trascendental para mí, y del que no habíamos hablado. La princesita Nna se hallaba con su madre cuando entramos en la habitación de la reina y ambas nos dieron la bienvenida con gran cordialidad y pruebas amistosas. Afortunadamente para Nna, veíase libre de las ridículas costumbres predominantes en Vepaja que habían convertido a Duare en virtual prisionera en los confines de sus habitaciones palaciegas. La princesita se mezclaba libremente con los otros miembros de la Corte, al igual que el resto de la real familia. Era una joven de dulce carácter y constituía el orgullo de Taman y de Jahara.

Poco después de despedirnos, entró una dama de honor y se llevó a Nna; no había de volverla a ver hasta luego de un azaroso episodio lleno de peligros.

Tan pronto como Taman, Jahara y yo quedamos solos, me volví hacia el primero.

—¿Qué sabes de Duare? —le pregunté—. Esta mañana vi como el anotar salía de Sanara y se adentraba en el océano. Sólo Duare era capaz de manejar el aparato.

—Tienes razón —repuso—. Era Duare.

—¿Es que se dirigía a Vepaja con su padre? —pregunté.

—Sí. Mintep la obligó prácticamente a hacerlo. Ella no había perdido aún la esperanza de que vivieras y por eso quería quedarse. Proyectaba otro vuelo sobre Amlot con más bombas y un mensaje advirtiéndole que continuaría bombardeando la ciudad hasta que os libertaran, pero Mintep no la dejó hacerlo. Había jurado que, si vivías, te mataría tan pronto como llegases a su presencia, pues aunque como padre tenía una deuda de gratitud contigo, dado lo que habías hecho en beneficio de su hija, como jong de Vepaja tenía que matarte por haber osado amarla, convirtiéndola en tu esposa. Finalmente consiguió convencerla de volver a Vepaja y ser juzgada por un Tribunal de Nobles a causa de haber roto una de las más sagradas tradiciones de Vepaja.

—Eso significa la muerte para ella —dije.

—Sí; igual pensaba Duare y lo mismo Mintep, pero las costumbres y leyes dinásticas de Vepaja son tan estrictas entre todos los habitantes que resulta absurdo tratar de evadir las. Duare hubiera obrado lo mismo aunque te creyera vivo. Me lo dijo así y también me dijo que volvía voluntariamente a Vepaja, ya que sin ti prefería la muerte. No estoy seguro de lo que hubiera hecho Mintep si Duare no hubiese querido volver a Kooaad; pero creo que la hubiera matado con sus propias manos, a pesar de lo mucho que la amaba. Yo ya estaba preparado para tal eventualidad a fin de protegerla, incluso metiendo a Mintep en la cárcel. Puedo asegurarte que la situación era lamentabilísima. Nunca conocí a un hombre de inteligencia tan polarizada y fanática como Mintep. Fuera de esto, parecía una persona perfectamente normal; el amor que profesaba a su hija era evidente y muchas veces me he preguntado qué hubiera hecho de haberte encontrado Duare en Amlot. No me lo puedo imaginar volando a tu lado en el anotar. Pero dime, ¿por qué fracasó tu plan? Duare me dijo que no te vio salir de la ciudad en una barca, como dijiste que ibas a hacer.

—Partí como lo había planeado; pero tuve que llevar conmigo a Zerka y Mantar. Duare debía buscar una barca que transportaba un solo hombre. Además, me quitaron en la cárcel el casco de aviador y no quedaba nada que pudiese identificarme ante los ojos de ella. Debíamos parecer tres zanis.

—Pues entonces os vio —dijo Taman—. Me explicó que divisó a tres zanis que salían del puerto. Al ver que no venías, supuso que lo zanis te habían matado y entonces bombardeó la ciudad hasta que se agotaron las bombas que llevaba. Luego volvió con Mintep, Ulan y Legan, permaneciendo varios días en los alrededores de Sanara hasta que arrojamos tres globos indicativos de que podías entrar libremente.

—¿Y qué ocurrió con Muso? Me dijeron en la puerta que había sido depuesto.

—Sí, y encarcelado —repuso Taman—. Pero cuenta con algunos incondicionales cuyas vidas no están seguras en Korva, ahora que Muso ya no es jong. Están desesperados. Anoche consiguieron libertar a Muso, que se halla ahora escondido en alguna parte de la ciudad. No creo que haya podido salir de Sanara todavía, aunque éste sea su plan. Piensa que si consigue llegar a Amlot, los zanis le harán jong, pero no sabe lo que nosotros sabemos; que Mephis ha muerto y que después de su muerte estalló la contrarrevolución barriendo por completo a los zanis a los que la población, a pesar de sus anteriores aclamaciones, odiaba terriblemente. Ayer por la mañana debió llegar la noticia a las tropas que sitiaban a Sanara, pues evacuaron sus posiciones e iniciaron la marcha hacia Amlot.

—Entonces ¿se acabó la guerra civil?

—Sí, y espero poder restablecer la capitalidad en Amlot. Ya hice saber allá que concedería una amnistía general, excepto en lo que se refiere a los principales jefes y a los que cometieron actos criminales. Confío en poder repetir personalmente el mensaje dentro de pocos días, acompañado de un poderoso ejército. Y, amigo mío,

espero que tú me acompañes y recibas en la capital los honores que se te deben.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No creas que no aprecio tu generosidad —repuse—; pero te darás cuenta de que tales honores son vanos para mí sin que pueda compartirlos mi princesa.

—¿Por qué? Tienes que seguir viviendo y aquí podrás hacerlo rodeado de honores y comodidad. ¿Qué otros planes puedes tener?

—Pienso seguir a Duare hasta Vepaja.

—¡Eso es imposible! —exclamó—. ¿Cómo vas a llegar a Vepaja? Durante la última guerra, todos los barcos de Korva fueron capturados o destruidos por el enemigo.

—Dispongo de una barca que me trajo de Amlot —le recordé.

—¿Qué embarcación es? ¿Una barca de pesca?

—Sí.

—Tu intento es absurdo —exclamó—. No podrías sobrevivir a la primera tormenta.

—No obstante, debo intentarlo.

Movió la cabeza con tristeza.

—Quisiera poder disuadirte, no sólo porque te tengo por un amigo, sino porque podrías ser valiosísimo en Korva.

—¿Cómo? —pregunté.

—Enseñándonos a construir anotares y adiestrando a mis oficiales en su manejo.

—Grande es la tentación —admití—, pero no recobraré la paz hasta que me halle convencido de haber hecho todo lo posible para rescatar a Duare.

—Bueno, no vas a marcharte en seguida, así es que procuraremos aprovechar el tiempo que te quedas entre nosotros y no te volveré a molestar más con mis insistencias.

Llamó a un mayordomo y le instruyó para que me condujera a las habitaciones que se me habían asignado. En ellas hallé nuevas prendas de vestir y una peluca negra. Luego de tomar un baño caliente me sentí otro hombre y no dejaba de ser cierto, pues al contemplarme en el espejo ni yo mismo me hubiera reconocido: tal era el cambio que se había operado en mi aspecto.

Aquella noche, Zerka, Mantar y yo cenamos en el gran salón de banquetes del palacio del jong, acompañados de Taman y Jahara y un grupo de los más destacados nobles de Korva. Todos ellos me conocían, algunos íntimamente, pero todos coincidieron en que no me hubieran reconocido. No ocurría así sólo a causa de la negra peluca, sino porque mis azarosas aventuras en Amlot me hicieron adelgazar bastante; además, mis sufrimientos morales dejaron su rastro en mis facciones y mi cara estaba ahora demacrada y tenía aspecto fatigado.

Durante la larga cena monopolizamos nosotros tres el tema de las conversaciones.

Los otros invitados insistieron en informarse de los menores detalles de lo que presenciábamos en Amlot. Mostraron especial interés en la descripción que hizo Zerka de los hábiles métodos puestos en práctica por los contrarrevolucionarios, a pesar del perfecto servicio de espionaje montado por los zanis y el inexorable exterminio de todo el que se hacía sospechoso. Aún estaban oyéndola ensimismados, cuando se presentó un funcionario palaciego que, dando muestras de gran excitación, se acercó a Taman. Según le iba susurrando al oído, vi cómo palidecía intensamente el jong; luego, se levantó, y tomando a Jahara de la mano, la invitó a salir del salón. Aunque la marcha del jong nos dejaba en libertad para abandonar la estancia donde estábamos, nadie lo hizo. Adivinamos que a Taman le ocurría algo grave, y el pensamiento de todos los presentes debió ser permanecer allí, por si nuestros servicios podían ser útiles al jong. No nos equivocamos, pues volvió prestamente el ayuda de cámara y nos rogó que nos quedáramos hasta que Taman se entrevistase con nosotros. Momentos después volvía éste a la estancia. Poniéndose a la cabecera de la larga mesa, nos dirigió las siguientes palabras:

—En este salón se encuentran muchos de mis más leales súbditos y fieles amigos —comenzó—. He venido en instantes de gran consternación para solicitar vuestra ayuda. La janjong Nna ha sido raptada del palacio.

Una espontánea exclamación de dolor y sorpresa estalló en la sala.

—Se la llevaron gracias a la complicidad de alguien que reside en palacio —continuó Taman—; pero no sin que antes perecieran dos guardias al intentar defenderla. Eso es todo lo que sé.

Una voz murmuró:

—¡Musó!

Aquel nombre estaba en la imaginación de todos los presentes. En aquel preciso instante se presentó corriendo un oficial y se acercó a Taman, entregándole un mensaje.

—Se acaba de encontrar esto en la habitación de la janjong.

Taman leyó el mensaje atentamente; luego nos miró.

—Teníais razón —dijo—; era Musó. Aquí me amenaza con que matará a Nna si no abduco en su favor y le juro fidelidad.

Guardamos silencio los que estábamos presentes. ¿Qué íbamos a decir? ¿Podíamos aconsejar a un padre que sacrificase la vida de su amada hija? ¿Podíamos permitir que Musó fuera jong de Korva? Nos encontrábamos ante un doloroso dilema.

—¿Fija el mensaje algún plazo para que se cumpla la proposición? —preguntó Varo, el general.

Taman asintió.

—Entre la una y las dos de la mañana debo soltar globos desde la terraza del

palacio; uno, si rehúso; dos, si acepto.

—Ahora son las veintiséis —observó Varo—. Disponemos de once horas. Mientras tanto, Taman, te ruego que aplaces toda decisión y respuesta. Veamos primero lo que podemos hacer.

—Dejo el asunto en tus manos, Vero —repuso Taman—, hasta que dé la una. Comunícame la marcha de tus investigaciones, pero no pongas en peligro la vida de mi hija.

—Su seguridad será nuestra primera preocupación —afirmó Varo.

Taman se sentó con nosotros mientras tratábamos del plan que habíamos de desarrollar. No cabía otra medida más práctica que un registro minucioso de la ciudad. En consecuencia, Varo dio órdenes para que todos los soldados de Sanara registraran la población de arriba abajo. Yo pedí permiso para que se me permitiese unirme a los agentes de investigación, y cuando me lo concedió Varo, me dirigí prestamente a mis habitaciones y llamé al criado que me habían designado para atenderme. Cuando acudió, le pregunté si podría proporcionarme en seguida la vestimenta propia de un hombre de humilde condición, pero que llevase espada y pistola.

—Eso es cosa fácil —me dijo—. Sólo tengo que ir a mi cuarto y coger las prendas que uso cuando no ostento la librea del palacio del jong.

Al cabo de diez minutos estaba yo luciendo el traje de un ciudadano humilde y me encontraba en la calle. Tenía un plan, no muy brillante, pero el mejor que había concebido. Conocía algunos tugurios de los suburbios de Sanara en los que cabía encontrar a la clase de hombres capaces de ser sobornados para cometer cualquier crimen por odioso que fuera. Sospeché que allá podría informarme de muchas cosas y acaso obtener algún rastro útil. No es que me entusiasmara la idea, pero tenía que hacer algo. Nna me era muy simpática y no podía permanecer sentado e inactivo viéndola en peligro.

Me dirigí hacia el barrio bajo de la ciudad; allí estaba antes el mercado de pescado y solían reunirse los marinos para discutir y pelear en los tiempos en que la guerra no había dispersado todavía la marina mercante ni la industria pesquera de Sanara. Aquel distrito aparecía ahora casi desierto, aunque todavía quedaban muchas de las viejas cantinas, que arrastraban una vida mísera, teniendo como clientes a hombres y mujeres de pésimos antecedentes. Fui recorriendo tales establecimientos; bebiendo en unos, jugando en otros, y siempre con el oído atento por si captaba alguna conversación que me proporcionara algún rastro. Se comentaba mucho el rapto de la princesa. La noticia había excitado a la opinión pública; pero nada oí que pudiera revelar indicio sobre el paradero de Nna o sus raptores.

Hacia la hora treinta y seis, me hallaba sentado cerca del muro que bordea el río de Sanara, sintiéndome desalentado. Fingí hallarme bajo la influencia de la odiosa

bebida, popular en aquel distrito, y que tiene un sabor parecido a una mezcla de aguardiente y petróleo, sin que fueran de mi predilección ninguna de las dos cosas. Me mezclé en una partida de juego, perdiendo constantemente y pagando mis pérdidas con buen humor.

—Debes ser hombre rico —dijo un sujeto de mala facha, que estaba sentado a mi lado.

—Sé cómo se gana el dinero —repuse—. Esta noche lo he conseguido en abundancia y puedo gastarlo.

—¡Magnífico! —asintió—. Pero, ¿cómo consigues hacer tanto dinero con tal facilidad?

—Si te lo revelase, pondría en peligro mi pescuezo —repliqué.

—Apuesto cualquier cosa a que yo lo sé —terció otro individuo—; a lo mejor te va a costar de veras el pescuezo, al menos que...

—¿Al menos qué? —inquirí con audacia.

—Bien lo sabes tú, igual que Prunt y Skrag. Ellos ya han ido a buscar el resto de lo que les corresponde.

—¿De veras? —murmuré. Pues yo no lo he recibido todavía y no sé dónde ir a recogerlo. Me parece que me van a engañar como a un chiquillo. Bueno, al fin y al cabo ya he sacado lo mío.

Me levanté de la mesa y me dirigí hacia la puerta tambaleándome un poco. En aquel momento no tenía la menor idea de hallarme ante una pista que iba a conducirme a lo que buscaba, pero había que intentarlo todo. Aquél era el mayor delito que se había cometido en la historia de Sanara desde su fundación, y cuando se exhibía como yo lo había hecho tal cantidad de dinero, cabía sospechar alguna relación con los criminales. No era lógico que un hombre de mi aspecto pudiera haber entrado repentinamente en posesión de una gran fortuna, honesta y honradamente adquirida.

Aún no había alcanzado la puerta de la cantina cuando sentí una mano que me apretaba el brazo. Me volví y hálleme frente al individuo que me había hablado el último.

—Charlemos un poco, camarada —me dijo.

—¿De qué? —le pregunté.

—Tienes que cobrar aún dinero —comenzó—. ¿Qué me darás si te revelo adonde puedes ir para que te paguen?

—Si me lo puedes decir te cedo la mitad.

—Perfectamente; iremos a medias. Pero ésta es una noche mala para dedicarse a esta clase de negocios. Desde que secuestraron a la hija del jong están registrando la ciudad de arriba abajo y todo el mundo es objeto de interrogatorios. Este asunto produce mucho dinero. Lo que tú conseguiste liquidando al viejo Kurch no será nada

en comparación con lo que pagó Muso a los que le llevaron la hija del jong.

Así resultaba claro que seguía una buena pista; pero, ¿cómo dar con el hilo exacto de la trama? Aquel granuja estaba indudablemente borracho, lo que justificaba su locuacidad. Sabía algo del rapto de Nna. Pero, ¿qué es lo que sabía? Comprendí que debía cortar por lo sano.

—¿Y qué te hace creer que fui yo el que asesinó a Kurch? —pregunté.

—¿Acaso no fuiste tú?

—¡Claro que no! Yo nunca dije que había cometido ese crimen.

—Entonces, ¿cómo conseguiste tanto dinero?

—¿Es que crees que no existen otros negocios aparte del de Kurch? —pregunté.

—Esta noche sólo ha habido dos grandes faenas en la ciudad. Acaso de haber intervenido en la otra, debes saber a donde acudir.

—Pues no lo sé —admití—. Presiento que tratan de engañarme. Me dijeron que me iban a traer aquí el resto del dinero, pero no lo hicieron. Tampoco me revelaron adonde pensaban llevar a la muchacha. No sé lo que daría por saberlo. Te aseguro que se iban a acordar de mí. —Y con tal amenaza me llevé la mano a la espada de un modo significativo.

—¿Cuánto me darías?

—No sé por qué me preguntas eso. Estoy seguro de que no sabes dónde se encuentra la muchacha.

—Naturalmente que no; pero no estaría de más que me dijeras cuánto puedes ofrecerme. Según lo que abulte tu dinero podré ser más o menos locuaz. Si se tratase de una pila alta...

El dinero de Korva es todo del mismo metal y lo constituyen monedas de diferente espesor, con orificios centrales de distinto tamaño: unos, circulares; otros, cuadrados, ovalados o en forma de cruz; pero la moneda es del mismo diámetro. El valor lo fija el peso del metal que contiene. Ajustan perfectamente y las piezas de más valor alcanzan una pila mucho más alta, y de aquí la expresión “una pila alta”, significando considerable cantidad de dinero.

—Bueno, si realmente pudieras decirme dónde se encuentra, llegaría hasta a darte quinientos pandares.

El pandar tiene en Korva el valor adquisitivo del dólar en América.

—No creo que tengas tanto dinero —objetó. Agité mi monedero para que sonara.

—¿Y ahora tampoco lo crees?

—Me gusta ver el dinero, no sentirlo.

—Bueno, apartémonos adonde no puedan vernos, y te lo enseñaré.

Observé el astuto brillo que aparecía en sus ojos al alejarnos por la calle. Así que hallamos un lugar desierto y débilmente iluminado por la lámpara de un escaparate, conté quinientos pandares y los deposité en sus manos, suprimiendo así el riesgo que

podría asesinarme. Luego, antes de que tuviese tiempo de meterse el dinero en el bolsillo, saqué la pistola y se la apliqué al vientre.

—Si a alguien le va a ocurrir algo grave esta noche será a ti —le dije—. Ahora, llévame adonde se encuentra la muchacha y nada de bromas. Una vez haya hecho lo que te ordeno, puedes quedarte con el dinero pero si tratas de traicionarme o intentas algo desagradable te vas a acordar. ¡En marcha!

Esbozó una odiosa mueca y comenzó a caminar por la calle oscura. Antes, saqué la pistola que llevaba en su funda y apoyé la mía en su espalda. No quería correr ningún riesgo.

—Eres un gran tipo, camarada —me dijo—. Cuando hayamos acabado este negocio, me gustará seguir trabajando contigo. Lo haces con energía y conoces el oficio. Me parece que nadie conseguirá engañarte.

—Gracias —repuse—. Espérame en el mismo sitio mañana por la noche y nos entenderemos.

Aunque supuse que esto le induciría a mostrarse fiel, no por ello dejé de apuntarle con el arma.

Me condujo, bordeando la muralla, hacia un edificio abandonado, al final del cual había un horno crematorio capaz de contener media docena de cadáveres. Se detuvo allí y escuchó atentamente, mirando con sigilo hacia todas las direcciones.

—Aquí está —susurró—. Por el horno crematorio se puede entrar al interior del edificio. Ahora devuélveme la pistola para que me marche.

—No tan de prisa —le advertí—. El convenio fue que habíamos de ver a la muchacha; así es que tienes que entrar.

Dudó un momento, pero yo le intimidé con la pistola.

—Me van a matar —se lamentó.

—Si no me muestras a la muchacha, no serán ellos los que tendrán que matarte. No perdamos más tiempo en palabras inútiles; podrían escucharnos. Si me veo obligado a entrar solo, te quedarás aquí cadáver.

No dijo nada más, aunque temblaba mientras penetrábamos en el horno crematorio. Arrojé su pistola al fondo del hogar y seguí sus pasos. Reinaba una oscuridad absoluta en el cuarto de incineración, al igual que en la estancia en la que entramos después. Estaba tan oscuro que tuve que agarrar a mi acompañante a fin de que no se escapase. Permanecimos inmóviles y silenciosos un instante. Luego, me pareció oír un murmullo de voces. Mi guía avanzó cautelosamente y de puntillas. No cabía duda de que había estado allí otra vez. Cruzó al otro lado de la estancia y se detuvo ante una puerta.

—Ésta es la puerta de entrada —susurró.

Según la dirección que habíamos seguido, comprendí que daba a la calle. Se volvió después, y cruzando diagonalmente hacia la otra pared, hallamos otra puerta,

que abrió con gran cautela. Al hacerlo, el murmullo de voces se hizo más claro. Divisé enfrente un débil rayo de luz que se filtraba por el suelo de la estancia. Volvió avanzar mi guía y vi entonces un agujero practicado en el suelo.

—Mira —susurró.

Como tuve que tumbarme para mirar a través del orificio, le obligué a hacerlo también. A través de tan escasa mirilla no podía obtener una visión muy completa de la estancia subterránea, pero sí bastante elocuente. Había dos hombres sentados ante una mesa, en actitud de conversar; uno de ellos era Muso. No vi ninguna joven, pero comprendí que debía estar al margen de la zona de visibilidad.

—Supongo que no intentarás matarla —oí preguntar al acompañante de Muso.

—¡Vaya que la mataré si no obtengo una respuesta favorable antes de las dos! —repuso Muso—. Si la muchacha hubiera escrito a su padre, como le dije, a estas horas podía haberse marchado. Estoy seguro de que Taman no es capaz de dejar morir a su hija, si ésta le ruega que la salve.

—Lo mejor que puedes hacer es escribir, Nna —dijo el otro—. El tiempo corre.

—¡Jamás lo haré! —sonó a voz de la joven. Comprendí que había hallado a Nna.

—Ya puedes marcharte —susurré a mi acompañante—. Encontrarás tu pistola en el recipiente del horno, ¡Espera! ¿Cómo podré entrar en ese cuarto?

—En aquel rincón de la derecha hay una trampa —repuso.

Se alejó tan silenciosamente que no le oí; sólo un necio podría quedarse allí en circunstancias parecidas. De pronto, en medio de las tinieblas que reinaban en la habitación, apareció un levé indicio de luz. Estaba amaneciendo. Era la una. Al cabo de cuarenta minutos terrestres darían las dos, y aquella hora significaría la muerte de Nna, la hija de Taman.

18. UNA TANJONG

¡Cuarenta minutos! ¿Qué podría hacer en tan breve espacio de tiempo para salvar a la princesa? Si hubiera dado con su paradero un poco antes habría reunido a algunos soldados para rodear el edificio. No se habrían atrevido a matarla al saber que iban a caer prisioneros. Pero tenía que hacer algo. Los minutos corrían velozmente. No había otro recurso que cortar por lo sano. Me incorporé y me acerqué luego, gateando, a la trampa, palpando en la oscuridad hasta dar con ella. Probé a ver si estaba cerrada por debajo. No lo estaba. Volví a incorporarme y dando un brinco me precipité al fondo con la pistola en la mano. Escuché el golpe de la portezuela al cerrarse sobre mi cabeza, mientras mis pies alcanzaban el suelo. Afortunadamente, no me caí y fue tan fulminante mi aparición, que Muso y su compañero quedaron enmudecidos e inmóviles. Me apoyé contra la pared y los apunté con la pistola.

—¡No os mováis o sois hombres muertos! —les amenacé.

En aquel momento vi a otros dos hombres que se incorporaban en un rincón de la mal iluminada estancia, saliendo de entre un montón de harapos; sin duda habían estado durmiendo. Cuando intentaron sacar la pistola disparé contra ellos. Muso se agachó tras la mesa ante la que había estado sentado, pero su acompañante sacó el arma y me apuntó. Disparé primero contra él. No comprendo cómo no pudieron despacharme entre los cuatro en tan angosta estancia. Acaso los que dormían estaban atontados y el otro muy nervioso, porque observé cómo le temblaba la mano al sacar la pistola. Uno tras otro fueron cayendo los tres, antes de que pudieran alcanzarme con los mortíferos rayos de sus armas. Sólo quedaba Muso. Le conminé a salir de detrás de la mesa y le arrebaté la pistola; luego, miré a mi alrededor en busca de Nna. Se hallaba sentada en un extremo del cuarto.

—¿Te hicieron daño, Nna? —le pregunté.

—No. ¿Quién eres? ¿Vienes de parte de mi padre? ¿Eres amigo o enemigo?

—Soy amigo y he venido a rescatarte y llevarte a palacio.

No me reconocía con la peluca negra y mis pobres prendas de vestir.

—¿Quién eres y qué piensas hacer conmigo? —preguntó Muso.

—Te voy a matar. Deseaba que llegase este momento; pero hasta ahora no lo he conseguido.

—¿Y por qué quieres matarme? No hice mal alguno a la princesa. Sólo quería amedrentar a Taman para que me devolviera el trono que me pertenece.

—Estás mintiendo; pero no quiero matarte sólo por eso. No te mato por lo que hayas intentado hacer, sino por lo que has hecho.

—¿Y qué mal te hice yo? Es la primera vez que te veo.

—Te equivocas. Me enviaste a Amlot para morir allí y trataste de arrebatarme a mi esposa.

Abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Carson de Venus! —exclamó.

—Sí, Carson de Venus, que conseguí arrebatarle el trono y que ahora te va a arrebatar la vida. Todo te lo podría perdonar, menos los sufrimientos de mi princesa. Por eso es por lo que vas a morir.

—¡No pensarás matarme a sangre fría! —gritó.

—Debería hacerlo, pero no lo haré. Nos batiremos a espada. ¡Prepárate!

Había arrojado su pistola sobre el banco en que estaba sentada Nna y yo saqué la mía y la deposité en la mesa ante la que había estado sentado Muso; luego, nos enfrentamos. Muso estaba muy lejos de ser un torpe espadachín y, cuando chocaron nuestras espadas, comencé a recelar que iba a resultar vencido en lugar de vencedor. Por eso inicié la pelea nervioso y debo confesar que a la defensiva, táctica con la que se ganan pocas contiendas; pero temía que si le atacaba irreflexivamente me atravesaría con su espada. No obstante, algo tenía que hacer, pues tal situación no podía durar mucho. Redoblé mis esfuerzos y, como ya me había acostumbrado a su sistema de ataque, que no variaba nunca, comencé a pelear con ventaja. Se dio cuenta del cambio y palideció intensamente. Aproveché la ocasión y le hice retroceder, convencido ya de mi superioridad. Se parapetó detrás de la mesa y ello me obligó a detenerme. De pronto, me arrojó la espada al rostro y casi simultáneamente escuché el zumbido de la pistola de rayos r. A la vez que me arrojaba el arma se había precipitado para apoderarse de mi pistola. Creí que iba a ser yo quien caería muerto, pero no fue así. Por el contrario, Muso se tambaleó detrás de la mesa y se desplomó en el suelo. Al dirigir la mirada a mi alrededor, vi a Nna con la pistola de Muso en la mano. Me había arrebatado el desquite, pero también me había salvado la vida.

Al mirarla yo, se dejó caer en un asiento e irrumpió en llanto. Era aún muy jovencita y había sufrido demasiado durante las últimas horas. Pronto recobró la serenidad y, mirándome, sonrió.

—No te había reconocido hasta que Muso pronunció tu nombre —me dijo—; entonces comprendí que estaba salvada. Es decir, al menos más segura, porque todavía no estamos salvados. Sus secuaces habían de volver aquí a las dos y ya debe ser casi esa hora.

—Sí que lo es; tenemos que marchar en el acto. ¡Vamos! —la animé.

Volví a depositar la pistola en la funda y nos dirigimos a la escalera que ascendía a la portezuela de la trampa. En aquel preciso momento, escuchamos ruido de pasos en el piso de arriba. Era tarde.

—Ya llegan —susurró Nna—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vuelve al banco y siéntate —le dije—. Creo que un hombre es suficiente para defender esa portezuela contra muchos.

Avancé prestamente hacia donde estaban los cadáveres y recogí sus pistolas,

apostándome en el lugar propicio para dominar la entrada, con el menor peligro por mi parte. Los pasos se fueron acercando en el piso de arriba; entraron en la estancia y avanzaron hacia la portezuela de la trampa; por último, sonó una voz:

—¿Estás ahí, Muso?

—¿Qué quieres de Muso? —pregunté.

—Traigo un mensaje para él.

—Ya se lo entregaré yo —repuse—. ¿Quién eres? ¿Qué dice el mensaje?

—Soy Ulan, de la guardia del jong. El mensaje es de Taman. Acepta tu proposición, con tal que le devuelvas a Nna incólume y garantices la seguridad personal de Taman y su familia.

Dejé escapar un suspiro de satisfacción y me senté en la silla más cercana.

—Muso se burla de tu oferta —exclamé—. Baja, Ulan, y comprueba con tus propios ojos que a Muso no le interesa tal proposición.

—Nada de artimañas —advirtió, a la vez que levantaba la portezuela de la trampa y descendía.

Cuando llegó al final y vio los cuatro cadáveres tendidos en el suelo, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Había reconocido entre ellos a Muso; luego vio a Nna y corrió hacia ella.

—¿No te ha ocurrido nada, janjong? —preguntó.

—No —repuso—; pero de no haber sido por este amigo, a estas horas estaría muerta. Se volvió hacia mí y comprobé que, al igual que los otros, no me reconocía.

—¿Quién eres? —inquirió.

—¿No te acuerdas de mí?

Nna se rió un poco y yo no tuve más remedio que imitarla.

—¿Qué os hace gracia? —murmuró Ulan, un poco molesto.

—Que olvides tan pronto a los buenos amigos —le dije.

—Es la primera vez que te veo —protestó, pensando que nos estábamos burlando de él.

—¿De veras que no has visto nunca a Carson de Venus? —le pregunté, a la vez que él se reía de mí, al descubrir mi disfraz—. Pero, ¿cómo supiste el lugar donde estaba la princesa?

—Cuando Taman hizo la señal requerida para demostrar su aquiescencia —explicó Ulan—, uno de los agentes de Muso nos dijo dónde podríamos encontrarla.

Pronto nos encontramos fuera de aquella especie de bodega, y, al marchar al palacio, nos destacamos de la escolta que dirigía Ulan y entramos en seguida en las habitaciones del jong. En ellas esperaban Taman y Jahara las noticias que pudieran traerles los que buscaban a su hija o las procedentes del emisario que había despachado el primero, bajo la angustiosa presión de Jahara y de los propios impulsos de su corazón. Al abrirse la puerta, dejamos que entrara Nna; Ulan y yo nos

quedamos en una pequeña antecámara, comprendiendo que desearían estar solos. A un jong no puede gustarle que sus oficiales le vean llorar, y yo estaba seguro de que Taman vertería lágrimas de felicidad al ver volver a Nna sana y salva.

Minutos después entró en la antecámara. Su rostro parecía triste y expresó cierta sorpresa al verme, pero se limitó a hablar a Ulan.

—¿Cuándo vuelve Muso a palacio? —le preguntó. Ambos le miramos sorprendidos.

—¿Es que no te lo ha contado todo la janjong? —preguntó Ulan.

—¿Contarme qué? Lloraba tanto de alegría que no podía hablar. ¿Qué es lo que tenía que contarme?

—Muso ha muerto —dijo Ulan—. Sigues siendo el jong.

De labios de Ulan, y más tarde por su propia hija Nna, se informó de todo lo ocurrido y de mi búsqueda por la población. Raras veces he visto un hombre que se mostrara más agradecido; pero no cabía esperar menos de Taman, y no me sorprendió. Era un hombre generoso con sus afectos, sus amigos y sus leales súbditos.

Creí que iba a dormir mejor que nunca lo había hecho cuando me fui a la cama aquella mañana; pero no me dejaron dormir tanto como esperaba. A las doce me despertó uno de los ayudas de cámara de Taman, convocándome al gran salón del Trono. Allí encontré congregado el Gran Consejo de Nobles, alrededor de una mesa colocada al pie del trono. El resto de la estancia estaba atestada de aristócratas de Korva.

Taman, Jahara y Nna se hallaban sentados en sus respectivos tronos, bajo doseles; a la izquierda de Taman había una cuarta silla. El lugarteniente me acompañó al pie de los doseles y me rogó que me arrodillara delante de donde se hallaba Taman. Creo que fue Taman el único hombre en ambos mundos ante el que me sentí orgulloso de arrodillarme. Era persona que merecía reverencia por sus virtudes y su inteligencia. Por eso me postré de hinojos.

—Por salvar la vida de mi hija —comenzó Taman— ofrecía a Muso mi trono con el consentimiento del Gran Consejo. Tú, Carson de Venus, has salvado a mi hija y al trono. Es voluntad del Gran Consejo que seas premiado con el más alto honor que puede conferir un jong de Korva. Te elevo, pues, a la jerarquía real, y como no tengo ningún hijo, te adopto como tal, confiriéndote el título de tanjong de Korva.

Luego se levantó y, tomándome de la mano, me condujo a la silla real que se hallaba a la izquierda del trono.

Tuve que hacer entonces un pequeño discurso, pero contra menos hable de él mejor, ya que soy un excelente aviador, pero no un orador extraordinario.

Siguieron los discursos de otros grandes nobles, y a continuación nos dirigimos todos al salón de banquete, donde pasamos un par de horas. En esta ocasión no tuve

que sentarme a un extremo de la mesa. De un trotamundos sin patria que era pocos meses antes, había pasado a ocupar, de pronto, la segunda jerarquía del Imperio de Korva. Pero aquello era para mí menos importante que saber que poseía una patria y fieles amigos.

¡Si hubiera podido estar allí Duare para compartir todo aquello conmigo!

Al fin había hallado una nación donde poder vivir en paz y lleno de honores; pero tanta dicha veíase enturbiada por mi triste designio al ver a Duare arrebatada de mis brazos, como en tantas otras ocasiones me ocurría.

19. PIRATAS

No tuve ocasión de probar los honores y responsabilidades que gravitan sobre un príncipe de la Corona, ya que pronto subía de nuevo a bordo de mi pequeña barca de pesca para iniciar el largo viaje a Vepaja en busca de Duare.

Taman trató de disuadirme, al igual que lo hicieron Jahara y Nna y mis innumerables amigos de Korva; pero no pude eludir la tentación de seguir la aventura, a pesar de lo azarosa que se me presentaba. Lo fácil y lujosa que hubiera sido mi vida en mi nueva posición social hacía más urgente la necesidad de acudir en busca de Duare. Gozar de todo aquello sin ella casi me parecía desleal. Me hubiera resultado odiosa la permanencia en tal lugar.

Se me proporcionó toda clase de asistencia en el acondicionamiento de mi embarcación, instalándose en ella grandes recipientes de agua y un mecanismo para convertir en agua dulce el agua del mar. Alimentos en conserva, concentrados, frutas y legumbres secas; todo lo que podía conservarse mucho tiempo se me ofreció en abundancia, debidamente embalado en envolturas impermeables. Se confeccionaron velas nuevas, utilizando telas de araña, tan corriente en los pueblos civilizados de Amtor, donde se crían las arañas y se las cuida a fin de que tejan su tela, al igual que nosotros hacemos con los gusanos de seda. Se me dieron armas y municiones, buenas mantas y los mejores instrumentos de navegación; así quedé equipado del modo más perfecto que cabía esperar.

Al fin, llegó la fecha de mi partida y se me escoltó hasta el río con toda la pompa y ceremonia que merecía mi nueva alta alcurnia. Me acompañaron tropas y bandas de música, y un centenar de gantores lujosamente ataviados, transportando, no sólo a lo mejor de la nobleza de Korva, sino a la propia familia real. Taman, Jahara y la princesa Nna cabalgaron en mi propio gantor. La multitud se alineaba en las avenidas. El espectáculo era soberbio, pero para mí estaba muy lejos de alegrarme; tenía que abandonar a tan buenos amigos, probablemente para siempre y con escasas probabilidades de alcanzar la meta de mis propósitos. No quiero insistir más en detallar la tristeza de la despedida; llegó a su punto crucial cuando desplegué velas hacia el vasto océano que se extendía solitario ante mis ojos. Tan dolorosa impresión no se desvaneció hasta que se hundieron en el horizonte las lejanas montañas de Anlap. Entonces procuré levantar mi espíritu para enfrentarme animoso con el porvenir, sugestionándome con la idea del éxito.

Había calculado que necesitaría de diez a doce días para llegar a Vepaja, aunque todo dependía del viento. No obstante, cabía siempre la posibilidad de fracasar en mi intento de hallar la isla, a pesar de constituir, por las dimensiones, un verdadero continente de unas cuatro millas de largo por mil quinientas de ancho.

Tal suposición podría parecer ridícula en la Tierra; pero aquí las condiciones eran

muy distintas. Los mapas eran muy imperfectos. Los mejores indicaban que Anlap se hallaba apenas a quinientas millas de Vepaja; pero yo sabía que nos separaban por lo menos mil quinientas millas de océano. Duare y yo habíamos aprendido esta lección en nuestros recorridos aéreos. Las imperfecciones de sus mapas son debidas a su falsa concepción de la forma del planeta, que conciben como un disco plano que flota en un mar de materias ígneas; además, creen que la región antártica forma la periferia, y lo que yo juzgaba el Ecuador es para ellos el centro del disco. Tan falsa teoría desvirtúa toda posibilidad de establecer la forma y tamaño de los mares y continentes. Las gentes que habitan en el hemisferio Sur no sabían que existiera un hemisferio Norte.

Además de las imperfecciones de los mapas, tenía que luchar con el hecho de navegar por los mares de un planeta sin sol ni estrellas visibles ni tampoco luna. Por eso, aunque disponía de una buena brújula, no contaba con ningún medio para determinar mi posición en un océano cuyas corrientes me eran totalmente desconocidas. El cálculo aproximado resultaba, a ciegas, imposible. Tal estado de cosas explica la casi total carencia de comercio marítimo, salvo el de cabotaje, y éste, por la misma razón, resulta bastante azaroso, pues los navegantes tienen que mantenerse siempre a la vista de la costa para conocer su situación. Algunos barcos se aventuraron a cruzar el océano y algunos arriesgados navegantes exploraron mares lejanos; pero como la mayoría de ellos no volvieron, no se reiteran mucho tales aventuras.

No quiero cansar con los detalles monótonos de mi primera semana de viaje. Corría buen viento, y por las noches ataba el timón y me dormía con bastante tranquilidad. Había ideado un procedimiento para saber cuándo la barca se desviaba de su curso más de lo razonable. Era un mecanismo ingeniosamente combinado con la aguja de la brújula. No me desperté más de dos o tres veces en una noche; así que me hallaba seguro de seguir una ruta. De todas maneras, me mantenía alerta para observar lo que hacía la corriente con mi barca.

Desde que desapareció de la vista la costa de Anlap, no volví a divisar tierra ni barco alguno en aquella extensión solitaria del mar. A veces, en las aguas pululaban los peces y en algunas ocasiones divisé monstruos marinos surgidos de la profundidad, mucho de los cuales serían difíciles de describir. La mayor parte de tales enormes bestias alcanzaban una longitud de mil pies. Tenían ancho morro y grandes ojos saltones en medio de los cuales aparecía otro más pequeño que remataba en un vástago cilíndrico de unos quince pies de largo. Tal vástago suele estar eréctil y cuando el animal descansa en la superficie o se balancea con suavidad lo apoya en el dorso; pero cuando se alarma o busca alimento, se vuelve a poner eréctil; funciona además como periscopio, ya que la bestia nada a unos Pocos pies bajo la superficie. Los amtorianos lo llaman “rotik”, que significa “tres ojos”. La primera vez que vi a

uno de estos cetáceos, me pareció un enorme trasatlántico, cuando yacía, a lo lejos, en la superficie.

Al atardecer del octavo día vi lo que menos me hubiera gustado ver: un barco. Ninguna nave que cruzase los mares amtorianos podía transportar tripulación amiga, al menos que el “Sofal” continuase todavía sus andanzas de piratería con la tripulación que tan fielmente me siguió en el motín que me dio el mando de la nave. Tal posibilidad no era verosímil.

El barco se hallaba a alguna distancia a babor y navegaba hacia el Este. Al cabo de una hora se cruzaría conmigo. A fin de evitar que me descubrieran, dado lo exiguo de mi embarcación, recogí velas y navegué a la deriva. Durante media hora el barco siguió la misma ruta; luego su proa giró hacia mí. Me habían descubierto.

Era un barco pequeño, de un tonelaje parecido al del “Sofal”, y semejante a éste. No ostentaba mástiles, velas, imbornales ni chimeneas. A popa tenía dos torrecillas ovaladas; la más pequeña encima de la mayor.

Sobre aquélla se alzaba un minarete. A popa y sobre la porta y el minarete aparecían largas banderolas. El palo mayor debía ostentar la bandera del país al que pertenecía la nave; la bandera de popa, la ciudad de donde procedía; la de la porta, generalmente designaba la casa naviera. Cuando se trataba de barcos de guerra, el palo del minarete ostenta el pabellón de guerra de la nación. Así que el barco se hubo acercado lo suficiente, comprobé sólo un hecho: la nave no tenía patria; era una nave pirata. La bandera de la porta era probablemente la insignia personal del capitán. De todos los desastres que podían haberme ocurrido, éste era el peor: caer en manos de un barco pirata. De todos modos, nada podía hacer para evitarlo. No podía escapar. En Sanara juzgué lo más prudente ponerme la peluca negra para andar por las calles; aún la conservaba, y como apenas si me había crecido un poco el cabello rubio, me puse la peluca, a fin de no despertar el recelo de los piratas. Cuando se acercó el barco lo suficiente, vi su nombre pintado en la popa, con las extrañas letras amtorianas. Se llamaba “Nojo Ganja”.

Un centenar de personas me contemplaban desde borda, y sobre las cubiertas altas hacían lo mismo varios oficiales. Uno de éstos me gritó:

—Acércate y sube a bordo.

No se trataba de una invitación, sino de una orden. No cabía otra cosa que obedecer; en consecuencia, recogí velas y me puse junto al costado de la nave pirata. Me arrojaron un cable que sujeté a la proa de mi barca y otro con nudos que utilicé para subir a cubierta. Luego, varios marineros descendieron a mi embarcación y fueron subiendo al barco todo lo que contenía.

Observé tales operaciones desde un puentecillo al que me llevaron para ser interrogado por el capitán.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Me llamo Sofal (el atrevido) —repuse, aludiendo a mi barco pirata.

—¿Sofal? —repitió con cierta ironía—. Y ¿de qué país procedes? ¿Qué hacías en medio del mar metido en esa barquichuela?

—No tengo patria —repuse—. Mi padre fue un faltargan y yo nací en un faltar.

Estaba convirtiéndome en un perfecto farsante, yo que siempre me enorgullecí de mi veracidad; pero a veces se justifica la mentira, especialmente cuando por ella se puede salvar una vida. La palabra faltargan tiene una etimología original. Faltar, barco pirata, deriva de ganfal, criminal (que a su vez procede de gan, hombre, y fal, matar) y notar barco. Sintéticamente quiere decir barco criminal. Añádase “gan”, hombre, a “faltar” y se tiene la palabra “hombre de barco pirata, o sea pirata: faltargan.

—¿De modo que eres un pirata y esa embarcación era tu faltar, eh? —comentó.

—No y sí —repuse—; aunque más bien sí que no.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Que soy un pirata, pero que esa barca no es un faltar sino simplemente un bote de pesca. No comprendo cómo un viejo marino pueda llamar a eso un barco pirata.

—Veo que tienes una lengua desenvuelta, amigo.

—Y tú una cabeza no menos desenvuelta —repliqué—. Por eso me parece que necesitas a tu lado oficiales como yo. He capitaneado mi propio faltar y conozco el oficio. Por lo que he visto, no creo que te sobren los oficiales para mandar una banda de forajidos como la que veo en cubierta. ¿Qué me contestas?

—Te contesto que debía mandarte arrojar por la borda, pero mejor será que vayas a cubierta y te presentes a Polar. Dile que te dé trabajo. ¡Un oficial! Has conseguido ponerme nervioso; pero al menos pareces templado. Si eres buen marinero conservarás la vida. Ésta ha de ser tu mejor esperanza. ¡Qué insensato!

Le oí gruñir mientras bajaba yo por la escalerilla hacia la cubierta.

No adivinaba la causa de haberme captado su antipatía, a no ser que si me hubiera puesto a gimotear lo habría pasado peor, mereciendo su desprecio y matándome. Aquel tipo de hombre no me era totalmente desconocido. Si se les planta cara, le respetan a uno; y es que la mayor parte de esos bravucones son cobardes en el fondo.

Cuando llegué a cubierta tuve ocasión de observar a mis compañeros de tripulación. Constituían ciertamente un equipo de perfectos granujas. Me miraron recelosos y con no poco desprecio; mi rico equipo revelaba más al hombre elegante que al luchador.

—¿Dónde está Folar? —pregunté al primero al que me acerqué.

—Ahí, ortij oolja —contestó con voz de fingido falsete, señalando a un hombretón que me observaba a cierta distancia.

Los que estaban cerca rieron por el calificativo. “Ortij oolja”; significa “amor mío”. Evidentemente juzgaban mi traje afeminado. Hasta yo mismo tuve que sonreír

por la salida, mientras avanzaba hacia Folar.

—El capitán me ordenó que hablara contigo para que me dieras trabajo —le dije.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó—. ¿Y qué crees que puedes hacer tú en un barco como el “Nojo Ganja”?

—Me llamo Sofal —repuse— y puedo hacer a bordo de un barco o fuera de él lo que puedas hacer tú, y mejor.

—¡Oh, oh! —se esforzó en reír—. ¡El hombre terrible! Oíd, hermanos, aquí tenemos al matón. Dice que puede hacer todo lo que yo haga.

—¡A ver si te mata! —gritó una voz a su espalda.

Folar se volvió en redondo.

—¿Quién dijo eso? —rugió, sin obtener respuesta. Pero de nuevo una voz a su espalda dijo:

—¡Le tienes miedo, poltrón!

Por lo visto Folar no era muy popular. Perdió el aplomo, cosa que le ocurría a menudo, y desvainó la espada, sin darme tiempo de sacar la mía, lanzándome un tajo capaz de decapitarme si me hubiese alcanzado. Di un salto a tiempo para evadir el golpe y antes de que tuviera tiempo para volverme a atacar, había sacado yo mi espada y nos pusimos a pelear. La marinería formó círculo alrededor. Mientras medíamos nuestra fuerza y destreza, durante los primeros momentos escuché comentarios parecidos a éste: “Folar le va a hacer trizas.” “No le puede a Folar, aunque me gustaría lo contrario” y “Mata a ese cerdo, camarada; estamos de tu parte.”

Folar no era precisamente un espadachín; podía ser muy bien un carnicero. Lanzaba terribles tajos, capaces de matar a un gantor. Me di cuenta en seguida de lo que iba a ocurrir. Cada vez que daba uno de aquellos tajos se descubría y podía haberle matado una docena de veces durante los tres primeros minutos de nuestro duelo, pero no quería matarle.

A juzgar por lo que había observado, debía ser un favorito del capitán y ya había hecho yo bastante para enemistarme con éste. Tuve que perder algún tiempo para hacer lo que deseaba. Se precipitaba sobre mí una y cien veces, lanzándome sus terribles boleos. Al fin, me cansé y le pinché en el hombro. Lanzó un mugido semejante al de un toro y cogiendo la espada con ambas manos, vino hacia mí como si fuera un gantor. Volví a pincharle y desde entonces se mostró más cauteloso, porque debió comenzar a darse cuenta de que yo podía matarle, si quería. Por último me dio la oportunidad que estaba esperando, instantes después, quedó desarmado. Mientras saltaba su arma sobre la cubierta, di un paso adelante y le apunté con mi espada en el corazón.

—¿Lo mató? —pregunté.

—¡Sí! —rugió un coro de excitadísimos forajidos.

—No, no le mataré esta vez —dije—. Ahora recoge la espada, Folar, y quedamos buenos amigos. ¿Qué te parece?

Murmuró algo mientras recogía el arma y luego se dirigió a un individuo gigantesco y tuerto que se hallaba en primera línea, entre los espectadores.

—Te encargo que vigiles a este hombre, Nurn —dijo—; preocúpate de que trabaje.

Con tales palabras desapareció de la cubierta, mientras la marinería me rodeaba.

—¿Por qué no le mataste? —preguntó uno.

—¿Para que el capitán me mandara arrojar por la borda? —observé—. No; suelo usar mi inteligencia con la misma habilidad que la espada.

—Bueno —dijo Nurn—; al menos se te presentaba una oportunidad. En cambio, ahora puedes estar seguro de que Folar no dejará de atacarte por la espalda en la primera ocasión que se le presente.

El duelo que había sostenido con Folar me captó la simpatía de la tripulación y cuando comprobaron que sabía hablar en el lenguaje del mar y de la piratería, me aceptaron como uno más entre ellos. Nurn me tomó gran afecto. Creo que fue porque esperaba heredar el rango de Folar, caso de que éste pereciera, ya que varias veces me sugirió que provocase otra vez a Folar para matarlo.

Mientras hablaba con Nurn, le pregunté adonde se dirigía el “Nojo Ganja”.

—Tratamos de llegar a Vepaja —repuso—. Hace ya un año que la andamos buscando.

—¿Y para qué queréis llegar allí?

—Estamos buscando a un individuo reclamado por los thoristas —dijo—. Han ofrecido un millón de pandares a quien lo lleve vivo o muerto a Kapdor.

—¿Sois thoristas? —inquirí.

Los thoristas eran miembros de un partido político revolucionario que conquistaron el antiguo imperio de Vepaja que en otros tiempos se extendía por una considerable parte del sur de la zona templada de Amtor. Son los peores enemigos de Mintep y, asimismo, de todos los países que no han caído en sus manos.

—No —repuso Nurn—, no somos thoristas; pero estamos dispuestos a cobrar un millón de pandares de cualquiera que quiera pagármolos.

—¿Y quién es esa persona de Vepaja que desean capturar con tanto interés?

Supuse que sería Mintep.

—¡Oh, un individuo que mató a uno de los ongyans de Kapdor! Se llama Carson.

¡Vamos! El largo brazo de Thora se extendía hacia mí y ya me encontraba rozando sus garras. Por fortuna, era yo el único que sabía la verdad. No obstante, comprendí que debía escapar del “Nojo Ganja” antes de tocar en ningún puerto thorano.

—¿Y cómo sabéis que se encuentra ese Carson en Vepaja?

—No es que lo sepamos —repuso Nurn—. Huyó de Kapdor con la janjong de Vepaja. Si han sobrevivido, cabe creer razonablemente que se encuentran allí donde llevó a la janjong. Primero registraremos Vepaja, y si no damos allí con él, volveremos a Noobol para registrar la isla.

—No creo que se difícil todo eso —observé.

—Lo mismo opino; es un sujeto fácil de reconocer. Uno u otro ha tenido que verle y quien ve a Carson ya no se le olvida nunca. Tiene el cabello rubio y, que yo sepa, es la única persona con el cabello de ese color.

Tuve que mostrarme agradecido a mi peluca negra y deseé de veras que estuviese bien ajustada.

—¿Y cómo pensáis penetrar en la ciudad forestal de Vepaja? Allí no les hace mucha gracia ver caras extranjeras; ya estarás informado.

—¿Y cómo lo sabes? —me preguntó.

—Estuve allá y viví en Kooaad.

—¿De veras? Pues ahí es donde esperamos encontrar a Carson.

—Entonces, os puedo ser muy útil.

—Se lo diré al capitán. Ninguno de a bordo ha estado en Kooaad.

—Pero, ¿cómo pensáis entrar en la ciudad? Aún no me lo has dicho. No creo que sea cosa fácil.

—Permitirán la entrada a uno de nosotros disfrazado de mercader. Traemos bastantes joyas y adornos, procedentes de los barcos que hemos saqueado. Uno de los nuestros puede presentarse allá y, sabiendo ver y oír, averiguará si está o no Carson. Caso afirmativo, debe arreglárselas para traerlo a bordo del “Nojo Ganja”.

—Sería cosa fácil —dije.

Nurn hizo un gesto de duda con la cabeza.

—No estoy tan seguro —comentó.

—Pues a mí me sería fácil, conociendo como conozco a Kooaad —observé—. Cuento allí con buenos amigos.

—Bueno; lo primero que tenemos que hacer es llegar a Vepaja.

—También es cosa fácil —insistí.

—¿Podrías conseguirlo?

—Me parece que sí, aunque nunca se puede estar seguro, disponiendo de tan pésimos mapas.

—Ahora mismo voy a hablar con el capitán —terminó—. Espérate aquí y ojo con Folar; es el granuja más granuja de los que pueda haber en Amtor. Procura mantener la espada alerta y el ojo avizor.

20. A KOOAAD

Vi cómo se alejaba Nurn, cruzando la cubierta por la escalerilla que conducía a la cabina del capitán. Si éste quedaba persuadido, se me ofrecía una oportunidad para entrar en Kooaad como acaso no se me volviera a presentar nunca. Por la ruta que llevaba el “Nojo Ganja” comprendí que seguía paralelamente la costa de Vepaja, aunque muy alejado de ella, a fin de no correr el riesgo de que lo descubrieran. Claro que no podía estar seguro, pues en Amtor nunca se conoce con certeza la posición de un barco hasta que se divisa tierra firme.

Mientras esperaba a Nurn, apoyado en la borda, vi que volvía Folar con expresión tenebrosa. Se dirigió recto hacia mí.

Un marinero que estaba cerca me avisó:

—¡Cuidado, amigo! ¡Viene para matarte!

Me di cuenta entonces de que Folar llevaba la mano derecha detrás de la espalda y que la funda de su pistola estaba vacía. No quise esperar a ver lo que pensaba hacer o cuándo intentaba agredirme. Adiviné sus intenciones y saqué con presteza mi pistola, a la vez que me apuntaba con la suya. Escuché el zumbido de los rayos rozándome la oreja; luego vi cómo se desplomaba Folar sobre el pavimento. Numerosos marineros me rodearon en seguida.

—¡Te van a arrojar por la borda en castigo! —exclamó uno.

—No será cosa fácil, pero me parece que irá a parar al fondo del mar —añadió otro.

Un oficial que había presenciado la escena desde un puentecillo, bajó rápidamente y se abrió camino entre la marinería.

—¿De modo que quieres hacer honor a tu nombre, eh? —me dijo.

—Folar iba a matarle —intervino un marinero.

—Luego de haberle perdonado la vida a Folar —terció otro.

—Folar podía matar a quien quisiera —saltó el oficial—. Lo sabéis todos tan bien como yo, cuadrilla de granujas. Llevad a ese hombre a presencia del capitán y arrojad a Folar por la borda.

Me llevaron a presencia del capitán. Aún estaba hablando con Nurn cuando entré.

—Aquí viene —dijo Nurn.

—Entra —me ordenó el capitán, con bastante cortesía.

El oficial que me acompañaba dio muestras de sorpresa ante la amistosa actitud del capitán.

—Este hombre acaba de matar a Folar —exclamó. Nurn y el capitán me miraron atónitos.

—¿Y qué, que le haya matado? —pregunté yo—. De poca utilidad podía ser y, además, estaba a punto de asesinar al único que puede pilotar este barco hasta Vepaja

y entrar en la ciudad de Kooaad para ayudarte. Tendrías que darme las gracias por haberle matado.

—¿Por qué le mató? —inquirió.

El oficial relató lo ocurrido con bastante imparcialidad y el capitán escuchó sin hacer comentario hasta que hubo acabado. Luego se encogió de hombros.

—Folar era un bribón —dijo—. Hace tiempo que le debían haber liquidado. Podéis marcharos —añadió dirigiéndose al oficial y marineros que me trajeron—, quiero hablar con este hombre. —Y cuando hubieron desaparecido, se volvió hacia mí, preguntándome—: Dice Nurn que podrías pilotar este barco hasta Vepaja, y que tienes amigos en Kooaad. ¿Es cierto?

—Tengo buenos amigos en Kooaad —repuse— y creo poder pilotar el “Nojo Ganja” a Vepaja. No obstante, para entrar en Kooaad tendréis que ayudarme. Una vez dentro, todo saldrá bien.

—¿Qué ruta hemos de seguir?

—¿Cuál llevamos ahora?

—Hacia el este.

—Cámbiala hacia el sur.

Movió la cabeza con gesto de duda, pero dio órdenes para que se cambiara el rumbo. Comprendí que se mostraba escéptico de tal disposición para llegar a Vepaja.

—¿Cuánto nos faltará para llegar a la costa? —volvió a interrogar.

—No puedo contestarte con certeza —repuse—; pero debes poner un hábil vigía y cuando llegue la noche aminorar la marcha.

Se despidió de mí y me advirtió que me aposentara entre los oficiales. Mis nuevos compañeros se diferenciaban mucho de los marineros rasos. Todos eran valerosos y bribones, y, sin excepción, habían sido soldados. Congeniaba muy poco con ellos y me pasaba la mayor parte del tiempo en el puesto del vigía para ver si divisábamos la costa.

A la mañana siguiente, poco después de la una, distinguí una masa oscura frente a nosotros, y en seguida comprendí que eran los gigantescos bosques de Vepaja, con sus magníficos árboles que alcanzaban cinco y seis mil pies de altura, para alimentarse de humedad en la capa de nubes que rodea al planeta. En algún lugar de aquella masa negra, a una altura de mil pies sobre el suelo, se hallaba la gran ciudad de Kooaad. Y allí, si aún vivía, se encontraba mi Duare.

Acudí en seguida a la cabina del capitán para decirle que estábamos a la vista de la costa, y cuando llegué junto a su puerta oí voces. No me hubiera detenido a escuchar de no haber oído pronunciar el nombre de Sofal, que era por el cual allí me conocían.

El capitán estaba hablando con uno de sus oficiales.

—... Y cuando no le necesitemos, encárgate de deshacerme de él. A la gente de a

bordo dile que fue por haber matado a Folar; de no necesitarle, ya le hubiera matado ayer mismo.

Me alejé sin hacer ruido y, poco después, volví silbando. Cuando le comuniqué que estábamos a la vista de la costa, salieron ambos. La costa se divisaba ahora perfectamente, y poco después de las dos nos encontrábamos muy cerca. Nos hallábamos un poco al este y por eso fuimos bordeando la costa hasta que divisé el puerto. Mientras tanto, aconsejé al capitán que sería conveniente arriar la bandera pirata e izar alguna otra que inspirase fines pacíficos.

—¿Con qué país mantienen relaciones amistosas?—me preguntó.

—Creo que un barco procedente de Korva sería bien recibido —insinué.

Efectivamente, se izó la bandera de Korva en la popa y sobre los puentes de cubierta, y, como distintivo personal, se izó a estribor cierta bandera de uno de los barcos saqueados y hundidos. Había un barco en el puerto, procedente de una de las islitas situadas al oeste de Vepaja. Iba cargado de tarel. Había bastantes soldados vepajanos, ya que el puerto se encuentra a respetable distancia de Kooaad y siempre hay peligro de ataques thoristas o de otros enemigos.

El capitán me envió a la costa para negociar mi entrada en Kooaad y hacer ver a los de Vepaja que veníamos con intenciones pacíficas.

Las fuerzas estaban mandadas por dos oficiales, a los que conocía de cuando viví en Kooaad. Uno de ellos se llamaba Tofar, capitán del palacio de Mintep, en quien éste tenía depositada gran confianza; el otro era Olthar, hermano de mi mejor amigo en Kooaad: Kamlot. Me intimidó su presencia, pues no sabía si me reconocerían. No obstante, al saltar del bote me dirigí audazmente hacia ellos. Me miraron sin reconocermme.

—¿Qué buscas en Vepaja? —me interrogaron con tono poco amistoso.

—Comerciamos con países amigos —repuse—; venimos de Korva.

—¡De Korva! —exclamaron a una—. Teníamos entendido que la marina de Korva quedó destruida en la última guerra.

—Casi toda —objeté—; pero unos pocos barcos consiguieron escapar por estar realizando una larga travesía y no se informaron de la guerra hasta que hubo concluido. El nuestro es uno de esos barcos.

—¿Y qué mercancías traes? —preguntó Tofar.

—Adornos y joyas, principalmente. Me gustaría llevarlas a alguna de vuestras grandes ciudades. Me parece que a las mujeres de la familia real les agradaría verlas.

Me preguntó entonces si llevaba encima alguna de tales mercancías, y cuando le mostré unas cuantas que había traído, pareció muy interesado y deseó ver más. No quise llevarle a bordo del “Nojo Ganja” por temor de que despertara sus sospechas el equipo de forajidos que constituía la tripulación y los oficiales.

—¿Cuándo pensáis volver a la ciudad? —les interrogué.

—Nos marcharemos tan pronto como termine de cargar este barco; cosa de una hora. En seguida partiremos hacia Kooaad.

—Llevaré allí todas mis mercancías —propuse—, acompañándoos a Kooaad.

Olthar enmudeció ante mi proposición y dirigió a Tofar una mirada interrogante.

—No creo que haya inconveniente —asintió el último; después de todo, es un hombre solo y viene de Korva. No se disgustará Mintep; él y su hija fueron muy bien tratados allí. Les he oído hablar a él y a su hija janjong en los términos más encomiásticos de Korva y sus nobles.

Me costó trabajo ocultar la alegría al comprender que Duare estaba con vida en Kooaad. Pero ¿no habría perecido? Pudo haber llegado a Vepaja con su padre; pero la pudieron haber matado por haber cometido el sacrilegio de romper la sacrosanta tradición de una janjong de Vepaja.

—Hablaste de la janjong —dije—. Me alegra saber que Mintep tiene una hija. Acaso quiera adquirir algunas de mis joyas.

No contestaron, pero observé que cambiaban una mirada significativa.

—Ve a buscar tus artículos —propuso Tofar—, y te llevaremos con nosotros cuando volvamos a Kooaad.

El capitán mostróse muy satisfecho cuando se informó de mis progresos.

—Procura que Carson venga a ver el barco, caso de estar en Kooaad.

—No dejaré de encontrarle en Kooaad —repuse—; estoy seguro.

Media hora después partía, acompañado de Tofar, Olthar y sus soldados, hacia los grandes bosques de Kooaad. Aún no nos habíamos alejado mucho, cuando Olthar me dijo que debían taparme los ojos; lo hicieron y luego me pusieron entre dos soldados que me sirvieron de guía y para evitar que tropezase con los obstáculos. Como sabía de sobra lo celosos que eran los vepajanos en la custodia de las entradas secretas de sus ciudades forestales, no me sorprendió tal precaución, aunque me ocasionó bastantes molestias en el trayecto. Por fin llegamos a cierto lugar y me hicieron penetrar por una puerta, y cuando ésta se hubo cerrado, se me quitó la venda de los ojos. Hállame en el interior de un gran árbol en el que se encontraban Tofar, Olthar y otros soldados. Había otros más que esperaban afuera. Se hizo una señal y aquella especie de ascensor en que nos encontrábamos comenzó a subir. Ascendimos unos mil pies hasta llegar al nivel de las calles de Kooaad. De nuevo me hallaba en las altas calzadas de la primera ciudad amtoriana que había conocido. Cerca debía estar Duare, si aún vivía. Mi corazón latió excitadísimo por la emoción del momento.

—Llebadme al palacio —dije a Tofar—; quiero obtener permiso para mostrar los bellos objetos que traigo a las mujeres del palacio del jong.

—Vamos —asintió—; veré si consigo el permiso.

Después de una breve marcha, llegamos al enorme árbol en cuyo interior se hallaban construidos los palaciegos departamentos de Mintep. ¡Cuán familiar me

resultaba todo aquello! ¡Cómo me acordaba de mis primeros días en Venus y aquél en que vi por primera vez a Duare para amarla eternamente! Ahora me dirigía de nuevo al palacio de su padre, pero con una amenaza sobre mi cabeza.

A la entrada del palacio vi la guardia habitual. Conocía perfectamente al capitán, pero él no me reconoció. Cundo Tofar comunicó mi deseo, el capitán entró en el palacio; tardó bastante en volver, pero cuando lo hizo, me dijo que Mintep recibiría gustoso a un mercader de Korva.

—Ya ha avisado a las mujeres de palacio comunicándoles que vas a enseñarles tus mercaderías en la sala de recepciones —observó el capitán—. Pronto estarán reunidas todas allí; así es que ya podéis entrar.

—Entonces, ya me marchó —dijo Tofar.

Abrí mi paquete y escogí un lujoso anillo, que ofrecí

—Permíteme que te ofrezca esto por tu amabilidad conmigo —le dije—; y regálaselo a tu mujer a la vez que le presentas mis respetos.

¡Qué hubiera pensado, de saber que el donante era Carson Napier, Carson de Venus!

Las mujeres palaciegas se reunieron en el salón de recepciones y extendí ante sus ojos mis joyas y adornos. Conocí a muchas de ellas y a la mayoría de los hombres que las acompañaban o que habían acudido para admirar lo que ofrecía, pero ninguno me reconoció.

Vi a una joven bellísima, que era muy amiga de Duare, una de sus damas de honor, y procuré trabar conversación con ella. Mostrábase muy interesada por una joya, pero decía que no podía comprar una cosa tan cara.

—Me parece que tu marido pagará gustoso este capricho —observé.

—No tengo marido —repuso—. Estoy al servicio de la janjong y no tomaré marido hasta que ella lo tome o muera.

Al decir estas últimas palabras se interrumpió con un sollozo.

—¡Cógelo! —susurré—. Ya he vendido muchas y puedo prescindir de esta joya. Cuando vuelva otra vez, ya me pagarás si puedes.

—¡Oh, pero yo no puedo hacer eso! —exclamó, un poco sobresaltada.

—Por favor, me complacerá mucho saber que una joya tan bella como esta va a servir de adorno a una joven digna de obtenerla.

Adiviné que la muchacha deseaba ardientemente poseer aquella joya.

—Bueno —dijo, luego de una pausa—; supongo que podré pagarte algún día, y en el caso de que no pudiera, te la devolveré.

—Celebro que te hayas decidido a quedártela. Tengo aquí otra joya que me gustaría mucho poder enseñar a la janjong. ¿Crees qué será posible?

—¡Oh, no! —repuso—. Eso es imposible; y, además, ella..., ella... Volvió a quebrarse su voz.

—¿Le ocurre algo malo? —pregunté. Hizo un gesto de asentimiento a Tofar.

—Está a punto de morir —murmuró, aterrada.

—¿Morir? ¿Por qué?

—Porque lo ha decretado así el Consejo de Nobles.

—¿La amas mucho?

—Sí, desde luego. Daría mi vida por ella.

—¿Lo dices de veras? —pregunté.

Me miró sorprendida. El impulso de mi emoción me había hecho perder toda cautela.

—¿Y por qué te tomas tanto interés? —inquirió.

La miré un instante, como si tratase de leer sus pensamientos en sus ojos. No había en ellos más que sinceridad y amor..., amor hacia Duare.

—Te voy a decir la razón, confiando en ti. Me dispongo a depositar mi vida en tus manos y también la vida de la janjong. Soy Carson Napier... Carson de Venus.

Se abrieron sus ojos desmesuradamente y se interrumpió su respiración, contemplándome en silencio largo tiempo.

—¡Sí! —murmuró—. ¡Ahora lo veo! ¡Pero has cambiado mucho!

—Los sufrimientos y una peluca negra le hacen cambiar a uno de aspecto —le expliqué—. He venido para salvar a Duare. ¿Quieres ayudarme?

—Antes te dije que daría mi vida por ella —repitió—. Mis palabras no eran vanas. ¿Qué puedo hacer?

—Quiero que me hagas entrar en las habitaciones de Duare y me dejes allí escondido. Eso es todo lo que necesito.

Meditó un momento.

—Tengo un plan —dijo de pronto—. Recoge todas tus mercancías y disponte a salir, diciendo que volverás mañana.

Hice lo que me aconsejó, a la vez que ultimaba unas cuantas ventas y advertía a los compradores que podrían pagarme cuando volviera al día siguiente. Casi me hizo sonreír el pensamiento de cuánta sería la furia del capitán pirata si viera cómo estaba regalando su tesoro. Así que hube recogido lo que quedaba, me dirigí hacia la puerta. Entonces Vejara, la dama de honor, me habló con voz que todos podían escuchar.

—Antes de marcharte —me dijo— me gustaría que llevaras las joyas a la antecámara de mis habitaciones. Tengo una joya y me gustaría encontrar pareja si fuera posible. Acaso alguna de las que traes hará juego.

—La llevaré con mucho gusto —repuso.

Salimos de la estancia y me llevó por un pasillo hasta una puerta que abrió con una llave, luego de mirar sigilosamente para cerciorarse de que no nos veían.

—¡De prisa! ¡De prisa! —susurró—. Aquí es. Éstas son las habitaciones de la janjong. Está sola. He hecho cuanto he podido. ¡Adiós y buena suerte!

Cerró la puerta tras de mí e hizo funcionar la llave. Me hallaba en una pequeña sala de espera en la que, por únicos muebles, se veían sendos bancos a cada lado. Más tarde supe que en aquella estancia esperaba la servidumbre hasta que la llamase la janjong. Crucé el cuarto y abrí una puerta al otro extremo. Ante mí se presentó una habitación bellamente adornada. Sobre un diván, y leyendo, había una mujer. ¡Era Duare! Entré en la estancia y al hacerlo volvió ella el rostro y me miró. Sus ojos se dilataron, incrédulos, al levantarse; luego corrió hacia mí y se arrojó en mis brazos. ¡Entre todos, sólo ella me había reconocido!

Durante un largo minuto ninguno de los dos pudo proferir palabra alguna, aunque teníamos tantas cosas que decirnos. Yo no quería hablar más que de una cosa: un plan de huida.

—Ahora que estás aquí será una cosa muy sencilla —me animó—. El Consejo de Nobles me ha condenado a muerte; creo que no podrán hacer nada en mi favor. Aunque no desean verme morir, y son todos amigos míos, resultan tan rigurosas las leyes que rigen los destinos de los jongs de Vepaja, que son más fuertes que la amistad y el amor..., excepto el amor que yo te profeso y que tú me tienes. Se alegrarán de que escape, ya que no habrán faltado a su deber. A mi padre le ocurrirá lo mismo.

—¿A pesar de ser el jong de Vepaja? —objeté.

—Creo que sí se alegrará —asintió.

—¿Y por qué no has escapado sola sin mí, si es tan fácil la huida? —inquirí.

—Porque he dado mi palabra de honor de no violar mi arresto —repuso—; pero no puedo evitar que alguien me lleve por la fuerza...

Hablaba muy en serio y por eso oculté la sonrisa que florecía en mis labios.

Seguimos hablando y haciendo planes hasta que anocheció. Cuando le trajeron la cena me escondió, y luego cenamos juntos. Esperamos hasta que en la ciudad reinó un silencio absoluto. Entonces se me acercó para decirme:

—Tendrás que sacarme de mis habitaciones. Yo no puedo salir por mi propia voluntad.

Contaba el palacio con una salida secreta que descendía por el interior del gran árbol. Por aquella parte no había ascensor; sólo una pesada escalerilla. Tal salida no había de emplearse salvo en caso de vida o muerte, y sólo el jong y su familia conocían su existencia. Comenzamos a descender por allí. Me parecía que nunca íbamos a alcanzar el final; pero al fin lo conseguimos.

Duare me dijo que había atado el avión a un árbol que no estaba muy lejos. Caso de hallarse aún allí y en condiciones de funcionar, nuestra huida estaba asegurada. De no ser así, estábamos perdidos. Era aquélla una alternativa que no podíamos desdeñar, pues Duare tenía que morir al día siguiente y no cabía perder tiempo.

Una vez llegamos a la base del árbol, iniciamos la marcha en las tinieblas,

temiendo constantemente vernos atacados por una de aquellas terribles bestias que pueblan los bosques de Vepaja. Cuando ya comenzaba a recelar que iba a ser imposible encontrar el anotar en la oscuridad, o que se lo habían llevado, lo vi alzarse ante nosotros. No me avergüenzo de admitir que las lágrimas acudieron a mis ojos, al comprender que Duare estaba, al fin, salvada..., y a mi lado.

Minutos más tarde hendíamos el horizonte amtoriano y la proa del avión se enderezó hacia el mar gris de Amtor, con rumbo Noroeste, en busca del reino de Korva..., nuestro reino. Hacia la paz, la dicha, la amistad y el amor.